
jazmín
los más bellos romances del mundo
Dispuesta a todo
Helen Bianchi

Dispuesta a todo

Marisa y su joven hermano, Tony, estaban solos en el mundo. La vida no era fácil para ellos pero las cosas se complicaron más cuando Tony se metió en serios problemas. Entonces apareció Cesare Gianelli y ofreció su ayuda a la muchacha a cambio de que se casara con él.

Capítulo 1

¡Oh no! Marisa escuchó incrédula la tajante sentencia: ¡Cuatrocientos dólares de multa! La cantidad le pareció tan exorbitante que casi perdió las siguientes palabras del magistrado, más de doce meses de suspensión de su licencia de manejo.

¡Había un error! ¡Tenía que haberlo! Presa del pánico se volvió a consultar al defensor con la mirada, mas fue en vano pues él estaba inclinado guardando minutas en su carpeta.

Perturbada, se puso de pie, abandonó la banca de madera y trató de rebasar a las personas que como ella, se disponían a salir de la sala del tribunal. De súbito se sintió desfallecer y buscó refugio en las sólidas bancas que se encontraban a ambos lados del pasillo.

-Señorita Maxton.

Giró el rostro para observar al licenciado y preguntó titubeante:

-No son cuatrocientos dólares, ¿verdad? -con una mano temblorosa asió un mechón de cabello dorado que caía sobre su rostro y lo colocó detrás de la oreja-. Quiero decir, no es posible tratándose de su primera infracción; usted dijo... -se detuvo al notar que movía apesadumbrado la cabeza.

Lo siento mucho, señorita Maxton, créame -encogió los hombros irritado e incómodo ante la evidente angustia de la joven-. Nadie ignora que el viejo Quensell es implacable con los adolescentes, sobre todo con los de pelo largo y -hizo una pausa arqueando una ceja- desaliñados. Si su hermano se hubiera cortado el pelo y se hubiera vestido con ropa convencional como le aconsejé, estoy seguro de que la multa sería mucho menor -dudó unos segundos ante la atónita mirada de la joven-. Espere aquí, voy a llenar los requisitos para que lo liberen -se alejó por el pasillo a grandes zancadas.

"Mi hermano Tony", susurró Marisa elevando los ojos al cielo en espera de la protección divina.

Pese a que la puerta ya estaba cerrada, se podían percibir los ruidos del exterior, como el prolongado y sonoro ulular de la sirena de un barco de carga que anunciaba su salida de los muelles cercanos, el agudo toque de la bocina de un auto seguido de un violento rechinido de frenos.

Impaciente, fijó su vista en el pasillo, consciente de que ya no tendría tiempo de regresar a la oficina más que a cubrir su máquina de escribir con el consiguiente disgusto del señor Bennett y se

dirigió apresurada en busca de un teléfono. Poco tiempo después Tony apareció y su ansiedad se transformó en ira por su irresponsable conducta.

El adolescente avanzó desvergonzado hacia ella con las manos hundidas en el interior de los bolsillos de sus desarrapados jeans; los cabellos, tan claros como los de ella, lacios y grasosos, pedían a gritos una buena lavada.

Marisa fue incapaz de sonreír o dirigirle la palabra, desconfiaba de su capacidad para guardar la compostura y prosiguieron en silencio, uno al lado del otro hasta llegar al Mini rojo. Una vez dentro, la muchacha se dirigió a la carretera principal hacia la costa y Puerto Douglas.

Tony buscó los cigarros y los cerillos en el bolsillo de su camisa mirando de reojo el rostro de su hermana y decidió que guardar silencio era lo mejor por el momento.

Conforme se alejaban de los suburbios de Cairns y tomaban la desviación a la supercarretera Cooktown, Marisa se tranquilizó. Pasaron varios kilómetros de verde follaje a ambos lados de la cinta asfáltica que llevaba hacia la costa. Angostas vías de tren cruzaban una y otra vez el camino, facilitando así su labor a los trabajadores de los ingenios azucareros.

A la derecha, a corta distancia del camino, un grupo de hombres cubiertos de hollín blandían sus machetes bajo el rayo del sol.

El mar se vislumbraba en el horizonte como una inmensa extensión azul translúcida que iba acentuando su tonalidad hasta convertirse en una lóbrega oscuridad. Marisa conducía con precaución por las numerosas curvas que rodeaban las colinas cubiertas de arbustos que escoltaban la costa.

Ninguno de los viajeros interrumpió el silencio, absorto al parecer en pensamientos que no deseaban compartir.

Al estacionar el Mini al borde del césped, frente a la cabaña en Puerto Douglas, Marisa sintió un gran alivio. No se trataba de una construcción moderna, pero su estructura de madera resistente a la acción del tiempo le era muy preciada y el estar cerca de la playa le proporcionaba un aire de tranquilidad. Cuando subía la marea, el agua chocaba contra los macizos de espinos que la delimitaban.

Ya en la casa, Tony se dirigió al refrigerador y sacó una cerveza que bebió con avidez y evidente regocijo, mientras Marisa conectaba la jarra eléctrica para prepararse un café. Sintiendo la necesidad de decir algo, hizo un esfuerzo por hablar con firmeza:

Tendrás que conseguir trabajo y pronto, Tony -inició sirviendo una cucharada de café instantáneo y azúcar en una taza-, y de ahora

en adelante deberás contribuir con algo a los gastos de la casa cada semana -al finalizar la frase su voz perdió el aplomo y él tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

Está bien, está bien -murmuró con enfado-, mañana iré a la oficina de la Asociación de Cañeros y buscaré algo; siempre necesitan gente en esta época del año. Gracias por ayudarme -concluyó dejándose caer en una silla con los ojos fijos en la pared de la cocina.

Marisa se limitó a asentir con la cabeza. Hubiera deseado desinhibir su furia en contra de su hermano y gritar: "¿Por qué, por qué lo hiciste? ¡Cómo pudiste ser tan cretino! Si hubieras trabajado con ahínco durante un año, entre los dos habríamos ahorrado lo suficiente para que terminaras la preparatoria; y si hubieras puesto el empeño suficiente habrías podido obtener una beca que te permitiera entrar a la facultad de medicina. ¡Lo arruinaste todo!"

No obstante, permaneció callada mordiéndose el labio, consciente de que no había forma de hacerlo entender. Desde que murió su padre dos años antes, su mayor ambición había sido ahorrar el dinero necesario para que Tony continuara estudiando, ahora le parecía un sueño inalcanzable.

-Voy a nadar un rato, nos vemos -Tony reconoció la tensión de su hermana y abandonó de prisa la habitación.

Marisa se sentó a la mesa agobiada por el efecto de los últimos acontecimientos en especial el recuerdo de la terrible discusión que sostuvo con Tony hacía tres días.

"El se había limitado a beber lata tras lata de cerveza mientras ella indignada lo reprendía por lo negativo de su actitud ante la vida hasta que en un terrible arrebato de cólera él salió de la casa dando un portazo y se marchó en el Mini a gran velocidad. A la mitad del camino a Cairns lo vio una patrulla que lo obligó a detenerse. Su inconveniente lenguaje así como su resistencia al arresto, por conducir en estado de ebriedad, motivaron su detención durante el fin de semana. Nunca olvidaría el horror que experimentó al abrir la puerta la noche de ese mismo viernes y enfrentarse con el policía que acudió a informarle lo sucedido".

Tuvo que pasar un buen rato antes que pudiera reunir las energías suficientes para decidirse a preparar algo para el té y el chico regresó en el preciso momento en que servía la comida.

Apúrate a cambiar, el té está casi listo.

Seguro, huele rico y me muero de hambre.

Su rostro era fresco, de facciones finas y lampiño; el cabello rubio ondulado y brillantes ojos azules. Ese jovenzuelo alegre e

ingenioso, que sabía ganarse su perdón a pesar de su conducta agresiva de los últimos tiempos; sabía cómo se sentía ella al ver perdidas sus más caras esperanzas. Dieciséis años era una edad tan difícil, que acababa siempre por disculparlo.

Durante la comida habló de sus intenciones de trabajar con denuedo y empezar una nueva vida, sin embargo la muchacha lo escuchó escéptica, ¡había dicho lo mismo tantas veces!

A la mañana siguiente, Tony se levantó temprano y salió a buscar empleo, faltando poco para la hora del almuerzo llegó a la oficina donde trabajaba su hermana para informarle que había aceptado cortar caña en una hacienda a quince kilómetros de la ciudad.

Las siguientes semanas trascurrieron sin complicaciones y Marisa recuperó parte de su optimismo al conseguir un empleo como ayudante en un hotel de Puerto Douglas durante e! fin de semana, esperaba aumentar sus escasos ingresos y cubrir algunas cuentas pendientes.

Tony se presentó una tarde provocando el asombro de su hermana.

-Tony ¿qué ha?... --dejó la frase inconclusa.

-Renuncié -informó al tiempo que pateaba una maceta que salió rodando mientras él dirigía una amenazadora mirada a la joven que permanecía en silencio-. Y no empieces, que ya me sé de memoria lo que vas a decir -encendió un cigarrillo, introdujo la cajetilla en el bolsillo de la camisa y lanzó al aire el cerillo apagado-. ¡Malditos extranjeros! Trabajar, trabajar, trabajar; todo el tiempo ordenando y gritándome que me apresurara. Están locos, no es humano seguir ese ritmo. ¡Al diablo con todos! -se dirigió al refrigerador en busca de una cerveza y al no encontrarla dio un portazo.

Marisa hizo un gesto condenatorio.

-¿No hay nada de comer? -demandó resentido-. Tengo hambre, en la plantación siempre daban lo mismo: espagueti, una carne nadando en aceite, salsa de tomate y pan blanco: daría cualquier cosa por un asado o uno de tus pasteles -señaló desde la silla en que acababa de arrellanarse.

Tendrás que conformarte con una omelette -anotó haciendo gala de su control.

Supongo que es mejor que nada -levantó los hombros desconsolado.

Luchando por ocultar su disgusto, Marisa le preguntó si había cobrado y se tranquilizó al verlo asentir con la cabeza.

-¿Me acompañas al bar cuando termine? -insinuó nervioso-; no me vendría mal un poco de diversión.

La chica estuvo a punto de negarse y decirle que le desagradaba ir a esos lugares, que aborrecía tomar brandy, que odiaba que los hombres la miraran lujuriosos y no encontraba la forma de rechazarlos cuando se atrevían a invitarla a tomar una copa con ellos. Sin embargo, se daba cuenta de que si no aceptaba, se tornaría más necio y seguiría discutiendo, por tanto, decidió acompañarlo.

Sirvió la omelette en un plato, rebanó el pan y llevó todo a la mesa regresando a la estufa para preparar café.

-De acuerdo, pero tendrás que esperar a que planche un vestido para ir mañana a la oficina y que me arregle un poco.

Tony encogió los hombros disponiéndose a comer al mismo tiempo que comentaba:

-¿Sabes? en la plantación hay un tipo, Sergio, que come ajo crudo. ¡Uff, podías olerlo a cien kilómetros de distancia! Además, todos beben mucho vino. ¡Lo beben con el desayuno, el almuerzo, el té y también entre comidas!; no me extraña que trabajen a ese ritmo, están sobrerrevolucionados -sirvió varias cucharadas de azúcar a su café y lo movió entusiasmado antes de proseguir-: ¡Y las conquistas! ¡Guau! Las historias que escuché podrían...

-Enchinarme el cabello, sin duda -lo interrumpió mortificada.

Media hora más tarde, cuando llegaron al vestíbulo del hotel, la melodía del piano apenas si se escuchaba por el barullo de la concurrencia.

Marisa siguió a Tony hasta una mesa y trató de ignorar la sensación de temor que sentía en el estómago al ver a su hermano levantarse para participar en un juego de dados.

-¿Bailamos? -solicitó un hombre de mediana edad que no se inmutó a pesar de su rechazo-. Te invito una copa -insistió hasta que la joven le advirtió que esperaba a su hermano y con un gesto de indiferencia, se alejó.

Marisa daba pequeños sorbos a su bebida fingiendo estar muy interesada en el juego de su hermano y empezaba a sentir un intenso dolor de cabeza cuando observó aliviada que Tony se acercaba a ella lo cual aprovechó para pedirle que se marcharan. Acababa de entrar un ruidoso grupo de hipies hablando con voz alta, dando la impresión no sólo de suciedad y desaliño, sino de que se encontraban bastante ebrios.

Uno de ellos observó a Marisa con evidente interés y su consternación se transformó en horror al darse cuenta de que se

dirigía hacia ella con los pulgares dentro de su cinturón de cuero.

-Hey, muñeca -la miró malicioso-, ven a echarte un trago con nosotros.

La joven elevó el rostro y no pudo reprimir un temblor de asco, el cabello del muchacho le llegaba hasta los hombros y se notaba sucio y grasoso; además tenía la barba más espesa que había visto.

Lo siento -expresó con firmeza-, mi hermano y yo estamos a punto de retirarnos.

Oh, vamos -se balanceó y farfulló-, un traguito, -humedeció los labios y aproximó su rostro al de ella-, mis cuates y yo no hemos visto una muñequita como tú desde hace meses, ¡qué linda eres! -sus ojos se iluminaron y volvió a humedecer sus labios mientras acercaba sus dedos hasta la dorada cabellera.

La chica sintió cómo se tensaban los músculos de su rostro al contener la respiración.

-Por favor, déjame -se atrevió a pedir después de unos segundos de inmovilidad-, tenemos que irnos -se puso de pie, pero él se acercó y la trató de retener por los hombros. Marisa retrocedió mirando con desesperación a Tony que en ese instante la tomó por la muñeca.

-Ven, salgamos de aquí -ordenó el adolescente que al momento cayó sobre una silla empujado por el barbón que advertía arrastrando las palabras:

-Tú cállate, mocoso, la muñeca va a tomar una copa conmigo.

-¡Déjala en paz! -gritó levantándose como impulsado por un resorte.

-¿Quién lo ordena? -rió provocativo-, ¿tú? -sus compañeros se acercaron amenazantes.

Tony cerró los puños ante la mirada aprensiva y horrorizada de su hermana, segundos después todo era una confusión. Un minuto Tony estaba de pie y al siguiente yacía en el suelo entre las sillas.

Contemplando la escena con ojos desorbitados, Marisa gritó y se cubrió la boca con las manos.

Unos hombres que charlaban tranquilos a su alrededor, al darse cuenta del alboroto ayudaron a calmar al impertinente y lo obligaron a retirarse junto con sus compañeros, mientras la muchacha y la señora McCormick se postraron ansiosas junto al cuerpo inerte del jovencito. Marisa solicitó angustiada que alguien fuera en busca del médico.

El muchacho estaba tan pálido e inmóvil que daba la impresión de no respirar, y la sangre que fluía de la cortadura de su labio, empeoraba su apariencia.

Poco tiempo después llegó el viejo doctor Mallory con su pequeño maletín negro y haciendo gestos con la nariz para colocar sus lentes en su lugar. En teoría podía decirse que estaba retirado, mas como él mismo admitía, seguiría ejerciendo hasta el día de su muerte y, en vista de que su colega más cercano residía en la periferia de Mossman, lo llamaban para casos de emergencia.

-¡Humm! ¿Qué hacen todos aquí? -lanzó una mirada a su alrededor-. Es necesario que pidan una ambulancia, si no me equivoco, este jovencito tiene un par de costillas rotas y la mandíbula fracturada.

Subieron de tono las exclamaciones de los espectadores y Marisa entrelazó sus manos con fuerza: ese era el final. ¡Oh, Tony!, gimió en silencio, ¿por qué tuvimos que venir al bar esta noche?

Media hora después llegó la ambulancia y para ese momento, el bar del hotel había cerrado sus puertas.

-Ven, querida -pidió la señora McCormick con dulzura colocando su brazo sobre los hombros de la chica-, no hay nada que puedas hacer en el hospital; ellos se encargarán de Tony y tú puedes ir a verlo mañana. Creo que te caerá bien un té caliente -sugirió llevando a la joven hacia la cocina. El té estuvo listo en unos minutos, colocó dos tazas sobre la mesa y se sentó frente a ella mirándola con preocupación-. Me inquieta la idea de que pases la noche sola después de esa experiencia tan desagradable. ¿Por qué no duermes con nosotros? tenemos varios cuartos vacíos y yo me sentiría más tranquila.

Marisa contempló los dulces ojos cafés en el bondadoso rostro y se sintió a punto de llorar.

Gracias -musitó temblorosa.

Bien -asintió complacida la dama-, toma tu té mientras llevo unas sábanas al número cinco y cuando termines te espero arriba.

Pero usted todavía no prueba el suyo -protestó la joven-, y además yo puedo arreglar la cama, de veras, es lo menos que puedo hacer. Ha sido tan amable -hizo un esfuerzo por esbozar una débil sonrisa.

-¡Vaya, así está mejor! Te han vuelto los colores a la cara -notó la señora con cierta tranquilidad-. Esperaré hasta que acabes y prepararemos la cama juntas, no pienso retirarme hasta verte instalada.

Marisa durmió bien a pesar de su cansancio y preocupación. A la mañana siguiente, cuando llamó al hospital, las noticias fueron favorables; corroborando el diagnóstico del doctor Mallory, Tony presentó: fractura de mandíbula y tres costillas rotas. Para su

sorpresa, le notificaron que su enfermo había pasado una noche confortable. Les informó a los McCormick que volvieron a compadecerse de ella y le ofrecieron su desinteresada ayuda en caso de que la necesitara.

Le fue difícil concentrarse en su trabajo y se sintió aliviada al llegar la hora del almuerzo y acudir a visitar a su hermano; le habían amarrado los dientes con alambre para inmovilizar la quijada y parecía tan joven e indefenso que no pudo disimular la pena que le causaba su evidente sufrimiento.

Parecía que la desgracia la seguía aún más cerca que su sombra, meditó con ironía mientras ensayaba todos los trucos que conocía para lograr que el Mini, estacionado en el exterior de la oficina, se pusiera en marcha. Por fin, exasperada y al borde de las lágrimas, abandonó el auto y caminó al garaje más cercano. El mecánico opinó que la batería era más vieja que Matusalén y, resignada, sacó el sobre que contenía su sueldo para sufragar el precio de una nueva.

Capítulo 2

Las siguientes semanas transcurrieron sin percances. Tony fue dado de alta en el hospital y, aunque pensó que era demasiado bello para ser cierto, le ofrecieron empleo en la oficina local de correos. Se trataba de una labor que no requería de grandes esfuerzos y perfecta para su obligada convalecencia.

Marisa logró ponerse al corriente en algunas cuentas urgentes y empezaba a creer que les había cambiado la suerte cuando sufrió un fuerte impacto al recibir una carta de la sucursal bancaria en Cairns donde solía pagar la renta de la cabaña, informándole que el señor Grieves la esperaba el jueves a las diez de la mañana para tratar un asunto relacionado con rentas vencidas; el ejecutivo del banco estaba autorizado para actuar en representación del señor Gianelli, propietario del predio.

Jueves en la mañana, lo cual representaba un lapso de tres días.

Se resistió a dejarse llevar por el temor, sabía que estaba atrasada en la renta, pero no tanto; tenía la seguridad de haber incluido algún pago entre sus cuentas más urgentes y en su oportunidad envió una nota al banco explicando con brevedad su situación financiera.

Sacó de su bolso la libreta de la renta y lo consultó, sintiéndose desolada al calcular la increíble cantidad de once semanas. ¡Oh, no!, se lamentó buscando refugio en la silla más cercana.

Tony no tenía dinero, por lo menos no el suficiente para sacarla del problema. La mayoría de las veces su sueldo lo gastaba en unos cuantos días.

La nefasta fecha llegó y su tensión nerviosa estuvo a punto de estallar. El despertador, por alguna desconocida falla, no timbró; no encontró a Tony ni nada que le indicara que había dormido en casa. La tarde anterior se marchó a Cairns acompañando a un amigo en la parte posterior de su motocicleta y debido a su ausencia empezó a temer lo peor. No tuvo tiempo de hacer nada, excepto beber una taza con café de un solo sorbo y salir corriendo de la casa.

Su cabello caía sobre los hombros cuando sacó el auto para dirigirse a Cairns. Devoraba la distancia guiando con pericia, cortando las cerradas curvas a una velocidad alarmante cuando, al llegar a un tramo recto percibió un ruido sordo, como si hubiera pasado sobre algo y en unos cuantos segundos oyó el desagradable golpeteo rítmico de un neumático contra el asfalto.

-¡Diantre! -refunfuñó molesta mientras orillaba el auto del cual bajó para revisar la rueda trasera izquierda-. ¡Al diablo con todo! -maldijo con lágrimas de frustración. Parecía que todo conspiraba en su contra; sin lugar a dudas ese no era su día.

Examinó el solitario camino y esbozó una sonrisa amarga, a esa hora de la mañana lo más probable es que tuviera que esperar un buen rato antes que apareciera otro vehículo.

Suspiró, abrió el maletero y descubrió que la llanta de refacción estaba hasta el fondo. Cuando pudo sacarla, estaba llena de tierra; era la segunda ocasión que tenía que cambiar un neumático y esperaba no tardar demasiado.

Sacó el tapón y colocó el gato sin mayores dificultades, pero las tuercas estaban demasiado apretadas y tuvo que luchar más de cinco minutos antes de aflojar una; intentaba sin éxito desatornillar la segunda, cuando una profunda voz masculina llegó hasta sus oídos.

-Tch, tch, tch, signorina, ¿por qué blasfema?

Se volvió a tiempo de percatarse del burlón rostro del inesperado espectador y si no hubiera estado de rodillas, le habría lanzado un puntapié. Irritada por la inutilidad de su esfuerzo por quitar la llanta, casi le gritó:

No se quede parado riéndose, ¡haga algo!

¡Qué carácter! -arqueó las cejas en tanto se ponía en cuclillas y extendía la mano ante la mirada iracunda de la joven-. La llave, por favor -pidió con un dejo de humor negro en la voz.

Casi se la arroja a la cabeza. ¡Oh, los hombres!

Impávida, lo miró quitar las tuercas restantes, bajo la playera se distinguía su espalda tensa y los poderosos músculos al manipular la rueda. La intrigó su acento, que a pesar de ser ligero, denotaba su origen, tal vez italiano o yugoslavo.

Apartó la mirada fijándose por primera vez en el auto estacionado detrás del de ella; se trataba de un Charger verde y no pudo menos que admirar su belleza.

Un leve crujido del gato llamó su atención; la llanta estaba en su lugar y a unos centímetros del piso. En cuestión de minutos habría reanudado su marcha y... ¡oh, no!, estuvo a punto de gritar. No cabía ni la menor duda, la llanta de refacción estaba más plana que un lenguado. Definitivamente, no era su día.

-Es una pena que no se haya tomado la molestia de revisar su neumático -comentó él poniéndose de pie.

Lo miró resentida confirmando su elevada estatura y corpulencia abrumadora. Vestido con pantalón color beige y una playera

informal en tono café rojizo, emanaba una masculinidad que la obligó a reparar en su propio atavío y de alguna manera su vestido de lino color coral, estilo imperio, sin mangas y escote recatado, parecía de fabricación casera. Acabado de planchar y un poco almidonado, estaba presentable, pero no como ahora, manchado de polvo y grasa. Se sentía acalorada, sudorosa y nada deseaba más que poder lavarse las manos para deshacerse de la mugre de la llanta con la que había luchado.

-¿Y ahora qué? -Marisa respiró profundamente.

Una vez más él levantó el auto con ayuda del gato, quitó las tuercas para sacar la rueda y arrojó todo en el maletero; al terminar, fijó en ella los ojos oscuros, censurando su descuidada apariencia.

-Vamos, no tienes más opción que seguir aceptando mi ayuda.

Marisa lo examinó con cuidado, sin saber qué hacer.

-No soy el lobo feroz que imaginas -hizo una pausa para encender un cigarrillo y exhalar el humo con evidente satisfacción-, ni secuestro criaturas.

Azuzada por el burlón comentario, desafiante levantó la barbilla.

-No soy una criatura.

-Entonces, sugiero que deseches tus temores y permitas que te lleve a Cairns, porque imagino que te dirigías allá -se inclinó hacia ella reprimiendo una sonrisa.

¡Qué descaro! En su vida no había conocido a un hombre más arrogante, vanidoso e inquietante.

-Gracias -musitó tratando de demostrar agradecimiento, al tiempo que observaba resentida que cerraba el Mini antes de entregarle las llaves.

El lujo de los interiores de su Charger la impresionó y no pudo menos que envidiarlo cuando ajustó la transmisión y liberó la potencia del enorme vehículo. Decidió no charlar y se limitó a asentir con la cabeza cuando le preguntó si se dirigía al centro de Cairns.

Pasó a una de las más grandes estaciones de servicio de la ciudad y dejó los neumáticos con instrucciones de que los tuvieran listos a la mayor brevedad y al notar que se disponía a descender, la detuvo:

-¿Adonde vas, no quieres que te lleve?

-El lugar de mi cita queda cerca -mantuvo su mano sobre la manija de la puerta aunque se volvió a contestarle-, puedo caminar, gracias.

-Como prefieras -repuso indiferente mirando su reloj-; regresa en

una hora y te llevaré -era una orden, no una petición. La joven, resuelta a no comprometerse y sin despedirse, inició la marcha de prisa limitándose a inclinar la cabeza cuando pasó a su lado.

A la vuelta de la esquina había unos baños donde se detuvo a lavarse las manos, arreglarse un poco y tratar de limpiar su vestido. Serían alrededor de las once cuando empujó la puerta giratoria del banco.

El señor Grieves se mostró muy comprensivo, incluso simpático, pero cuando llegó el momento de tratar su asunto, habló con absoluta franqueza:

-Señorita Maxton, el señor Gianelli, dueño de la cabaña, me pidió que le informara que a menos que cubra su adeudo en el transcurso de un mes, no tendrá más opción que proceder en su contra, eso significa que tendrá que desocupar la casa y llegar a un arreglo para que pague los tres meses de renta.

Marisa escuchó desolada y se le llenaron los ojos de lágrimas; parpadeó varias veces y se mordió el labio inferior en un esfuerzo por controlarse.

No sabe cuánto me apena -declaró el señor Grieves-, pero no puedo ayudarla. ¿No habría alguna posibilidad de que reuniera la cantidad en el tiempo especificado? -inquirió con gentileza.

Imposible -negó con un lento movimiento de cabeza experimentando un ligero dolor detrás de su ojo derecho-, aun contando con la cantidad extra que gano los fines de semana -su deseo de llorar le contraía la garganta tornando su lenguaje lento e incoherente, no obstante, le narró los sucesos de los últimos meses y desde su escritorio la escuchó sin interrumpirla, no obstante, le explicó conmovido, la decisión no era suya-. ¿Considera usted que tal vez... si hablara con él personalmente? -sugirió desesperada.

-Puede intentarlo, señorita, no creo que le perjudique.

Se levantó insegura, le dio las gracias y abandonó el banco. Consultó su reloj y se dio cuenta de que nada más había tardado media hora; si los neumáticos estaban listos, podía conseguir que alguien la llevara y colocaría la llanta. Le pareció inútil esperar tanto tiempo y tampoco estaba de humor para charlar con el dueño de ese espléndido automóvil.

Caminó resuelta hacia el garaje sólo para enterarse de que todavía no estaban disponibles y tuvo que aguardar diez minutos antes que un joven se las entregara, observándola irónico:

Considero que no podrá llegar muy lejos con ella bajo el brazo, señorita y entendí que vendría el señor a recogerlas.

No puedo esperar, gracias, debo presentarme en mi trabajo -

concluyó incómoda por la velada alusión al señor... como quiera que se llamara-. Envíe la cuenta a Maxton, oficina de correos de Puerto Douglas.

Marisa salió confiada, pero después de caminar dos calles bajo las miradas curiosas de los transeúntes, tuvo que admitir que el empleado tuvo razón porque mientras más avanzaba, le parecían más pesadas y estorbosas. No pudo llegar muy lejos y sin embargo consideró que había pasado un siglo antes que consiguiera ayuda, por fortuna, el voluntario resultó un alma caritativa y se ofreció a colocar el neumático en su lugar. A pesar del retraso que significaba, decidió desviarse a Puerto Douglas para cambiarse y tomar una ducha antes de ir a su trabajo.

-¿Problemas? -investigó Brenda cuando la vio entrar en la oficina-. Es tan tarde que ya empezaba a preocuparme; por cierto, llamó tu hermano para avisar que consiguió quien lo trajera de regreso a Cairns esta mañana. El viejo Bennett ha estado dando vueltas desde hace media hora y tal vez no fuera mala idea que lo vieras -aconsejó.

Marisa suspiró resignada y dejó su cartera junto a su escritorio; tenía confianza en que si prometía quedarse hasta más tarde y sacrificar su hora del almuerzo, el jefe se mostraría menos contrariado y, en efecto, a los pocos minutos salió de su privado habiéndose comprometido a terminar un extenso reporte.

-¿Cómo te fue? -preguntó Brenda a punto de salir.

-Bien, después de todo fue algo inevitable. Brenda, sé buena y traeme un poco de café y un emparedado porque no tuve tiempo de comer, toma -le extendió unas monedas que sacó de su cartera-, y muchas gracias.

Brenda se despidió y salió de la oficina mientras Marisa, sentada ante su escritorio tomó las hojas blancas y el papel carbón necesario y empezó a escribir a toda velocidad. Era una buena mecanógrafa y descontando las pausas que invirtió en tomar el refrigerio que le llevara su compañera de trabajo, sus dedos volaron sobre las teclas de la máquina toda la tarde. Decidió olvidar los sucesos de la mañana y lo logró hasta que, a las cinco de la tarde, el señor Bennett y Brenda abandonaron la oficina, en ese momento se detuvo a reflexionar en el mejor método para hablar con el señor Gianelli. El contacto directo le pareció la mejor solución.

Tomó el directorio telefónico y buscó hasta encontrar el dato, anotó el número, llamó a la central apropiada y en unos cuantos minutos escuchó al interlocutor.

¿Bueno? -la voz era grave y parecía impaciente.

¿El señor Gianelli? -indagó Marisa titubeante.

Sí -contestó aún más alterado,

Señor Gianelli, habla Marisa Maxton -esperó su reacción en vano. ¡Oh Dios, no iba a ser fácil!-, la inquilina de su cabaña en Puerto Douglas.

Dígame -interrumpió cortante.

-Yo, quiero decir, el señor Grieves del banco, sugirió que podría hablar con usted respecto al atraso. No le puedo cubrir todo en un mes, pero desearía discutirlo con usted -propuso desanimada, estaba segura de que no aceptaría.

¿De dónde llama?

De Mossman -la profundidad de su voz tan cerca de su oído la sobresaltó.

-¿Trabaja usted allí? -al escuchar su afirmación prosiguió-: ¿A qué hora sale a almorzar?

De una a dos -informó de prisa.

Muy bien, ¿dónde?

¿Cómo dice? -tragó con dificultad al no poder comprender.

Que ¡dónde trabaja! -masculló una maldición.

En la compañía Bennett y Farquhar.

La conozco; a la una en punto entonces.

La mañana siguiente se presentó colmada de actividad ya que Brenda no se presentó y Marisa tuvo que atender el teléfono de la recepción.

Al salir de la oficina, minutos después de la una se quedó sorprendida al ver la estatura de un hombre que consultaba el mapa de la entrada. Tosió discreta y de inmediato giró para verla.

¡Cielos! ¡Oh, no!, suplicó en silencio, no puede ser. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos reconoció con profundo desconsuelo que no se había equivocado; el hombre que tenía enfrente era nada menos que el imponente y autosuficiente personaje que se había detenido a cambiarle la llanta el día anterior.

El no pareció sorprenderse; es más, cuando tuvo oportunidad de recapacitar sobre el particular, podía jurar que sabía quién era ella.

Señorita Maxton.

¿Señor Gianelli? -confió en la posibilidad de que no fuera...

¿Nos vamos?

¿Irnos?

Puesto que se trata de la hora de tu almuerzo, sugiero que charlemos durante la comida.

¡No! -exclamó horrorizada-, quiero decir... no acostumbro tomar

un almuerzo suculento.

Me da la impresión de que no comes nada -concluyó sin rodeos al examinar su delgadez.

Los colores tiñeron el rostro de la muchacha, pero antes que pudiera recuperar el aplomo, la tomó del brazo con firmeza obligándola a salir a la calle y subir al automóvil. En cuestión de minutos la llevó al restaurante más famoso de la ciudad y ordenó su comida sin permitirle pronunciar una sola palabra de protesta.

Doblando la orilla del mantel con dedos temblorosos, Marisa inició su explicación, cuidadosamente ensayada, con respecto a la renta, no obstante sólo alcanzó a esbozar su intención antes que le ordenase que debía esperar hasta después de la comida.

Los atendieron con una rapidez asombrosa presentándoles grandes platones en los cuales reposaba un espléndido T-Bone Steak acompañado de diferentes verduras.

No podré... -trató de oponerse, pero de inmediato eliminó la idea.

Tienes la costumbre de no hacer lo que se te dice ¿verdad? -señaló con un brillo de furia en sus ojos oscuros y al instante la chica comprendió que se refería a que no lo hubiera esperado en el garaje.

En respetuoso silencio levantó el tenedor y comenzó a comer.

Una vez que llevaron el café y él encendió su cigarrillo, Marisa reinició su solicitud para pagar la deuda atrasada en seis meses.

El la escuchó con paciencia hasta que terminó y tras un lapso que le pareció interminable, empezó a hablar:

-Has pensado en todos los detalles -su voz y expresión eran inescrutables.

La chica se desalentó; ¡no iba a aceptar, lo sabía! Sin percatarse, el color se desvaneció en sus mejillas ante el disgusto de su acompañante, quien decidió no aclararle que el señor Grieves se había comunicado con él para comentarle su entrevista y el resultado de sus discretas investigaciones.

-¿Tendrías la bondad de explicarme el motivo del retraso?

-La razón... en vista de que insistes en conocerla, es que -se detuvo insegura y su expresivo rostro se ensombreció con una sonrisa amarga-, desde hace dos años que murió mi padre tras una penosa enfermedad, he sido incapaz de solventar los gastos que representa enviar a mi hermano: primero a terminar la preparatoria y después a la facultad de medicina. En la actualidad tiene dieciséis años y en éste último, además de fracasar en cuatro empleos diferentes, tuvo un problema con la policía -hizo un pausa y

continuó con voz temblorosa-. Le suspendieron la licencia por manejar con aliento alcohólico y me fue imposible cubrir la renta porque hace tres meses tuve que retirar todos mis ahorros para pagar la multa de cuatrocientos dólares y evitar que fuera a la cárcel. Además se presentaron otras cuentas: el abogado, el auto, la luz -se detuvo de forma abrupta y luchó con las lágrimas que amenazaban con aflorar.

Permaneció callada mientras él terminaba un cigarrillo y consumía otro casi hasta el final.

-¿Tienes la impresión de que el que tu hermano no pueda continuar con sus estudios, es la causa de su... insensatez?

Ya más tranquila, asintió con la cabeza examinándolo con detenimiento por primera vez. Tenía ojos café oscuro y facciones bien definidas; no era bien parecido, pero poseía una rudeza que lo hacía atractivo y un indescifrable carisma que la abrumaba.

-En efecto, en el fondo no es malo, sólo muy... impresionable -prosiguió reflexiva-. Desde que yo recuerdo, siempre quiso ser médico y su mayor ambición era dedicarse a la cirugía del corazón; creo que conserva todos los reportes de la prensa sobre el doctor Christian Barnard, así como de otro cirujano de Nueva Zelanda, el doctor Barrett Boyes, a quien admira muchísimo. Tony fue muy estudioso hasta el año pasado -balbuceó inclinando el rostro no sin que él se diera cuenta del temblor de sus labios.

-Ven, vamos a un lugar más tranquilo.

Ella lo siguió hasta el estacionamiento, acomodándose en el asiento mientras él sostenía la puerta abierta.

-Si acepto que te quedes en la cabaña, ¿qué garantía tengo de que en los seis meses que dices pagarás lo que me debes, ¿no se presentará otra eventualidad que requiera de tus recursos económicos?

¿Qué le hizo suponer que se mostraría accesible ese despiadado?

Entonces ¿te niegas? -demandó desalentada.

Tengo otra solución -sus palabras lograron el efecto deseado porque de inmediato contempló la luz en los ojos de la muchacha.

Oh, no sabes cuánto te lo agradezco, no quiero ni imaginar qué hubiera hecho si decidías que abandonáramos la cabaña.

Mi idea no implica que te quedes en la casa -discurrió tomando un cigarrillo de la cajetilla y encendiéndolo con fingida tranquilidad.

Comprendió de golpe, y con un grito ahogado por la ira y la indignación asió la manija de la puerta; él se movió de prisa y atrapó su mano con tal fuerza que provocó un gemido.

Estaba muy cerca de ella, con la cabeza a unos cuantos centímetros de la rubia cabellera y Marisa lo contempló sin decir nada; el dolor que le causara, aunado a la desagradable situación la hicieron derramar una lágrima solitaria que rodó lentamente por su mejilla hasta detenerse en la comisura de sus labios, de donde la quitó con la punta de la lengua suplicándole en silencio que le soltara la mano. El le ofreció un pañuelo que sacó del bolsillo de su pantalón, pero lo rechazó con la cabeza y volvió el rostro.

-Te apresuras en llegar a conclusiones... equivocadas -lanzó un suspiro de impaciencia-, puedo asegurártelo -frunció el entrecejo-. Tengo una plantación de tabaco a unos cuantos kilómetros de Dimbulah, y desde hace algunos años he contratado varias amas de llaves, se han marchado porque el trabajo es pesado, el horario muy largo y los hombres para los que hay que cocinar, demasiados. Yo les pago muy bien a mis trabajadores, pero la labor es dura y necesitan alimentarse con abundancia -la miró entusiasmado, aunque lamentaba haberla mortificado-. El año pasado tuve el mismo problema y también el anterior, se está volviendo imposible trabajar la hacienda en estas condiciones. Necesito una esposa, y para ser honesto contigo -prosiguió sereno-, tenía intenciones de escribir a mi hermana que vive en Italia para que buscara una chica apropiada; pensé que era la única solución -hizo una pausa especulativa-, pero ahora -levantó los hombros significativo-, tal vez no necesite molestarla.

Durante los últimos minutos los ojos de la chica se habían agrandado ante la incredulidad de que sus oídos escuchaban lo que suponía.

-Si aceptas ser mi esposa -explicó-, olvidaré la renta y me haré cargo de los arreglos necesarios para enviar a tu hermano a la preparatoria y a la universidad.

Capítulo 3

-¿Quieres que me case contigo? -cuestionó atónita Marisa.

-No conozco otra forma de que te conviertas en mi esposa a menos que -subrayó con un brillo de picardía en la mirada-, tú sugieras un arreglo menos convencional.

No hablas en serio -murmuró paralizada por la sorpresa.

¿A qué te refieres? ¿al matrimonio o al arreglo?

¿Cómo te atreves a proponerme algo semejante? A hacer planes como si nos... -se interrumpió-. Somos extraños -explotó al fin-, no te conozco, ignoro todo lo que a ti se refiere.

-¿Qué necesitas saber que sea tan importante? Si eso te molesta, puedo pedirle al eminente señor Grieves que lleve a cabo una presentación formal y te hable de mi carácter y situación económica. No soy pobre y como mi esposa tendrás todo lo que deseas -se detuvo esperando su reacción, pero la joven, escandalizada guardó silencio-. En mi país se acostumbra, con bastante frecuencia, disponer los matrimonios de forma que convenga a las respectivas familias; en ocasiones la pareja se conoce hasta el día de la boda y los matrimonios son felices.

-¿Estarías dispuesto a escribir a Italia y por recomendación de tu hermana, casarte con una muchacha a la que nunca has visto? ¿Y si resultara... bueno... difícil?

-No hay ninguna posibilidad de que ocurriera -su expresión se endureció y adoptó una tonalidad cruel.

Marisa comprendió, que él era el tipo de hombre capaz de conseguir la sumisión de su esposa. La pobre chica cumpliría sus deseos aunque sólo fuera por llevar una existencia pacífica.

Lo que no comprendo -sostuvo en tono de súplica-, es ¿por qué no puedo pagarte en los términos que te sugerí? Podría...

Mis decisiones son las únicas importantes para mí -interrumpió intransigente, dando por concluida la discusión.

Jugueteando con la correa de su cartera, demandó temerosa:

-Si acepto casarme contigo, qué... me exigirás... exactamente?

-Que te ocupes de la casa y cocines para los trabajadores -contestó indiferente y frío.

-¿Eso es... todo? -la pregunta que no se atrevía a formular con palabras se reflejó en su mirada.

-Todo -clavó sus ojos oscuros en los de la joven con una intensidad salvaje y su expresión se tornó más hosca-, por el

momento subrayó su sentencia-. Nuestro matrimonio será un convenio permanente porque no apruebo el divorcio; debes saber ahora que con el tiempo, te pediré que compartas mi lecho y me des hijos. Piénsalo bien, porque una vez que hayas tomado una decisión, será irrevocable -mientras charlaban el rubor cubría las mejillas de Marisa, él la observó especulativo y prosiguió-: Cuando lo hayas meditado, estarás de acuerdo conmigo.

Puso en marcha el auto y Marisa permaneció en sepulcral silencio durante el corto trayecto a la oficina. Estaba convencida de que Tony necesitaba reordenar su vida y no le cabía la menor duda de que podía lograrlo. Imaginar una vida sin la amenaza constante de deudas insuperables, parecía utópico.

-Gracias por el almuerzo -declaró tímida al abrir la puerta.

-Nos vemos en la noche, iré a la cabaña alrededor de las ocho para que me des tu respuesta -sonrió para azoro de su invitada-. Ciao.

¿Cómo se las arregló para pasar la tarde? era un misterio, escribió en máquina y contestó el teléfono como autómata al igual que luchaba por no pensar en la proposición del señor Gianelli.

De Tony, ¡ni sus luces! ¡Caramba! ahora que necesitaba tanto de su apoyo moral; no le agradaba recibir a solas al señor Gianelli.

¿Cuáles serían sus planes para esa noche: se quedara en casa o la invitaría a salir?, encogió los hombros ante la incógnita. Tal vez se marcharía de inmediato al escuchar su contestación. Dimbulah se encontraba bastante retirado de Mareeba tierra adentro, lo cual significaba un viaje de más de una hora guiando en auto desde Puerto Douglas. Bueno, decidió con filosofía, tarde o temprano lo sabré.

Era como estar entre la espada y la pared, ¿qué sería peor? Por una parte presenciar el hundimiento paulatino de Tony en su pozo de depresión, convirtiendo la vida de ambos en un desastre y por la otra, unirse para siempre con un desconocido. De aceptar vería que su hermano convertiría su sueño en realidad. En cuanto a ella, no tendría más deudas y gozaría de un futuro estable y seguro.

En realidad no había opción, sollozó con tristeza.

Unos minutos antes de las ocho estaba lista; parecía serena con su vestido sin mangas en tonos fucsia y lila, recogido en el talle con un cinturón. Su cabello, acabado de lavar, caía suelto sobre sus hombros y en el rostro una ligera capa de polvos, más un discreto toque en los labios, resaltaban su atractivo.

Se sentía intranquila cuando escuchó que se aproximaba un

auto. Había llegado y en cuestión de segundos llamaría a la puerta.

Respiró profundo, irguiéndose al reconocer sus pasos en la veranda; se acercó a la puerta, la abrió, murmuró un saludo y de pronto él estaba en el recibidor, mucho más alto y corpulento de lo que recordaba.

-Por favor, toma asiento -propuso incapaz de verlo; sin embargo su timidez no pareció molestarlo y se arrellanó en una silla a un lado de la ventana-. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Te agradaría un café? -su voz sonaba lejana y evitó estrujarse las manos, que de pronto parecían estorbarle y no sabía qué hacer con ellas.

Había un oscuro brillo en su mirada y un dejo de malicia en su sonrisa al indicar que café estaría bien.

Tras un momento de duda, Marisa se atrevió a preguntar si lo tomaba negro o con leche.

-Negro, por favor -aclaró y la vio desaparecer a toda prisa rumbo a la cocina.

Con mano temblorosa sacó dos tazas con sus platos, sirvió el café instantáneo y revisó el agua de la jarra eléctrica. Indecisa en cuanto a llevar galletas, resolvió no hacerlo ya que lo más probable era que ya hubiera cenado. El agua hirvió demasiado rápido, según ella y la vertió en las tazas para llevarlas al recibidor.

Le ofreció una taza y colocó la suya sobre la mesa antes de regresar a la cocina por la azucarera; él se sirvió y la miró inquisitivo.

-¿Y bien, Marisa?

-Sí. Yo... -levanto el rostro, mas sintiéndose insegura y cohibida, escabulló su mirada-. Si -balbuceó nerviosa.

-Perfecto -sacó una cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno inhalando profundo. Imposible decir si su contestación lo había impresionado porque no cambió de expresión.

-Lamento que Tony no se encuentre en casa -comentó buscando con desesperación algo qué decir-, pero -estuvo a punto de afirmar que no tardaría, sin embargo al darse cuenta de que no podía engañarlo finalizó- . No estoy segura de cuándo llegará.

La observó con detenimiento y hubiera preferido que hablara del tiempo o de cualquier cosa; por el contrario, siguió fumando sin prisa y al terminar su cigarrillo, lo apagó en el cenicero de la mesilla lateral, recogió su café y se tomó su tiempo saboreándolo.

¿Te parece bien que me encargue de todo? ¿Prefieres que sea yo quien busque la escuela apropiada para tu hermano? -consultó.

Sí -repuso breve, animándose a mirarlo a los ojos.

De acuerdo, el lunes iniciaré los trámites. ¿Eres mayor de edad?

-Por supuesto -la pregunta la sorprendió y lo miró atónita-, tengo veintidós años.

-Necesitaré que me prestes sus actas de nacimiento -cambió de posición-, la tuya y la de Tony; ¿las tienes a la mano?

Asintió y como hizo evidente que esperaba que las trajera, fue a su alcoba y las sacó de la pequeña caja donde las tenía. Se las entregó y él las colocó dentro de su cartapacio.

¿Tienes alguna objeción de que la ceremonia sea por la iglesia católica? -prosiguió interrogante.

No, en lo absoluto.

Bien, ahora debo retirarme, tengo mucho qué hacer. Tu hermano... quiero verlo el lunes por la noche.

Era una orden, más que una petición y asintió mientras lo seguía hasta la puerta. Su presencia había creado una atmósfera tan tensa que se sintió aliviada al verlo partir.

Con un lacónico ciao subió a su automóvil y en unos cuantos segundos desapareció en el camino; no tocó la bocina y le fue imposible vislumbrar si agitaba la mano para despedirse, o no.

¡Fiuu! se sentía satisfecha de que todo hubiera terminado, ahora sólo faltaba informar a su hermano, y eso, cuando se dignara aparecer.

Regresó a la casa y se refugió en su silencio; al consultar el reloj se percató de que ya eran más de las nueve, es decir, había transcurrido poco más de una hora y al día siguiente se pondría en marcha el mecanismo que cambiaría su patrón de vida.

Matrimonio; el solo pensamiento trastornaba su estabilidad desde sus raíces. Para un hombre como el señor Gianelli la adquisición de una esposa significaba la solución de sus problemas domésticos; daba por descontado que cocinaría, lavaría, limpiaría y sería obediente; la simple idea de frustrar sus planes le dio escalofrío. No deseaba desencadenar su furia y no dudaba que sufriría lo indecible en caso contrario.

Recogió el servicio y lavó los trastos, se sentó a leer, mas al darse cuenta de su vano intento por concentrarse, dejó el libro a un lado. Incapaz de mantenerse quieta, sacó la ropa y se puso a planchar todo lo que cayó en sus manos, incluso lo que no estaba arrugado. Eran más de las diez cuando se metió en la cama y sin pensarlo se quedó dormida hasta que sonó el despertador.

Se levantó de un brinco y corrió al cuarto de Tony para descubrir consternada que no había regresado a casa. Volvió sobre sus pasos con el ceño fruncido por la preocupación.

-¡Oh, Dios, es demasiado! -se quedó malhumorada, ¿en dónde se

habrá metido?

Arregló su cama, se lavó y vistió de prisa; tomó café y pan tostado antes de salir a trabajar al hotel. Pasó un fin de semana terrible, alarmada por la ausencia de Tony que para el lunes en la mañana no había dado señales de vida. Rara vez le informaba el lugar al que pensaba ir, con quién iba o cuándo regresaría, por lo que no le quedaba más alternativa que esperar hasta que fuera más tarde. Tenía que estar en casa esa noche y a tiempo para hablar primero con ella.

Estuvo nerviosa toda la mañana y no se tranquilizó hasta que después de una exhaustiva investigación, pudo comunicarse con él y aunque contestó con evasivas, prometió estar en casa a la hora en que ella regresara de trabajar.

Había muchísimo trabajo, agudizado por la ausencia de Brenda que se encontraba enferma. Marisa tuvo un día muy agitado, lo cual en cierta forma no le desagradó, pues estaba tan ocupada que no tuvo tiempo de pensar en nada más.

Tony no estaba en la cabaña y eso la alarmó. Sacó huevos, queso y tomates del refrigerador; de nuevo tendrían que conformarse con una omelette ya que no le alcanzaba para comprar carne. Por fortuna faltaban unos cuantos días para que le pagaran, pensó entusiasmada, y de pronto se dio cuenta de que sus pagos estaban limitados: ¿cuál sería la fecha de la boda?

Escuchó el golpe de la puerta al cerrarse y giró sobre sí para mirar a Tony a un lado de la mesa.

-Hola -saludó sonriente y fijándose en la sartén indicó-, me temo que son huevos otra vez -alzó los hombros dirigiéndose al refrigerador para sacar y abrir una lata de cerveza antes de sentarse a la mesa.

-Tony, necesito hablar contigo.

¡Oh, no! ¡Otro sermón! -golpeó la lata vacía sobre la mesa haciendo saltar a la muchacha; extrajo otra lata y bebió el contenido arrojándola a través de la habitación-. Estoy harto de este lugar sin dinero ni diversiones. ¿Qué hay aquí? -arrastraba las palabras y Marisa se dio cuenta de que había estado bebiendo desde que terminó de trabajar. Agitó un dedo delante de la nariz de su hermana-. ¡Me marcho... a Sydney, un lugar lleno de acción, no como este aburrido pueblucho!

¿No se te ha ocurrido que me siento enferma de escatimar y estirar hasta el último centavo? -Marisa se indignó y hacía esfuerzos por permanecer en calma sin conseguirlo-. Lo odio -confesó exaltada-, no eres el único que tiene que privarse, yo no he podido

comprarme una pintura de labios y tengo que usar jabón en lugar de champú para lavarme el cabello, además de quedarme sin almuerzo la mayor parte del tiempo para guardar el dinero y sobrevivir -levantó el cuchillo y el tenedor con manos temblorosas-. Quisiera poder decirte: Vete, Tony, y al diablo contigo, pero no puedo -lo miró hablándole con cariño y solicitando su atención.

-Tony, te suplico que seas honesto conmigo y me respondas con franqueza. Si tuvieras oportunidad de volver a la preparatoria y entrar a la universidad, ¿lo harías?; entiéndeme, si de alguna forma fuera posible resolver el problema económico, ¿realmente desearías ir?

No necesitas preguntarlo, ya conoces la respuesta -tomó otro bocado con el tenedor-. ¿Por qué, te sacaste la lotería o algo por el estilo?

No es ese el caso -Marisa suspiró y se sentó ante su plato-; se trata de algo diferente. Conocí a un hombre, el dueño de esta casa y me... propuso matrimonio -hizo un esfuerzo por continuar-; está dispuesto a pagar lo necesario para que termines tus estudios.

¡Guau! -silbó apreciativo-. ¿De verdad existe alguien así?

Aunque no lo creas -asintió con la cabeza-. Creo que será lo mejor para ambos.

-¿Quién es ese tipo? No creo que tengas mucho tiempo de conocerlo. Que yo recuerde, nunca has salido con nadie -de pronto se dio cuenta y golpeó la mesa con el puño-. Lo haces por mí ¿no es cierto? ¡La hermana mayor que se sacrifica por cuidar al hermanito descarriado!

-¡Pues bien, sí! -se puso de pie temblando de rabia-, es verdad. A ti ya no te importa lo que digo, vas de mal en peor, en ocasiones me aterra pensar qué será de ti. Has cambiado tanto, que no logro entenderte; si mi padre viviera, moriría de un síncope -arrojó el tenedor sobre la mesa-. ¡Estoy harta de todo esto... de no saber qué pasará después! ¿Te has dado cuenta de que debemos tres meses de renta? ¿que una vez que pagamos, corrección, que pago el préstamo para el auto, la gasolina y la comida, no queda prácticamente nada? El lunes fui a la ciudad a entrevistarme con el señor Grieves, el apoderado del banco, pero el propietario se niega a seguir esperando, ¡iba a lanzarnos de la casa! -lo fulminó con la mirada y él tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

-¿Estás segura de que se trata de una persona confiable? -preguntó poniéndolo en duda mientras la veía volver a tomar su lugar.

-Lo estoy, llegará de un momento a otro y podrás corroborarlo -

comió su ometette y retiró el plato, levantándose a preparar el café.

¿Cómo dijiste que se llama? -inquirió con franca curiosidad.

Gianelli, tiene una finca de tabaco en la periferia de Dimbulah.

-¡Qué oportunidad! -gritó entusiasmado Tony-, poder ingresar a la facultad y con pensión completa además. ¿Lo harás verdad? -la observó ansioso-; ¿no te arrepentirás a última hora? -al verla negar con la cabeza la abrazó conmovido-. Gracias hermanita, no sabes cuánto te lo agradezco, es lo único que quiero, ¡lo que más deseo en el mundo!

En esta ocasión, Marisa no puso en duda su sinceridad y suspiró resignada.

El auto del señor Gianelli se detuvo junto a la cabaña en el momento que Marisa daba los últimos toques a su peinado. Cuanto más pronto, mejor, reflexionó cuando atravesaba el recibidor.

De pie en el vano de la entrada parecía llenar el espacio, con una mano metida en el bolsillo del pantalón en despreocupada actitud.

Hola, Marisa.

Pasa, por favor -lo recibió con reserva haciéndose a un lado para permitirle el paso-. ¿Te traigo algo de beber? -ofreció solicita, consciente de la necesidad de mostrarse amable-, hay cervezas en el refrigerador.

Gracias -tomó asiento en la misma silla que ocupara la vez anterior.

La muchacha escapó a la cocina, abrió la lata de cerveza y la sirvió en un vaso. Tony permanecía en su habitación, ubicada a un extremo de la cocina y le hizo señas para que la acompañara al recibidor; la siguió y ella llevó a cabo las presentaciones, aunque un tanto avergonzada pues desconocía el nombre de pila de su "novio".

-Cesare -apuntó imperturbable, pronunciando Che-sa-re con una leve sonrisa en tanto estudiaba con detenimiento al muchacho.

No pudo adivinar si encontraba desagradable o no la larga cabellera de su hermano, pero deseaba que alguno de ellos tomara la iniciativa y rompiera el incómodo silencio. Tony fue el primero en hablar.

-Supongo que deseas hablar con Marisa, así que me retiro para dejarlos a solas -su futuro cuñado lo detuvo.

-No, quédate, por favor; esto también te concierne. No tengo nada que decir a tu hermana que no puedas escuchar -ofreció un cigarrillo al joven y se lo encendió antes de prender fuego al suyo-. Ya estás enterado, supongo. Encontré una preparatoria en Brisbane

que te aceptó de inmediato, Tony. Tuve la fortuna de conseguir un programa en el convento de Mareeba y el Reverendo O'Reilly me hizo el favor de marcar algunas materias que considera de importancia. De acuerdo con el reglamento, tendrás que usar uniforme, pero podemos conseguirlo en Cairns; los libros de texto te los proporcionará la escuela, además tomé las providencias necesarias para que recibas una pensión semanal -hizo una pausa y se volvió a Marisa-. Todo está dispuesto para que nos casemos este viernes en una iglesia de la ciudad de modo que Tony podrá tomar el tren para Brisbane esa misma noche -en apariencia no notó la palidez que cubrió el rostro de la chica ni la falta de seguridad de sus piernas-. Como tendremos que pasar la mayor parte del miércoles en la ciudad, será mejor que mañana renuncies a tu empleo -continuó impávido-; Tony tiene que buscar su uniforme y supongo que los dos necesitarán hacer algunas compras.

¿Tan pronto? -Marisa jadeó incrédula; incapaz de controlarse se estrujó la garganta atónita ante su indiferencia.

No hay razón para retrasarlo; la estación del tabaco está en curso y es necesario terminar con todo esto.

Esto era otra transacción para él, pensó Marisa al borde de la histeria.

Cesare se puso de pie, fijándose en su palidez, en su mirada desesperada y... ordenó, era la única forma en que ella podía describirlo.

-Vengan, iremos a celebrar al hotel.

Caminaron juntos la corta distancia; Cesare pidió champaña francés y Marisa lo tomó sin apreciarlo, aturdida por la forma en que su vida giraba fuera de su control; su misma inquietud le impedía charlar con naturalidad, pero Cesare parecía no darse cuenta de su estado y la animaba a hablar de ella misma.

-No hay mucho qué decir -empezó insegura-; nací en Nueva Zelanda, pero cuando Tony estaba muy pequeño, mis padres decidieron mudarse a Perth, ambos asistimos a la escuela en esa ciudad de la que tengo los recuerdos más maravillosos de mi niñez rodeada de mi familia -se detuvo para aclarar su voz opacada por la pena-; después, cuando tenía alrededor de doce años, mi madre sufrió un accidente y murió semanas más tarde. A mi padre le afectó muchísimo y como en casa todo se la recordaba, decidió venderla y nos cambiamos a Monte Isa. Allí vivimos casi siete años; poco a poco su salud se fue deteriorando y como requería de un tratamiento especial fuimos a Brisbane, por desgracia su corazón estaba ya muy dañado y murió un año después; el resto ya lo

conoces.

El hombre sentado frente a ella percibió la emoción que endulzaba sus expresivos rasgos y sin hacer comentario alguno se apoyó en su silla observándola con fijeza.

En algún sitio dentro de su estómago, Marisa sintió una extraña sensación, ese hombre alto, de impresionante fuerza parecía tener el don de penetrar hasta su alma, como si nada relacionado con ella le pasara inadvertido.

Por otra parte, Marisa disfrutaba del notable cambio de Tony: le brillaban los ojos por el entusiasmo, su voz sonaba alegre y su expresión era expectante; pensando en él, consideró que había tomado la decisión correcta.

Para la hora en que el hotel se disponía a cerrar sus puertas, quedaban en la mesa dos botellas vacías de champaña y Marisa se sentía bastante alegre.

-Buenas noches, Marisa -sonrió afectivo al despedirse de la joven-, nos vemos el miércoles alrededor de las nueve de la mañana -sin volverse ni una sola vez, entró en su automóvil y se alejó dejándola en el quicio de la cabaña mirándolo confundida.

Había algo en él que la hacía temblar. No seas ridícula, refunfuñó para sí misma, es un hombre como cualquier otro. Cerró la puerta y se dirigió a la cocina.

-Así que el viernes es el gran día -bromeó Tony elevando la vista del programa que había desplegado sobre la mesa.

Marisa asintió ausente, preocupada por la reacción del señor Bennett al enterarse de que tendría que buscar una nueva secretaria en tan poco tiempo, y de Brenda, que se mostraría ávida de escuchar todos los detalles. De una u otra forma, el día siguiente prometía ser un gran reto.

-El viernes por la noche saldré de Cairns en el tren de las nueve y media. Hay que reconocer que actuó de inmediato -admitió el muchacho.

Con la preocupación reflejada en el rostro se marchó a su alcoba, se desvistió despacio y se metió en la cama presa de un cansancio agotador.

Capítulo 4

Cinco minutos después que el señor Bennet llegara a la oficina Marisa se atrevió a llamar a su puerta.

-Adelante -contestó él y esperó a que entrara-, dígame, señorita Maxton; ¿de qué se trata?

-Es que... no sé cómo decírselo, señor, pero me caso el viernes; sucedió algo imprevisto -se detuvo sonrojándose al imaginar las conclusiones a las que llegaría de acuerdo con su observación y soportó la aguda mirada que le dirigió desde su escritorio.

-Su vida privada me tiene sin cuidado, señorita Maxton, sin embargo, debe reconocer los inconvenientes que me ocasionará la premura de su aviso; hubiera esperado mayor consideración de su parte.

-Lo siento -la injusticia de su reproche la hizo contestar-, pero hasta anoche yo tampoco lo sabía.

-Yo también lo lamento. Usted ha demostrado ser una secretaria excelente y me da pena tener que prescindir de sus servicios porque entiendo que éste será su último día de trabajo.

En efecto -admitió la joven y propuso-, pero estoy dispuesta a quedarme hasta más tarde.

No es necesario, Brenda tendrá que terminar todo lo que usted deje inconcluso. ¿Y se puede saber quién es el afortunado?

-Por supuesto -aclaró sonriente-, se llama Cesare Gianelli y es dueño de una finca de tabaco en Dimbulah.

¡Cesare Gianelli! -el señor Bennett repitió asombrado-, lo conozco bastante bien. Se trata de una celebridad, admiro su elección -notó su sorpresa y se apresuró a explicar-. Verá, soy aficionado al fútbol soccer y creo que hace siete u ocho años que Gianelli juega para Mareeba; es un buen elemento y un excelente deportista. Felicidades, señorita Maxton.

Agradeció sus buenos deseos y confundida salió de la oficina satisfecha de haber concluido esa parte, Brenda era la próxima y decidió dejarlo para más adelante, hasta que tuvieran su descanso.

Se sentaron en el pequeño despacho de Marisa y Brenda saboreaba muy tranquila su segunda taza de café cuando dejó caer la bomba.

-Brenda, éste es mi último día de trabajo.

¿Cómo dices? ¿Escuché bien? -tragó con dificultad ante la dulce expresión de su amiga-. ¡Vamos, cuenta! quiero decir, debes tener

una estupenda razón.

Me caso el viernes.

¡Santo Dios! -la joven se cubrió la boca con la mano-. ¿Quién es él? ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?, nunca me contaste que tuvieras compromiso con nadie -acusó un tanto en broma.

Oh, Brenda, eres formidable, única -la muchacha rió de buena gana.

Por lo menos podrías haberlo comentado -protestó desviando la mirada.

¿Cómo? si hasta ayer en la noche ni siquiera yo lo sabía.

¡Qué romántico! -admitió Brenda excitada-. ¡Una proposición de matrimonio! pero ahora vas a decírmelo todo, mira que me estoy muriendo de la curiosidad.

-Se llama Cesare Gianelli y vive en Dimbulah.

-Que más, continúa -apresuró impaciente Brenda, olvidando su café.

-Es dueño de una finca tabacalera y... juega fútbol soccer -se detuvo al darse cuenta de que era todo lo que sabía sobre él.

-Y ¿por qué la prisa?, quiero decir... bueno, tú sabes lo que quiero decir -concluyó Brenda-. ¿Por qué te casas esta semana, si acaba de declararse?

Marisa dio un sorbo a su café y recordó las palabras que Cesare había usado la noche anterior-. Están por iniciarse los trabajos en la finca y además no hay razón para retrasarlo.

-¡Aja! -exclamó Brenda con una sonrisa maliciosa-, es obvio que tiene que regresar; y ¿qué edad tiene?

-Treinta y tres años -titubeó Marisa incierta, debía andar cerca, pensó, porque sin duda había dejado atrás los veintes.

-¿Es alto o bajito? -inquirió insistente.

-Alto, altísimo -apuntó sin dificultad.

-Siempre soñé con enamorarme de un hombre mucho más alto que yo debe ser maravilloso -suspiró romántica mientras Marisa llevaba la pila de papeles que esperaba en su escritorio-. Es italiano por supuesto, ¿cuándo llegó?

-Me imagino que hace diez años -consultó su reloj de pulsera y se sintió complacida al comprobar que el descanso había concluido-, Brenda, discúlpame, pero debo seguir trabajando, necesito darme prisa si quiero dejar la mayor parte de los asuntos en orden -su tono no admitía réplica, y aunque desilusionada, Brenda no tuvo más remedio que volver a su escritorio de recepcionista.

A la hora del almuerzo, Marisa llevó el Mini a un comercio local y se alegró cuando le ofrecieron un precio razonable por él; fueron

tan amables, que se ofrecieron a llevarla a su casa esa tarde y salió satisfecha. Depositó el cheque en su cuenta bancaria, con una maravillosa sensación de descanso y no pudo sino sentirse encantada cuando el empleado le aseguró que podría hacerlo efectivo al día siguiente merced a una liquidación especial.

Eran las seis de la tarde cuando llegó a su casa, reunió sus pertenencias y agradeció al joven mecánico que la llevó. Al entrar se detuvo sorprendida de ver a Tony en la cocina con la mesa puesta y el aroma de un bistec sobre la estufa.

-¡Tony, qué sorpresa! -exclamó complacida, asentando su cartera en una esquina de la mesa; lo miró azorada notando que se había cortado el cabello, al mismo tiempo, su expresión había perdido la amargura de los dos últimos años y su rostro irradiaba felicidad.

Tomó asiento y bebió medio vaso de cerveza mientras buscaba el sobre sellado que le entregara el señor Bennett en el momento que dejó la oficina; contenía el equivalente de una semana de trabajo en efectivo y un cheque por dos semanas de vacaciones pagadas; lo cual agradeció en silencio. ¡Al fin parecía que se resolvían todos sus problemas!

Tony colocó un suculento plato de bistec con huevos frente a ella y acto seguido se sentó al otro lado de la mesa.

Siguiendo un impulso, Marisa colocó algo de dinero en su lugar y respondió ante su inquisitiva mirada:

Quiero que lo guardes por si llegaras a necesitarlo, para cualquier gasto extra, por favor -propuso convincente al notar que se lo regresaba con un movimiento negativo de cabeza.

No, hermanita, yo tengo algo; de cualquier manera agradezco tu intención; mi jefe se impresionó cuando le avisé que volvería a la escuela, admiró mi resolución de dar un cambio a mi vida. Por poco me desmayo cuando me obsequió una quincena de sueldo, sin descontar la semana que le debía.

Marisa comió con apetito, pues no había tenido oportunidad de tomar nada a la hora del almuerzo. Su hermano recogió los trastos e incluso los lavó por ella que, aunque extrañada, se abstuvo de hacer comentarios al respecto como no fuera darle las gracias.

La tarde fue agotadora ya que no sólo se dedicó a revisar la ropa del muchacho sino la propia; los sencillos vestidos que había confeccionado en su vieja máquina de coser le servirían como ropa de casa en la plantación, pensó resignada. Sin embargo, necesitaría un vestido nuevo para la ceremonia, ropa íntima y tal vez un par de zapatos de tacón alto.

De vez en cuando se detenía a pensar en el hecho de que dos días más tarde sería una mujer casada y la idea la llenaba de confusión así que prefirió mantenerse ocupada. Pasada la media noche se dejó caer en la cama y se durmió profundamente hasta las siete de la mañana del día siguiente que sonó el despertador.

Una hora después se había bañado, tendido las camas, limpiado la cabaña y empezaba a preparar el desayuno. Puntual, según su costumbre, a las nueve de la mañana, Cesare estacionaba el auto a un lado de la casa.

-¡Hola! -saludó Tony desde la puerta y Marisa se apresuró a recoger su cartera y entrar en el recibidor.

Cesare la miró y le dedicó la más amplia sonrisa y ella le correspondió, excitada ante la promesa de un día de compras que la hacía sentir feliz; hacía tanto tiempo que no tenía oportunidad de comprar nada sin tener que escatimar hasta el último centavo que nada podía arruinarle el día.

Los kilómetros volaron a su paso y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en el centro de Cairns.

Cesare insistió en que lo acompañara a una importante joyería para comprar su anillo de compromiso y luchó por reprimir su asombro cuando él aceptó de buen grado la sugerencia del empleado que se brindó a mostrarle una exclusiva variedad de sortijas. Después de unos minutos de deliberación, eligió un solitario de diamante rodeado de pequeñas chispas de la misma piedra engastado en una argolla de oro y lo deslizó en su dedo, Marisa contuvo el aliento, incapaz de creer que no estaba soñando hasta que Cesare extendió un cheque.

-Es precioso, Cesare, gracias -pronunció su nombre en forma tan espontánea que él sonrió complacido.

-¡Fiuu! -silbó Tony al descubrir la sortija.

-Me parece que sería más práctico si nos separamos, ¿no creen? -sugirió Cesare-. Tony y yo te encontraremos en el vestíbulo del hotel, aquél, el de la esquina -señaló y esperó a que la muchacha lo localizara-, más o menos alrededor de la una -uniendo la palabra a los hechos, sacó un fajo de billetes de su cartera y se los ofreció a su prometida-. Marisa, toma esto y cómprate lo que desees.

No, no podría... -protestó dando un paso hacia atrás con los ojos muy abiertos-, tengo lo que me dieron por la venta del Mini y... mi gratificación -titubeó rechazándolo con manos temblorosas-; es suficiente para pagar lo esencial; por favor.

Por lo menos en tres o cuatro meses no habrá oportunidad de regresar de compras a la ciudad -protestó Cesare con cierto tono de

advertencia y el ceño fruncido-, así que aprovecha para llevar todo lo que pueda hacerte falta.

Dudó un poco todavía, pero acabó por aceptarlo aunque con desagrado, colocándolo en el fondo de su bolso de mano.

Gracias -murmuró sonrojada.

A la una entonces -le recordó antes de separarse.

Marisa pasó las dos horas siguientes explorando las boutiques de la ciudad y probándose ropa. Desde el momento en que el precio señalado en las etiquetas dejó de tener importancia, la selección se tornó difícil. Entre sus compras incluyó un encantador conjunto de bata y camisón largos, la evidencia de un sueño hecho realidad y en el instante que lo vio, quedó prendada de él.

Sin importar las circunstancias que habían precipitado la ceremonia, se trataba de su boda y Marisa estaba decidida a no aparecer con cualquier vestido; tenía que ser blanco, puesto que iban a casarse en la iglesia. Por fin encontró lo que deseaba; era inmaculado como la nieve, tenía un ajustado corpiño de guipure bajo el cual la falda caía acampanada hasta la bastilla que le cubría la rodilla, de escote discreto y mangas tres cuartos confeccionadas en el mismo encaje, rematadas al codo. Era el adecuado y le quedó perfecto; compró un velo cuadrado con orilla de encaje para cubrirse la cabeza y un ramillete de lirios artificiales, para llevarlo como ramo.

Cesare y Tony aguardaban tomando una copa en el vestíbulo del hotel cuando hizo su aparición con una radiante sonrisa en el rostro.

-¡Parece que hiciste algunas compras! -comentó Cesare devolviéndole la sonrisa al aproximarse a ayudarla con los paquetes. Llamó al camarero, ordenó una bebida para ella y fue a guardar las bolsas de las compras al auto.

Cuando regresó, Marisa y su hermano charlaban animados y se suavizó su mirada al contemplar su delicada piel y el brillo de sus ojos. Se trataba de una chica muy atractiva, de estatura un poco menor que el término medio, era delgada, su sedoso cabello rubio color miel caía por debajo de los hombros y el color avellana de sus dulces ojos, que se acentuaban más por las noches, le parecía fascinante.

He tenido una mañana ¡fantástica! -exclamó sin poder contener su excitación al contar con tanto dinero.

¡Espero que hayas dejado algo en las tiendas! -bromeó su hermano- pero por lo visto nos hemos dedicado a saquearlas.

-Tal vez yo no debía... -Marisa miró inquieta a Cesare,

intimidada por su solemne expresión, pero él la interrumpió.

-Me alegra que hayas seguido mis instrucciones y te compraras todo lo que necesitas.

El almuerzo transcurrió en un ambiente tranquilo y amistoso pues Tony demostraba su entusiasmo por su regreso a las aulas haciendo oportunas intervenciones chuscas, también Cesare parecía disfrutar del momento y el reír por las bromas del muchacho, causó la admiración de la muchacha que no sólo lo encontró humano, sino bien parecido.

Mientras Cesare y su hermano se enfrascaban en una discusión sobre los méritos del fútbol soccer contra los del rugby, Marisa dejó que su mente volara al libro de cocina italiana que reposaba en algún lugar entre sus compras. Lo más probable era que se convirtiera en su mejor amigo y aliado.

-Ya tengo mi pasaje de tren, sale el viernes a las nueve treinta y llega el domingo a Brisbane -informó Tony entusiasta-. Me muero de impaciencia por retornar a mis estudios; no te desilusionaré, a ninguno de los dos, por darme esta oportunidad; gracias -reconoció dirigiéndose a Cesare.

Tratándose de Tony, era todo un discurso y Marisa sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

-Bien -Cesare encendió un cigarrillo, exhalando el humo con evidente satisfacción-, no se hable más del asunto, muchacho, ¿quieres comprar algo más? -preguntó a Marisa.

-No, gracias -le aseguró con cortesía.

-Por lo que se refiere al viernes, mi socio, Carlo Rossini, los recogerá en la tarde para traerlos a Cairns. La ceremonia tendrá lugar a las cuatro y media, de modo que habrá tiempo suficiente para cenar en el hotel y brindar, antes de acompañar a Tony a la estación del tren -hizo una pausa y se volvió hacia Marisa para continuar-. Nosotros nos quedaremos a pasar la noche en Cairns y tomaremos la lancha a Green Island para pasar el fin de semana; me temo que sería una visita muy corta porque tenemos que estar de regreso en Dimbulah el domingo en la tarde.

Minutos más tarde, tuvo oportunidad de analizarlo sin llamar su atención: su espesa cabellera color castaño oscuro caía ondulada sobre su cuello. La amplitud de su tórax cubierto por una playera color morado, la intimidó al preguntarse cómo sería estar entre sus brazos apoyada contra su pecho y se estremeció presa de una imprevista debilidad que recorrió sus miembros. Como sí hubiera sentido el peso de sus ojos, él giró ligeramente y sus profundos ojos brillaron en su dirección. Avergonzada, el color tiñó sus mejillas a

sabiendas de que podía adivinar sus pensamientos.

-Tal vez sería conveniente que nos pusiéramos en camino, tomará algún tiempo bajar tus paquetes y me esperan a cenar en Dimbulah.

Capítulo 5

De pie ante el espejo Marisa terminó de arreglarse, se examinó y sonrió con tristeza; el pálido rostro y su mirada ansiosa le pareció la antítesis de una novia, una hora antes de su enlace.

-¿Terminaste, hermanita? ¡Hace horas que aguardamos! -Tony entró resplandeciente, ataviado con un elegante traje nuevo que lo hacía aparecer mayor de sus dieciséis años; estampó un ligero beso fraternal en su mejilla y sonrió-. Estás preciosa, toma -dejó un pequeño paquete en la palma de su mano y abandonó la habitación de inmediato.

Marisa desenvolvió el obsequio con dedos temblorosos, en tanto Tony y Carlo llevaban el equipaje hasta la camioneta. Un pequeño frasco de perfume, Ma Griffe de Carvens, surgió de la brillante caja. Encantada removió el tapón de cristal y lo aplicó con generosidad detrás de sus orejas, en las muñecas y la curva que formaban sus senos, disfrutando de su delicada fragancia. La voz de su hermano que la instaba a apresurarse la obligó a reaccionar, tomó su ramo y lanzó una última mirada alrededor de su alcoba antes de dejar la cabaña.

Carlo Rossini era moreno, de cabello oscuro y ostentaba un poblado bigote que se distendió acentuando su afectuosa sonrisa al darle la mano.

-Hola, encantado de conocerte -comentó al saludarla y el brillo de sus ojos delataba su satisfacción ante la presencia de la chica que sonrió complacida-. ¿Es todo? -preguntó al muchacho.

-Por fortuna, Carlo -contestó regocijado-, ¡una maleta más y hubiera tenido que viajar en el maletero!

Carlo rió y mantuvo abierta la puerta posterior del vehículo para que Marisa ocupara el asiento con la mayor comodidad.

-Bien, pues entonces, vámonos.

El potente motor de la vagoneta devoró la distancia con rapidez, haciendo su entrada a la ciudad con cinco minutos de anticipación, mas conforme se acercaban a la iglesia, Marisa tuvo que luchar en contra de un deseo de escapar. Las dudas asaltaron sus sentidos llenándola de un temor incontrolable, la sangre se agolpó en sus sienes y estaba a punto de desmayarse, cuando el vehículo disminuyó la marcha y se detuvo detrás del auto de Cesare. Respiró profundamente mientras Tony le abría la puerta.

-¡Buena suerte! -deseó Carlo que los dejó en la puerta y fue a

estacionarse a un lado de la iglesia.

-Oh, Tony, estoy muerta de miedo -angustiada volvió el rostro hacia el muchacho en busca de apoyo, olvidando su condición de hermana mayor.

-Desecha tus temores chiquilla, todo saldrá bien -Tony le ofreció el brazo con gesto galante y la condujo hasta la entrada; a una seña del sacristán, reanudó la marcha y avanzaron juntos por el pasillo rumbo al altar. Marisa sentía el estómago hecho nudos al tiempo que se aproximaba con paso inseguro hacia la elegante figura vestida de oscuro de Cesare que la aguardaba, alto y gallardo; presionó el brazo de su hermano, presa del pánico y él palmeó su mano con cariño para tranquilizarla; al llegar al pie del altar, entregó a la novia y fue a pararse a un lado.

Por un breve instante la invadió el loco impulso de dar vuelta y correr, pero al momento Cesare tomó su mano aprisionándola con firmeza.

El sacerdote les sonrió y empezó a leer la liturgia, a Marisa le conmovieron tanto sus palabras que sintió ganas de llorar. Al momento en que le tocó pronunciar sus votos casi no podía articular palabra y con gran dificultad logró musitar su acuerdo.

Todo estaba consumado, de ahora en adelante era Marisa Gianelli.

Volvió la inquieta mirada hacia Cesare que se inclinó y la besó ligeramente en la boca y de inmediato el color tiñó sus mejillas.

Tony la felicitó efusivo, Carlo la abrazó y besó en la mejilla y para su sorpresa, cuando se hizo a un lado, el señor Grieves se aproximó cordial para estrechar su mano.

¿Te sientes mal? -preguntó Cesare en el interior del auto, preocupado por su palidez.

No -lo miró sorprendida-, estoy bien -afirmó forzando una sonrisa y respiró tranquila cuando él se dispuso a poner en marcha el vehículo.

En el hotel, Marisa se limitó a tomar algunos bocadillos de cada bandeja y esperaba que nadie lo notara. El anticlímax de los últimos días empezaba a manifestarse en ella, atormentada por la duda de si habría hecho lo correcto. Por lo que se refería a Tony, no tenía reservas. Estoy tan confundida, pensó molesta, y tan triste por la partida de Tony y desearía... Oh, ¿qué desearía? ¿qué más podía desear? aparte de la oportunidad de una nueva vida para su hermano menor, la cual sabía culminaría con la realización de sus sueños. Vamos, pon los pies en la tierra, muchacha, se corrigió a sí misma con severidad, no puedes pretender todo a un tiempo.

Se obligó a sonreír entre sorbos de su copa de champaña y a llevarse pequeños y esporádicos bocados a los labios con suficiente lentitud como para pasar las dos horas siguientes.

Al salir del hotel, Tony y Carlo los rociaron de confeti, celebrando con algarabía que su conspiración hubiera resultado una completa e inesperada sorpresa.

-¡Ohl -exclamó Marisa sacudiéndose para desprenderlo de su vestido, riendo al ver que caía sobre sus zapatos y se deslizaba hasta el pavimento. Cesare imitó sus movimientos y una vez que se vio limpio, levantó casual su mano hasta el cabello de su flamante esposa. Ella permaneció impasible mientras él recogía varios pedacitos, impresionada por su inquietante proximidad.

En la estación del ferrocarril tuvieron poco tiempo para charlar.

No dejes de escribirme por lo menos una vez a la semana, Tony ¿lo prometes? -suplicó desesperada.

Prometido, pero tú tendrás que hacer lo mismo -cambió sus ojos hasta la altura de su cuñado y pidió preocupado-: ¡Cuídala!

-Lo haré -prometió solemne.

-¡Envíame una tarjeta de Green Island -gritó Tony desde la ventanilla abierta del compartimiento a la vez que el tren anunciaba su salida y la joven asintió como autómata, conteniendo las lágrimas mientras la máquina abandonaba el andén, despidiéndose con la mano hasta que tomó la curva y Tony desapareció.

Cesare aprisionó su brazo y la llevó de vuelta al auto, entrecerrando los ojos al notar cuan pálida y tensa estaba.

-Reservé habitaciones en un hotel de la explanada, iremos a cambiarnos y saldremos a tomar algo.

-De acuerdo -musitó con voz casi inaudible.

La suite en el motel era amplia y lujosa y Marisa se sintió reanimada cuando Cesare indicó que pensaba pasar la noche en uno de los divanes de la sala para cederle la alcoba.

-Voy a tomar un baño -anunció sobre su hombro inclinándose hacia su maleta; la abrió y sacó varias prendas.

Marisa entró en la alcoba y cerró la puerta con discreción; un poco más tranquila, desabrochó su vestido y se lo quitó; sacó un pantalón blanco y se lo puso combinándolos con una blusa verde jade de manga corta; calzó sus sandalias de suela de corcho y se sentó ante el locador a arreglar su maquillaje.

¡Cielos! ¿era suyo ese rostro pálido? se miró como un fantasma, frotándose las mejillas en un esfuerzo por recobrar un vestigio de color. De repente escuchó un leve golpeteo en la puerta y se volvió

al momento en que se abría; revelando a Cesare en el vano. Marisa no pudo contener la sorpresa, ni el temblor de su voz.

-Ya casi... estoy lista.

El se presentó con pantalón de ante y una playera azul marino de manga corta, abierta en el cuello.

-¿Prefieres tomar café o una bebida fría? -preguntó detrás de ella que elevó los ojos para atrapar su mirada inquisitiva en el espejo, sintiendo que el color quemaba sus mejillas, volviendo a concentrarse en guardar su polvo en el estuche.

-Algo frío, gracias -respondió indecisa. Se volvió y lo siguió consciente de la diferencia de estaturas al caminar a su lado a lo largo de la explanada hasta el centro de la ciudad.

En el vestíbulo del hotel, Cesare la condujo a una mesa y ordenó bebidas al camarero; se sentó frente a ella, sacó la cajetilla de cigarrillos y encendió uno.

El domingo, cuando regresemos de la isla, daremos una fiesta por nuestra boda, en el salón de Dimbulah; eso te dará oportunidad de conocer a mis amigos y de que ellos te conozcan. En esta época del año todo mundo está demasiado ocupado para venir a Cairns.

Buena idea -opinó serena y bebió su copa.

Hubo un prolongado silencio que la joven se empeñó en romper, entablando una conversación circunstancial.

-¿Te importaría contarme algo sobre ti, Cesare? En realidad sé muy poco aparte de que juegas fútbol soccer y tienes una finca tabacalera.

-Por supuesto -la miró complaciente-, pregunta lo que quieras.

-Se trata sólo de algunos datos como ¿de qué parte de Italia vienes? ¿cuánto hace que llegaste a Australia? ¿tienes familia? -cuestionó mientras él cambiaba de posición, poniendo una pierna sobre la otra.

Trieste, en la parte norte de Italia. Salí hace quince años, a los diecinueve de edad y aparte de mis padres tengo una hermana, Isabella, casada y con cuatro hijos. Ella vive en la ciudad, pero mis padres continúan en el campo. ¿Deseas saber algo más?

Oh, no -movió la cabeza con energía-, eso era todo, gracias.

La próxima semana va a haber un torneo de fútbol en Ingham entre equipos de Far North Queensland por el escudo Grazioli, saldremos el viernes por la mañana -apagó su cigarrillo en el cenicero y terminó el contenido de su copa-. Acabo de ver a un amigo en el bar, ¿te molestaría que fuera a saludarlo?

Se apresuró a asegurarle que no tenía ningún inconveniente, satisfecha de poder alejarse un rato de su perturbadora presencia.

Media hora después regresaron al motel y al llegar a su suite Marisa inició la retirada hacia su alcoba, pretextando un terrible cansancio, al ir a cerrar la puerta le pareció detectar cierta malicia en la voz de Cesare el desearle las buenas noches.

A la mañana siguiente ya había algunas personas sentadas en la lancha cuando ellos llegaron al muelle, faltando diez minutos para las nueve y Marisa siguió la espigada silueta de Cesare hacia la popa. La lancha se llenó de prisa y un poco más tarde, los motores aceleraron la marcha anunciando su inminente partida.

Green Island, según le informó Cesare, era una isla de coral cuya extensión de treinta y dos acres estaba cubierta de vegetación tropical, se elevaba a sólo cuatro pies sobre el nivel del mar y quedaba a noventa kilómetros al este de Cairns.

El mar, de un verde esplendoroso, parecía translúcido cuando la proa de la nave cortaba la suave superficie. Una brisa ligera azotaba las agitadas aguas desde las hélices, transformándolas en rocío.

Conforme se acercaban al embarcadero que sobresalía de la isla, Marisa escudriñó la orilla con ávido interés. Aun desde esa distancia parecía ser exacta a como se la había imaginado, con abundancia de exuberantes arbustos, palmeras de amplias frondas, blanca arena y rodeada por un arrecife de coral. Aceptó la mano que Cesare le ofreció para descender de la lancha y una cálida sonrisa iluminó su rostro al caminar por el muelle de madera rumbo a la isla. Miró a su alrededor sorprendida de que en una isla tan pequeña hubiera un hotel ultra moderno, Cayo Coral, anunciaba el letrero de madera y cuando los condujeron a su habitación le extrañó el lujo que los rodeaba, aunque no dejó de notar las camas gemelas, lo que le produjo una gran tranquilidad.

Cautivó su interés el patio privado al que se llegaba desde su habitación y caminó hacia él para gozar de la vista.

¿Te gustaría dar una vuelta antes de almorzar? -la proposición de Cesare, que traducía en voz alta su deseo, le llamó la atención.

¿Podríamos? parece un lugar adorable -opinó dispuesta a salir de inmediato y al pasar a su lado trató de ocultar su sorpresa y confusión al notar que apoyaba su fuerte y musculoso brazo sobre sus hombros.

-Saciaremos tu curiosidad con un paseo -sonrió cariñoso. La isla era en verdad paradisíaca, y Marisa se sintió influida por el mágico ambiente que la rodeaba; nunca había visto un lugar como ése y sonriente, elevó el rostro hacia él reflejando el deleite en su mirada.

-¡Qué precioso lugar! ¿vienes con frecuencia?

-Algunas veces -Cesare bajó el rostro y la observó complacido-. Parece distinto cada vez que le agregan alguna novedad, pero a pesar de ello, es uno de los sitios más tranquilos que he visitado.

La blanca arena se hundía bajo sus pies al caminar, en tanto Marisa prestaba oídos al suave susurro de la brisa.

Tras un almuerzo informal, pasaron la tarde en Marineland observando el coral vivo y los peces tropicales, antes de embarcarse en una lancha con fondo de cristal. Marisa estaba cautivada por todo lo que veía.

A su regreso al hotel, con el mayor disimulo recogió toda la ropa que deseaba ponerse para ira cenar, esperando que Cesare no se diera cuenta de que la llevaba al baño. Cuando hizo su aparición un poco después, él estaba sentado en una silla con el periódico alrededor; se detuvo vacilante, insegura de si su falda larga estampada con flores y el corpiño sin mangas que vestía, serían demasiado formales para la ocasión. La franca y apreciativa mirada de Cesare interrumpió el ritmo normal de su respiración y se mordió el labio inferior en tanto sus mejillas daban claro indicio de su confusión.

Ya en la mesa, Cesare le sugirió que probara un entremés de mariscos y un pescado a la parrilla como segundo plato, acompañado de una botella de sauternes bien helado que ordenó, todo lo cual resultó espléndido; satisfecha, decidió prescindir del postre y pasar directo al café. El alegre murmullo a su alrededor llenaba el ambiente de un aire trivial y Marisa no encontró dificultad en unirse con Cesare a la charla con varios turistas dispuestos en apariencia a conocer las más personas posibles. Intercambiaron teléfonos y direcciones en franca camaradería con el sano deseo de iniciar una amistad perdurable.

En la sala de espera se escuchaban los acordes de una música ligera y la joven consintió feliz cuando Cesare la invitó a bailar. Con un súbito rayo de humor, pensó que debían hacer una curiosa pareja, él tan alto y fornido y ella, por lo menos treinta centímetros más baja.

-Creo -murmuró Cesare algún tiempo después-, que es tiempo de retiramos; vamos, debes estar fatigada -propuso gentil y la tomó de la mano para dirigirse a su habitación.

Abrió la puerta, encendió la luz y la condujo con cuidado hacia la alcoba al notar que se detenía inquieta.

-Ve a la cama, pequeña -ordenó sereno, acomodándole un mechón de cabello detrás de su oreja-. Saldré a fumar un último cigarrillo -se inclinó y posó sus labios sobre la rubia cabellera-. Que

descanses -se apartó con una sonrisa y salió al patio cerrando la puerta.

Capítulo 6

Debió haberse dormido tan pronto como su cabeza tocó la almohada porque cuando se estiró en el lecho, la luz del día había penetrado en la habitación. Trató de reconocer los detalles poco familiares de su entorno y se incorporó presurosa para mirar con recelo hacia el otro lecho, lo había usado porque las sábanas estaban revueltas. De inmediato se alarmó pensando si habría dormido con la boca abierta, o peor aún, si roncaría, pero desechó sus temores segura de que Tony habría hecho burla de ello en los años que compartieron la misma habitación.

Se levantó, tomó una ducha y se vistió, preguntándose dónde estaría Cesare puesto que la suite se hallaba vacía y ahogó un grito cuando lo vio aparecer detrás de la puerta corrediza que daba al patio.

-¡Me asustaste! -exclamó con los ojos muy abiertos llevándose las manos a la cabeza.

Buenos días -sonrió entrando en el cuarto-. Cuando escuché ruidos en la habitación ordené que nos trajeran el desayuno, no debe tardar en llegar. ¿Dormiste bien?

Sí, gracias, ¿y tú? -contestó con cortesía manteniendo desviada la mirada.

Muy bien -llevó su mano al bolsillo del pantalón en busca de la consabida cajetilla de cigarros. Marisa murmuró indecisa la necesidad de recogerse el cabello y lo cepilló con excesivo rigor.

En el patio, creo -indicó Cesare cuando momentos más tarde acudió a un discreto llamado a la puerta y el camarero introdujo el cochecito de servicio.

Marisa se sentó en la mesa, sirvió dos tazas de café y le pasó una a su marido; tomó una rebanada de pan tostado y mientras saboreaba la aromática bebida, espió disimulada el apetito y evidente agrado de Cesare. Esa mañana se sentía más cómoda en su compañía y escuchó sus planes para el día. El verde luminoso de las, aguas, brillando a corta distancia le parecía tentador y sería tan agradable tomar el sol y descansar algunas horas.

-¿Terminaste? ¿Quieres leer el periódico? -la interrogación iba acompañada de una chispa de curiosidad-. Primero visitaremos el observatorio submarino, después iremos al teatro a ver un documental del mundo bajo las aguas y más tarde -sonrió complaciente-, podrás nadar.

Asintió con la cabeza al tiempo que se aplicaba crema, polvos y pintura de labios tratando de analizar por qué su estómago se contraía cada vez que él la miraba.

-¿Nos vamos? -la voz masculina la sacó de su abstracción y tomó una pañoleta y su bolso, lista para salir.

Al descender la escalera de entrada al observatorio submarino le pareció que muy pocos visitantes habían tenido la misma idea y en el limitado espacio, ante la obligada cercanía de su pareja, volvió a sentirse demasiado consciente de su presencia.

Los peces tropicales y el coral eran de una belleza extraordinaria y le maravilló que la naturaleza pudiera producir colores tan vívidos con simetría semejante.

De regreso al hotel, Marisa no necesitó una segunda invitación para ponerse el traje de baño, colocó la bata sobre sus hombros y recogió los lentes antes de seguir a su compañero hasta la playa. La arena se sentía caliente bajo sus pies y sin pérdida de tiempo se deshizo de su toalla y corrió al agua. La encontró deliciosa, tan fresca y tranquila que se contentó con unas cuantas brazadas, se volvió de espaldas para permanecer quieta y disfrutar de la caricia del sol sobre su cuerpo.

Cesare fumaba, absorto en una revista italiana y recostándose al lado suyo, ella cerró los ojos y se relajó; la música de un radio de transistores cercano la arrulló y de seguro se durmió por un tiempo pues despertó con las voces de unos chiquillos que peleaban y levantó la cabeza. A poca distancia un pequeño de alrededor de tres años trataba de arrancar una cubeta de plástico a una chiquitina no mayor de dos, Marisa sonrió con ternura cuando se aproximó la madre y después de llamarles la atención se alejó llevándoselos entre protestas y llantos.

-Sería conveniente que uses un poco de loción o te quemarás.

Cesare le brindó un tubo de protector solar. La chica lo tomó agradeciéndole la atención entre dientes, desatornilló la tapa y empezó a untarse crema en los brazos, las piernas, en la parte superior del pecho y el cuello.

-Date vuelta -ordenó él tomando el tubo, su toque era firme al esparcirla sobre los hombros; su estómago se contrajo alarmado cuando desprendió el broche del sostén de su bikini y lo cerró minutos después. El color inundó sus mejillas al percatarse de la indudable experiencia con que sus dedos manipularon el broche; entonces, pensó en el incontable número de mujeres que sin duda había seducido.

-Arriba, perezosa -la reprendió en broma y se puso en pie de un

brinco-. Tomaremos el desayuno en el patio.

Obediente aceptó su mano y lo siguió de regreso al hotel; la puerta de acceso se deslizó a su toque y ella se sentó en una silla de lona, elevando su rostro hacia el sol. Cesare entró un poco más tarde con dos latas de cerveza que ella aceptó agradecida.

-Humm, está helada -dijo apreciativa.

Su comida llegó momentos después y ambos se terminaron el contenido de los platones.

¡Estoy tan contenta de que me hayas traído a la isla! -expresó agradecida-. Es fabulosa.

Si tanto te gusta -le dedicó una sonrisa al apoyarse en el respaldo de la silla-, volveremos cuando la estación del tabaco termine -sacó un cigarrillo y lo encendió inhalando el humo con satisfacción y ella sonrió; Cesare la miró inquisitivo y la joven se apresuró a explicar.

-Fumas demasiado, es decir, discúlpame, no quise ser brusca, pero me parece cómico que cultives el tabaco y te fumes la mayor parte -hizo una pausa preguntándose si no estaría ofendiéndolo- . No es que me moleste... no quería... no es algo que... -se corrigió de inmediato titubeando sin lograr expresarse con claridad-. No le encuentro el gusto a fumar o... olvídalo -terminó deseando no haber tocado jamás el tema.

-De acuerdo -afirmó jovial admirándola con ojos centellantes-. Daremos una vuelta por la isla y llegaremos al centro comercial para comprar algunos recuerdos. Nuestra lancha sale poco después de las tres de la tarde.

Llegó el momento de partir y Marisa sintió tristeza por no poder quedarse un poco más; parecía que el lugar poseyera un mágico encanto que envolvía a todo el que ponía un pie en la playa.

La mayoría de los pasajeros estaba tan deprimida como ellos al abordar la lancha; tal vez porque al día siguiente era lunes, lo cual significaba el retomo al trabajo.

En unas cuantas horas estaría en la hacienda y esperaba poder cumplir con sus deberes. Se consideraba una buena cocinera, con experiencia suficiente merced a los diez anos que habían pasado desde que murió su madre y mientras la lancha navegaba a través de las aguas, deseó que el aprendizaje de platillos italianos no resultara muy complicado.

Ya en Cairns, Cesare recogió el auto, guardó las maletas y sin perder tiempo salieron de la ciudad rumbo a la cordillera de Kuranda. El auto subía sin dificultad por la sinuosa carretera que

llevaba hacia la meseta, en tanto Marisa disfrutaba del paisaje. No había plantíos de caña y conforme avanzaban, se hicieron evidentes frecuentes manchas de barro y arcilla al borde de la carretera. En la distancia, árboles de impresionante altura, parecían horadar el cielo y abundaban los hormigueros de formas caprichosas. Las ruedas del auto se hundían, golpeteando al atravesar los numerosos puentes de madera sobre los riachuelos que después se unían para desembarcar en el mar. Empezaron a aparecer las haciendas pictóricas de plantas de hojas verdes que su esposo le confirmó eran de tabaco. El aire parecía en cierta forma más claro, más fresco y la joven se preguntó a qué altura sobre el nivel del mar estarían.

La ciudad de Mareeba apareció de pronto con su avenida principal bordeada de inmensos árboles que esparcían su sombra hasta la mitad del camino. Modernas construcciones de concreto y cristal se mezclaban con antiguos edificios de madera deteriorados por la acción del tiempo y desteñidos por el sol. Redujeron la velocidad para volver a elevarla al dejar atrás el riachuelo que cruzaba los suburbios del poblado; durante veinte minutos más o menos, transitaron entre campos de tabaco; Cesare volvió a aminorar la marcha para girar a la derecha y bajar por un camino de tierra hasta llegar a un extenso patio.

Marisa miró a los lados distinguiendo el conjunto de edificios de la hacienda. Inmensas estructuras, semejantes a graneros, construidas con bloques de concreto; frente a ellas, aunque separado por una buena distancia, había un cobertizo imponente. Además había dos tractores, un camión de carga y un remolque. A la sombra de un grupo de árboles de mango, estaban estacionados tres automóviles de diferentes marcas y años, uno de los cuales reconoció como la camioneta de Carlo. A la izquierda, su mirada se posó en una vivienda parecida a una barraca con ocho puertas por lo menos, que consideró era el dormitorio de los peones.

Cesare salió del auto y Marisa lo siguió presurosa; aguardó silenciosa a que sacara las maletas en tanto observaba la casa de ladrillos y al subir los escalones detrás de él, sintió miedo.

-Esta es la cocina -indicó el dueño al entrar en una extensa habitación, la cual tenía un comedor completo en un extremo y una impresionante cocina moderna del otro. Las dimensiones de la mesa le quitaron el aliento ya que contó dieciséis sillas; más o menos debía tener ocho metros de largo, por dos de ancho. Auxilio, rogó en silencio, esperando que los lugares no se ocuparan demasiado pronto.

Su incrédula mirada barrió la cocina deteniéndose en el brillo de

los aparatos eléctricos, la abundancia de alacenas y el espacio de los estantes con cubierta de formica se le antojaron adecuados para atender a la clientela de un restaurante.

Sin pronunciar palabra lo siguió a la sala, de proporciones suficientes para albergar dos juegos de muebles completos y varios sillones, un televisor, un tocadiscos con cuatro bocinas distribuidas en la parte superior de la pared y varias mesitas para café colocadas con buen gusto entre las sillas. El suelo tenía un brillo reluciente y sobre éste había varios tapetes de piel de oveja.

De la sala pasaron, a través de una amplia arcada, a un largo pasillo que hacía ángulo recto con la cocina, el comedor, la sala, un cuarto de baño y cuatro dormitorios, el último de los cuales era la alcoba principal. Los ojos de la muchacha se dilataron a la vista del lecho matrimonial cubierto con una sobrecama de brocado en tonos verde y azul, se trataba de una habitación enorme, tan grande como para parecer espaciosa a pesar del suntuoso tocador, amplios guardarropas y un cofre bellamente tallado.

Marisa luchó tratando de calmar su pánico uniendo las manos con fuerza detrás de su espalda. Cesare se detuvo en la puerta.

-La alcoba principal -anunció tranquilo-, según puedes ver -dio marcha atrás indicando que debía continuar y se paró en la siguiente-. Puedes usar ésta por un tiempo -afirmó imperturbable y la chica dejó escapar el aliento que había retenido sin darse cuenta, procurando disimular su alivio-. Yo estaré en el cuartal contiguo al baño -hizo una pausa para encender un cigarrillo y bajó el rostro para corroborar que era sólo una chiquilla desamparada que se resistía incluso a saborear el primer dulce recibido-. Tienes media hora para vestirte de novia y hacer con tu rostro lo que consideres necesario, antes de salir con rumbo al salón de fiestas de Dimbulah.

No bien acababa de preguntar dónde podía planchar su vestido, cuando le indicó un cuarto disponible al otro lado del pasillo.

Veinte minutos después, luchaba ante el espejo tratando de hacer algo con su cabello hasta que al fin pudo arreglárselo en un peinado que concordaba con su atuendo nupcial. Salió de su habitación y desde el corredor vislumbró a Cesare que aguardaba en la sala. La observó con fijeza y ella contuvo la respiración, consciente del acelerado ritmo de su corazón.

-Vámonos -indicó de pie. Marisa lo siguió y entró en el auto, nerviosa ante la expectativa de ser el centro de atracción entre tanta gente extraña. ¿Por qué la miró de ese modo?, las palabras resonaban una y otra vez en su cerebro.

Las sombras de la noche habían caído cuando llegaron al salón y

ante la enorme fila de automóviles estacionados, la joven se angustió. Al momento su acompañante le tomó la mano, oprimiéndola con firmeza entre las suyas antes de entrar al salón profusamente iluminado

Marisa miró a su alrededor y le pareció que había más de cien personas repartidas en diferentes grupos.

Los recibieron con un saludo sonoro y espontáneo y la desposada sintió que todos los ojos se posaban en ella al avanzar con su marido por el centro de la sala hasta llegar a su sitio en la mesa.

¡Que hable! ¡Que hable! corearon los hombres, en tanto las damas sonreían complacidas y murmuraban entre sí.

A su lado Cesare reía y empezó con voz alta:

-Signori, signore, grazie, les presento a Marisa, mi esposa -hizo una pausa para sonreírle con ternura, oprimiendo su mano al descubrir su nerviosismo-, me agrada ver a todos mis amigos reunidos esta noche y ahora -levantó su mano señalando hacia las mesas colmadas de viandas-, vamos a cenar y a divertirnos.

Con un estallido de aplausos los invitados gritaron: ¡Brava, brava! y procedieron a tomar sus asientos.

Destaparon botellas, llenaron copas y mientras Marisa bebía su champaña veía atemorizada los rostros desconocidos ante ella. La comida estuvo deliciosa y bajo los sabios consejos de su marido, probó gran variedad de platillos. La conversación a su alrededor era en italiano por lo que no podía participar; los discursos también resultaron un completo misterio salvo contadas ocasiones que se dirigían a ella en inglés.

Por fin todo mundo terminó de comer y a los primeros acordes de un vals que tocó la banda, Cesare la condujo por la pista entre sus brazos.

Oh, Dios, ¿por qué se ponía tan nerviosa con su compañía?, pensó mientras bailaban.

-Lo estás haciendo muy bien - susurró su marido inclinando la cabeza hasta su oído en el momento que se les unieron otras parejas en la pista y ella se volvió a mirarlo sonriendo insegura.

Cuando la música se detuvo. Cesare dejó en forma casual su brazo rodeando su cintura llevándola hacia la mesa de honor en tanto los invitados se reunían y formaban una ordenada fila para ser presentados a la novia. Durante la hora siguiente estrechó tantas manos y murmuró la frase "encantada de conocerlo" tantas veces, que al final su voz sonaba ronca. La música continuó hasta que le presentaron a cada uno de los invitados y su marido la envolvió

suavemente entre sus brazos para volver a bailar.

Quizá por cansancio deseó apoyar la cabeza sobre el amplio pecho del que la separaban unos cuantos centímetros.

La intrigaba el largo mueble saturado de regalos y no podía menos que sentirse conmovida ante la gentileza de esas personas que esa noche la veían por primera vez.

La música se detuvo y tomó unos sorbos de champaña de la copa que su esposo le ofreció. Cesare continuaba asiéndola por la cintura mientras charlaba con sus compatriotas y Marisa se percató de que la barrera del idioma iba a representar un serio obstáculo entre ella y sus amigos, por lo que decidió comprar un curso de italiano grabado.

Rosa, la esposa de Carlo, debe haber sentido compasión porque aproximándose a ella la tocó en el hombro y propuso:

-Ven conmigo, Marisa -invitó-, ya conoces a los señores, una vez que se reúnen lo único que se les ocurre es hablar de fútbol.

Cesare dio su aprobación con la cabeza y pareció no darle mayor importancia.

-Has sido muy afortunada al casarte con él -aseguró Rosa cuando se dirigían hacia un grupo de damas que se encontraba en el centro del salón-, Es un hombre excelente -aprobó a la vez que saludaba en italiano a sus conocidas, pero al instante volvió al inglés-, disculpa, Marisa, me olvidé -señaló a cada una por su nombre y la recién casada les dirigió una leve sonrisa.

Era obvio que se mostraban sorprendidas ante lo inusitado de la boda de su amigo y la miraban con curiosidad, preguntándose sin duda, si sería la esposa apropiada para él y si podría adaptarse a la vida del campo.

En el transcurso de la hora siguiente, diferentes invitadas se aproximaron a ella para intercambiar opiniones.

¡Hola! -resonó una voz juvenil a sus espaldas-. Somos un grupo impresionante, ¿no te parece? -la chica sonrió divertida y Marisa correspondió en la misma forma, complacida de encontrar una muchacha incluso más joven que ella y además con un fino sentido del humor.

Un poco, en efecto -aceptó indecisa.

-No temas, que no pienso traicionarte -rió feliz-. Mi nombre es Tania Petricevic. ¿Cesare te mantuvo bien oculta o tuvieron un romance avasallador? -preguntó sin el menor recato-. No es que me parezca mal que lo hayas atrapado -continuó atrevida-, hasta donde sé, las madres más exigentes del lugar con hijas casaderas, habían tratado de casarlo con alguna de sus querubines, durante años ¡Se

trata nada menos que del mejor partido del condado! -cerró un ojo con picardía-, pero no me juzgues mal, Marisa, me alegro de que te haya escogido a ti ¿podemos ser amigas?

Desde luego -Marisa no pudo menos que sonreír encantada-, me parece una gran idea.

En ocasiones tu marido me enloquece, sin embargo pienso hacerte pronto una visita, tal vez en cuanto pase el torneo de Ingham. Oh, allí viene la autora de mis días, espiándome como de costumbre -elevó los ojos al cielo y saludó a su madre que en ese momento se aproximaba.

La señora Petricevic era delgada y tenía el mismo brillo en los ojos que su hija, sin embargo en su frente aparecía el pliegue de una arruga ocasionado por la preocupación.

-Tania, hija ¿en dónde has estado? no te encontré por ninguna parte.

-No te enfades, mamá, te va a dar una úlcera. Marisa y yo estábamos charlando y me ha invitado a que vaya a visitarlos en breve; olvida tu preocupación y sonríe; vaya, así está mejor.

El rostro de la señora Petricevic recuperó la serenidad al tender la mano a la recién llegada.

Encantada de conocerte, Marisa -dijo en inglés con un fuerte acento-, no te imaginas el gusto que nos da que al fin Cesare haya decidido casarse. Marisa... -ponderó el nombre-, ¿no es de origen italiano, verdad?

Dálmata -informó Tania.

Con tu permiso -se excusó la dama, ansiosa de regresar al lugar de donde había venido.

-Nos vemos -repuso su hija tocando el brazo de la joven.

Era casi medianoche cuando su marido apareció para rescatarla del grupo de invitadas y ella tuvo que reconocer que se alegraba de verlo.

-Me parece que ha llegado el momento de retiramos, se ha hecho tarde y mañana todos tienen que madrugar -comentó tomando su mano para llevarla al extremo del salón donde, la banda ofreció lo que a la invitada le pareció una pieza de agradecimiento. La banda tocó un último vals y Cesare bailó con ella deseando las buenas noches a todos los que encontraba a su paso; las personas mayores dejaron escapar algunos comentarios que él festejó de buen humor.

Al abordar el auto, Cesare le abrió la puerta y esperó a que se acomodara; la chica se lo agradeció pues no sólo se sentía demasiado cansada, sino que también le preocupaban los sucesos

que traería consigo el día siguiente.

Cesare guió en silencio hasta la casa y una vez dentro, la observó intensamente, con una viva sensualidad impresa en su mirada y el músculo de su mentón tenso por un momento, al siguiente suavizó su expresión y le sugirió con suavidad.

-Ve a descansar, chiquilla, mañana tendrás que levantarte a las cinco para servir el café a los trabajadores. El desayuno es a las siete y media en punto, buenas noches.

Marisa asintió desolada, consciente de que le quedaban unas horas de sueño antes de tener que levantarse y enfrentar nuevas experiencias.

-Buenas noches -murmuró fatigada, ahogando un bostezo mientras se encaminaba hacia su alcoba. El lecho nunca le pareció más acogedor, se desvistió de prisa y se deslizó entre las frescas y aromáticas sábanas.

Capítulo 7

Al escuchar su nombre, acompañado de un discreto llamado en su puerta, Marisa se incorporó y consultó su reloj segura de que hacía solo un momento se había rendido al sueño. Con un lamento silencioso comprobó que las manecillas señalaban un cuarto antes de las cinco, hora de levantarse y comenzar; de un salto abandonó la cama y contestó que estaba despierta.

Cinco minutos después, cuando entró en la cocina, Cesare esperaba, con su pantalón corto y playera. De prisa, abrió las alacenas señalándole dónde encontrar la loza y utensilios necesarios; al concluir, tomó una tira de papel que se encontraba en el percolador.

-Rosa hizo una lista con los horarios de las comidas y refrigerios así como algunas sugerencias para el desayuno. Allá afuera está la lavandería -la joven siguió el ademán hasta la construcción que se encontraba a corta distancia de la puerta posterior-; por lo general llega después del desayuno, así que si tienes alguna duda, podrás consultarle, ¿entendido? -su tono frío e impersonal que substituyó a la suave gentileza de los días anteriores, ubicó a Marisa en la dura realidad.

Sin pérdida de tiempo, la chica se dispuso a servir panecillos y café para los trabajadores y no había terminado de hacerlo cuando oyó el ruido de pasos en los escalones y el sonido de la puerta que se abría para dar acceso a cuatro hombres de diferentes edades.

Marisa los saludó al tiempo que su marido los presentaba por orden de aparición; los hombres la miraron recelosos así que en cuanto pudo se excusó y regresó a la cocina.

Sus maletas, que Carlo había traído de la cabaña, permanecían cerradas aguardando en la recámara principal y se dedicó a acomodar la ropa; por fortuna tendría poco que planchar y decidió dejarlo para después. Turbada, se dirigió a la alcoba de Cesare para arreglar su cama y no pudo evitar un cierto sentimiento de culpabilidad al invadir su intimidad y terminó la limpieza con la mayor rapidez posible.

Volvió a la cocina, puso a hervir el agua para prepararse un café instantáneo y se sentó a la mesa con la lista de Rosa. Parecía concisa y a pesar de estar escrita en inglés, su ortografía le resultó incomprensible y cuando terminó de descifrarla estaba tan nerviosa que se consideró una inútil y estuvo a punto de ponerse a llorar.

Tras unos momentos de autocompasión recordó la mirada crítica que había advertido entre las asistentes a la fiesta del día anterior y se puso de pie resuelta a salir adelante.

Un rápido reconocimiento a las alacenas y cajones le dio una idea de dónde se encontraba todo. El refrigerador estaba bien surtido y en el congelador había variedad de carnes y aves.

Trabajó de prisa y con eficiencia, aunque no pudo evitar un gesto de ansiedad al escuchar el ruido de un tractor.

Cesare entró en la casa segundos antes que el resto de los trabajadores, lanzó una mirada superficial a la mesa y se detuvo en la esbelta silueta de la joven que se mantenía indecisa en cuanto a si debía sentarse a desayunar con ellos o esperar hasta después, no obstante, le bastó observar su rostro para resolverse a ocupar su lugar en la mesa.

Marisa se sorprendió de la velocidad con que los trabajadores consumían sus alimentos, de tal suerte que en diez minutos habían devorado el contenido de sus platos y agotado el café, dispuestos a volver al campo. En cuanto a Cesare, se quedó el tiempo necesario para informarle que el almuerzo debía estar listo a los doce.

¡Fiuu! Levantó la mesa, lavó y secó la vajilla, además, barrió el piso de la cocina y el comedor. Cuando llevaba la ropa a la lavandería, vio que Rosa se acercaba.

Buenos días, Marisa, ¿cómo amaneciste? -Era una mujer alta y fornida a la que la muchacha había calculado una edad de treinta y cinco años.

Bien, Rosa, gracias -le dio la bienvenida contenta de verla pues desde que leyó la lista, reconoció que necesitaría su ayuda.

Vengo a ver qué puedo hacer por ti -comentó siguiendo a su amiga hasta el comedor-. Qué te parece si nos sentamos aquí. Consigues una hoja de papel y lápiz; será mejor que tú escribas pues mi ortografía en inglés es muy deficiente.

-No sabes cuánto le lo agradezco -reconoció la muchacha-, por cierto compré un libro de cocina italiana ¿crees que podría servirnos?

Rosa asintió entusiasmada y ella salió a buscarlo junto con los demás para iniciar un resumen de platillos. La pluma de Marisa volaba apuntando las indicaciones y señalando las recetas que su consejera juzgaba apropiadas. Después de una hora, la cabeza le daba vueltas y agradeció la sugerencia de salir a dar un paseo alrededor de la hacienda.

-Si te parece, puedo regresar mañana para continuar -propuso la italiana y la joven aceptó conmovida.

En su recorrido, la recién casada tomó nota de los pollos de seis semanas que debía alimentar, así como de las cincuenta y tantas gallinas y contados gallos, de un corral separado para los patos y sus crías y otro con seis pavos; todo lo cual quedaba bajo su cuidado, según le informó su acompañante. Conoció al perro del dueño de la casa, un cocker spaniel blanco y negro y no se opuso ante la oferta de un gatito de la última camada de la gata de Rosa. Continuaron el paseo y llegaron a un huerto aislado con una cerca, sembrado hilera tras hilera de diferentes verduras. Marisa empezó a comprender la razón por la cual ninguna ama de llaves permanecía mucho tiempo en el empleo; todo ese trabajo requería de la dedicación amorosa de una mujer por su marido.

Caminaron casi hasta completar el círculo y bajo la larga veranda, entre los graneros y el enorme cobertizo, Rosa le describió el método para curar el tabaco: de pie, delante de mesas de madera, ocho mujeres unían las verdes hojas del tabaco a unos bastones de alrededor de un metro de largo y como lo acostumbrado era trabajar a destajo, mientras más bastones hicieran, mayor era la paga.

Escucharon el ruido de un tractor que se aproximaba, de pronto se detuvo en el extremo opuesto de la vereda; tras el volante venía Cesare y Marisa lo observó fascinada saltar a tierra y sin esfuerzo sacar los manojos de hojas de tabaco para depositarlos sobre los estantes.

El agitó la mano en su dirección, subió al tractor, dio marcha atrás y se alejó de regreso al campo.

-¿Me acompañas a tomar un café? -invitó la muchacha.

-Gracias, pero ahora no puedo, si se te ofrece algo, no dudes en venir a casa, de otra manera nos veremos hasta mañana -partió casi corriendo, lo cual motivó que la chica consultara su reloj y alarmada se diera cuenta de que tenía solo hora y media para preparar el almuerzo.

La hora siguiente se mantuvo muy ocupada pues sentía la presión del tiempo, pero al final, con un suspiro de alivio, se detuvo a esperar la llegada de los trabajadores.

Como en la ocasión anterior, vinieron del campo, se lavaron afuera y entraron en fila sentándose sin pérdida de tiempo; Cesare sacó del refrigerador una garrafa de vino tinto y la colocó a un lado de la jarra de agua helada; después que los peones salieron, se sirvió otro vaso con vino y la observó llevar los platos al fregadero.

-¿Quién va a preparar el refrigerio para hoy en la tarde? -inquirió; esperó a que cerrara el grifo y al constatar que sería ella,

continuó-, vendré a recogerlo en el tractor alrededor de las tres -se puso de pie y colocó la silla bajo la mesa-, pero antes iré con Carlo al salón de fiestas de Dimbulah a buscar los regalos de boda; sería conveniente que decidas dónde los quieres para la hora que estemos de regreso. Ciao.

¡Los regalos de boda! los había olvidado por completo; la alcoba extra sería el mejor lugar, decidió de inmediato ya que podría dejarlos allí hasta después de la cena, que sería el momento en que tendría oportunidad de abrirlos y acomodarlos.

Metió un pastel en el horno y empezaba a untar el pan con mantequilla cuando escuchó el retorno de su esposo y su socio. Hicieron varios viajes de la casa a los vehículos con las cajas de diferentes tamaños que fueron colocando en la alcoba disponible.

El pastel de frutas estaba listo, al igual que los emparedados y cuando las manecillas señalaban las tres en punto, el té estuvo dispuesto. La comida estaba cubierta con una impecable servilleta de lino dentro de la canasta de mimbre y Marisa terminó de limpiar la cocina.

Cesare entró con habitual puntualidad y recogió la canasta y la tetera.

-Cena a las seis y media en punto, Marisa -la orden era terminante y la chica no tuvo tiempo ni siquiera de asentir antes que él saliera.

Ni una sola palabra de reconocimiento, pensó decepcionada; bueno, por lo menos hasta el momento no había cometido ningún error, se consoló ella misma. ¡Hasta el momento! pero todavía faltaba la comida principal.

Sentada en un banco de la cocina, el libro de recetas en la mano derecha y las numerosas notas en la izquierda, decidió preparar espagueti, pollo rostizado, papas al horno y ensalada de verduras. Rosa había hecho hincapié en que sólo se necesitaba ensalada para el plato fuerte: remolachas, col o frijoles.

Una hora después, Marisa respiró satisfecha al constatar que disponía de tiempo suficiente para explorar la lavandería. La lavadora era automática; el trabajo podía ser arduo y el horario prolongado, más contaba con los aparatos domésticos más adelantados, concluyó agradecida.

En tanto la lavadora trabajaba sola, resolvió prepararse una taza de café y tomar un bien merecido descanso durante el cual pensó en cuánto estaría disfrutando Tony su primer día de clases.

Gracias a Rosa y sus consejos, su prueba resultó un éxito; en la cena su marido aseguró que el espagueti estaba delicioso y los

peones lo secundaron con un movimiento de cabeza. El ánimo de la joven se reflejó en la sonrisa que les dirigió.

Los hombres charlaban en su lengua original, de modo que como cualquier esposa abnegada inclinó el rostro y permaneció en silencio tratando de distinguir si se sentía triste o aliviada de que su marido no demostraba ningún interés en comunicarse con ella.

¡Trastos sucios otra vez, y por montones! Marisa tembló al pensar cuántos serían cuando hubiera siete u ocho trabajadores más. No obstante, realizó la tarea con entusiasmo y para las siete y media, la cocina y el comedor quedaron limpios una vez más.

Poco después, Cesare se detuvo en la puerta del cuarto disponible esbozando una sonrisa ante el cuadro que formaba la chica sentada en el piso, rodeada de cajas y papeles de envoltura.

-Tienes una verdadera colección -señaló disfrutando de su expresión de felicidad y el brillo de satisfacción en sus ojos.

Es cierto -respiró excitada y elevó el rostro para verlo-, hay algunos preciosos, ¿te gustaría verlos?

No, gracias -sacó un cigarrillo-, será mejor que tú busques un lugar para guardarlos -se inclinó junto a ella para examinar unas copas de cristal cortado y la recién casada sintió que el corazón le daba un brinco. ¿Por qué? ¿por qué tenía que emocionarla de esa forma?

-Imagino el trabajo que te espera sólo de lavar y guardar todo esto -se levantó-; estaré en el granero con Carlo preparando una carga, no te quedes hasta muy tarde.

Una vez resuelta a empezar por las copas y la vajilla, Marisa hizo varios viajes a la cocina y procedió a lavarlos con sumo cuidado; encontrarles lugar no representaba ningún problema ya que había suficiente espacio en las alacenas. Al terminar, separó las sábanas, manteles y toallas para guardarlas en el arcón de madera que se encontraba en la alcoba principal.

Guardó las tarjetas que acompañaban los obsequios en el primer cajón de su tocador y consultó su reloj convencida de que era tiempo de ir a la cama, el día había sido muy agitado y se dio cuenta de cuan fatigada estaba.

El día siguiente empezó igual que el anterior, con el discreto llamado del dueño de la finca al cuarto para las cinco, aunque en esta ocasión ya había arreglado las camas, alimentado a las aves y regado el huerto antes del desayuno y cuando Rosa hizo su aparición después del mismo, pasaron una hora ampliando sus notas y recetas.

El congelador seguía repleto, mas guiada por la experiencia de su consejera, comprendió la necesidad de matar y congelar las aves cuando estaban más gordas y tiernas. Comentó el asunto con su marido y recibió un tremendo impacto cuando le informó que era ella la que tendría que seleccionar, matar y limpiar todas las aves que necesitara.

-¡Cesare! -exclamó aterrada-, no podré hacerlo -confesó en el clímax de la desesperación-. ¡Se trata de algo tan cruel! por supuesto que sé que tienen que matarlos... pero -no tuvo necesidad de continuar pues él la interrumpió inflexible.

-Marisa, yo por lo general estoy en el campo y no tienes otra opción que hacerlo tú sola; pídele a Rosa que te enseñe.

Al día siguiente, después del almuerzo se dirigió por vez primera a casa de su amiga decidida a llevar adelante su empresa.

Rosa la recibió con agrado y la invitó a pasar deshaciéndose del delantal que dejó sobre una silla.

-¿Tienes algún problema?, ¿puedo ayudarte? -esperó la señal afirmativa de la muchacha y el relato de su dilema-. Sí, es necesario sacrificarlos entre los cuatro, máximo cinco meses de nacidos, esa es su mejor época, cuando están gordos, pero tiernos y no tardan tanto tiempo en cocinarse. ¿Nunca has matado un pollo?

No -reconoció avergonzada-, Cesare se empeña en que debo hacerlo y sugirió que podrías enseñarme.

Encantada -aceptó de inmediato poniéndose de pie, ven conmigo, lo haremos ahora mismo.

Remisa, la siguió hasta los gallineros y miró impresionada el arrojo de su amiga que entró, atrapó uno con las manos, se acercó a la barda para enseñarle la forma de retorcer el frágil cuello del animal. La joven palideció y se sentía francamente enferma en el momento que Rosa le indicó que pusiera en práctica la lección. Pronto se dio cuenta de que no era tan fácil como parecía a primera vista y tras consumir diez minutos sin atinar a elegir, se conformó con atrapar cualquiera. Al fin pudo apoderarse de uno que batía desesperado las alas, en tanto la chica luchaba por alcanzar su pescuezo. Tiró de él y lo retorció hasta que, con lágrimas en los ojos, lo logró,

-¡Brava, brava! -el tono festivo de su marido la acobardó aún más.

Marisa apretó el cuerpo del ave y podía habérselo arrojado a la cabeza; lo miró furiosa en tanto él empujaba hacia atrás el sombrero de paja de ala ancha con la sonrisa en los labios. ¡Le parecía gracioso! ¡Oh, los hombres!

Cesare demostró su aprobación con el brillo de su mirada al tiempo que volvía su sombrero a su sitio y salía del gallinero. Marisa que echaba chispas por dentro, amenazó en silencio: "un día de éstos me la pagarás, Cesare Gianelli".

-Vamos, Marisa -la voz de Rosa la volvió al problema que debían afrontar-, colgaremos los pollos bajo un árbol, el agua hervirá en un momento y te enseñaré a desplumarlos y limpiarlos.

La joven asintió siguiendo a su amiga a través del patio; la enorme paila estaba a punto de hervir sobre la estufa y sin pérdida de tiempo, llenó una cubeta y cubrió la parte superior del banco con periódicos; recogió los pollos y a una velocidad que la dejó pasmada les quitó las plumas y empezó a demostrar a su alumna la mejor forma de sacarle las entrañas.

Asqueada, sostuvo que, si en un futuro próximo tenía que repetirlo, lo haría con guantes. ¡Ugghh!

De regreso en su cocina un poco más tarde, quitó el periódico a los sacrificados, los guardó en bolsas de plástico y de inmediato los metió al congelador. ¡Tanto para eso! Rosa le advirtió que los patos eran peores y en cuanto a los pavos... ¡había puesto los ojos en blanco! Marisa maldijo su mala estrella y pidió ayuda del cielo.

Al terminar la cena escribió una extensa carta a Tony, plagada de detalles novedosos con respecto a su vida en la hacienda y su proyectado viaje a Ingham para el torneo de fútbol. La releyó y llenó el sobre, consciente de que era muy tarde; mañana sería otro día, sin duda tan instructivo como ese, con la única ventaja de que no tendría que repetir la desagradable experiencia por lo menos durante un tiempo que deseaba se prolongara, rezó confiada a la vez que apagaba la luz.

Capítulo 8

El viernes por la tarde, al salir de la hacienda con rumbo a Ingham, Marisa imaginó que era demasiado bello para ser realidad: cuatro días sin cocinar, sin labores caseras, ni problemas.

-Tenemos que hacer una parada en el Hotel Graham para arreglar el transporte -comentó encendiendo un cigarrillo-, lo más probable es que venga con nosotros alguno de los jugadores pues no todos van a llevar sus autos.

-¿Irá mucha gente?, es decir, aparte de los del equipo -preguntó cuando llegaban a los alrededores de Mareeba.

-Imagino que bastante, hay muchos aficionados y además estarán presentes los miembros del comité; el hotel en el que hice reservaciones estará lleno de jugadores y público -disminuyó la velocidad al acercarse al hotel y se detuvo en la acera-. No tardo -anunció al descender.

Marisa permaneció en su lugar pensando cuánto tardaría en llegar a Ingham, ¿quién iría con ellos, si alguno aceptaba y por último, aunque desde luego no lo menos importante, si el cuarto del hotel tendría camas gemelas?, de lo contrario... bueno, de nada servía adelantarse a los hechos.

Al cabo de media hora. Cesare salió del hotel acompañado de un joven de corta estatura y delgado; se aproximaron al automóvil y guardaron la maleta en el portaequipajes antes de abrir la puerta, inclinar el respaldo del asiento del conductor y permitir a su pasajero el acceso.

-Alan, te presento a mi esposa. Marisa, él es Alan Parker, el único jugador de nuestro equipo que no es italiano -señaló a su mujer al tiempo que ponía el vehículo en movimiento.

Marisa volvió el rostro y sonrió al recién llegado, Alan tendría entre veintitrés o veinticuatro años y parecía un chico sano y sencillo con el que no sería difícil charlar.

-Les agradezco que acepten mi presencia -anotó jovial-, están tan recién casados que me parecería natural que Cesare prefiera guardarte sólo para él -bromeó cerrándole un ojo con picardía, a lo cual la joven desposada no supo qué contestar-. Estoy bromeando... por amor de Dios, no cometas el error de tomarme en serio -se apresuró a corregir sin borrar su sonrisa en tanto buscaba sus cigarrillos para ofrecerle uno a su amigo que aceptó dándole las gracias sin palabras.

¿Vives en Mareeba? -inquirió la joven.

-Así es, aquí nací y me eduqué, mi padre dirige un garaje Esso y trabajo con él -se inclinó hacia adelante para aprovechar el fuego del cerillo que le ofreció el italiano-. ¿A ti qué te parece? -preguntó volviendo a su posición.

Me gusta -opinó sincera-, la ciudad es más grande de lo que pensé y creo que hay un gran número de haciendas importantes.

En efecto -asintió a la vez que el auto cobraba velocidad ya sobre la supercarretera que llevaba a Cairns-, es el área más productiva de Australia, en lo que a tabaco se refiere. También somos famosos por nuestros rodeos, lástima que te perdieras el de este año porque fue un gran espectáculo: eligieron a la reina del tabaco, se celebró un festival y organizaron un desfile que nos dejó muy satisfechos. La ciudad ha ido progresando en estos últimos años, tenemos una población compuesta de italianos, yugoslavos, sicilianos y albanos que rebasa a nuestros recalcitrantes australianos en una proporción de cuatro por uno -rió amigable-. Me parece que Ingham estará repleto, Cesare, inclusive el hotel -comentó.

-Yo también lo creo, supongo que los fanáticos habrán abarrotado el lugar y no me sorprendería que no hubiera una sola cama disponible en la ciudad.

-¿Iremos directo o haremos las paradas de costumbre? -inquirió burlón.

-Ja, ja -celebró el conductor y replicó divertido-. Me atrevo a decir que tendremos la imperiosa necesidad de tomar una que otra cerveza en el camino... empezando por Cairns, desde luego.

-Bien pensado, porque si Fred estuviera presente, tendríamos que conformarnos con una por cabeza; ese amigo es peor que un halcón.

Continuaron charlando tranquila y amistosamente durante el transcurso del prolongado camino, deteniéndose en varias ocasiones como habían previsto, para tomar alguna bebida y se aproximaban a los linderos de otra población, ya en la noche, cuando Cesare anunció el parpadeo de luces visible a distancia, propiciando el interés de Marisa.

Por fortuna la habitación del hotel tenía camas gemelas y acatando la disposición de su marido de que esperara que hubieran cenado antes de deshacer el equipaje, se apresuró a pasarse el cepillo y lo siguió.

En un restaurante cercano, eligió pollo con ensalada y lo recibió con beneplácito, pues no fue sino hasta ese momento que se percató del apetito que tenía y salvo una breve pausa para informarse si

prefería té o café, Cesare se enfrascó en un debate con otros cuatro jugadores que se encontraban en una mesa contigua.

Paseando por la calle, rumbo a su habitación, Marisa perdió el aliento al sentir que su compañero la tomaba de la mano y la aprisionaba entre la suya. Con naturalidad, su marido deslizó el pulgar a través de las venas de su muñeca en lo que podía considerarse un gesto tranquilizador. Al llegar al hotel, se sintió extrañada y confundida cuando la condujo al ambiente jovial y ruidoso del bar al aire libre y ordenó copas para ambos. El malestar que sentía en la boca del estómago cedió en cierta forma después de su segundo Cinzano y se lamentó cuando observó que cerraban las puertas del bar.

Alfredo, Fred Bombardi, inflexible entrenador del equipo, envió a los jugadores a sus habitaciones a pesar de sus protestas.

Marisa guardó el contenido de sus maletas en los cajones y colgó en el guardarropa lo demás, demasiado consciente de la presencia de su marido en la reducida habitación y lo más que pudo hacer fue suprimir un sonoro suspiro de alivio cuando decidió tomar una ducha y desapareció en el pasillo. Temblorosa, tomó su camisón y su bata, salió al vestíbulo en busca del baño de damas procurando recobrar la compostura en tanto permanecía bajo la regadera y al rociar con generosidad su juvenil figura con talco perfumado. Le parecía ridículo sentir miedo de él; ¿de él o de la sensación que despertaba en su interior? Enfadada por su inexperiencia regresó a la habitación con la ropa sobre el brazo y al notar que su marido estaba recostado en el lecho fumando y leyendo el periódico local, no supo disimular su desconcierto.

Los oscuros ojos masculinos brillaron divertidos ante su resistencia a quitarse la bata en su presencia.

He visto mujeres con menos ropa -comentó burlón-, y aunque reconozco que mi vida no ha sido ejemplar, no voy a lanzarme sobre ti impulsado por dos o tres encajes provocativos.

Ni por un momento temí que lo hicieras -replicó indignada-, además no soy una niña.

Me consta -reconoció sin inmutarse-, y si no estuviera convencido de tu inocencia, puedo asegurarte que no dormirías sola, carina -apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita que separaba las camas-. Deja de temblar y acuéstate, yo apago la luz. Buenas noches.

Marisa farfulló una respuesta y se metió entre las sábanas en el momento que la alcoba quedaba a oscuras.

El equipo de Mareeba jugaba el segundo partido del día y todos tenían interés en presenciarlo, criticar y tomar nota de las tácticas de sus adversarios. Marisa asistía por primera ocasión y tuvo que admitir que requería de una gran habilidad de los participantes que hacían su mejor esfuerzo por ganar. Cesare permanecía a su lado, pero su interés estaba en el campo como el de la mayoría de los jugadores que gritaban, maldecían y batían los brazos hacia sus compañeros voceando consejos.

Regresaron a tomar el almuerzo y a pesar de que el siguiente encuentro no empezaría hasta una hora más tarde, el equipo volvió al campo de inmediato para cambiarse, hacer ejercicios y darse masajes en las piernas y músculos de las pantorrillas.

Cuando empezó el partido, Marisa se había contagiado del entusiasmo de los espectadores y gritó junto con los demás impulsando a su equipo que anotó dos goles más que sus oponentes. Siguió la reseña hasta que oscureció y alguien recordó que no habían cenado y se dirigieron a un restaurante de la ciudad. La velada no pudo prolongarse demasiado pues Fred Bombardi, haciendo justicia a su bien merecida fama de entrenador riguroso, los mandó de regreso al hotel.

Una vez más, Marisa trató de aparentar una indiferencia que estaba lejos de sentir, dobló la cubrecama y tras despojarse de la bata se introdujo de prisa entre las sábanas a sabiendas de que su marido la observaba sobre el borde de su libro y hubiera querido arrojarle la almohada en respuesta al reto de sus oscuros ojos.

El domingo fue una repetición del día anterior, excepto que el partido tuvo que irse a tiempos extras y, después de un lapso que parecía interminable, Mareeba anotó el gol del triunfo. Eso había que celebrarlo y Fred Bombardi permitió que el equipo asistiera al baile del hotel.

Marisa se encontró rodeada de jugadores, con Alan a su derecha y Cesare a la izquierda, quien no tardó en enfrascarse en una charla con sus compañeros propiciando el diálogo de los australianos.

Me imagino que debes sentirte perdida entre nosotros y por desgracia ni Elsa ni Tina hablan inglés -Alan exhaló el humo de su cigarrillo hacia un lado y lo apagó-. Tienes que aprender italiano si no quieres estar sola.

Lo haré tan pronto como tenga oportunidad -dijo amable-, hasta el momento me las he arreglado a base de señas y un inglés deficiente, lo cual me parece horrible porque me doy cuenta de que ellos aprenden de nosotros y lo menos que podemos hacer es hablar correctamente. Cesare -remarcó-, pronuncia muy bien.

Ah, sí -Alan se sirvió otro vaso de cerveza-, pero él es diferente recibió una esmerada educación en Italia y ha hecho el esfuerzo por practicar y aprender una buena dicción -hizo una pausa y se apresuró a continuar-, pero no me interpretes mal, no pretendo atacar a los inmigrantes sólo que, por regla general, cuando llegan a una comunidad donde viven multitud de compatriotas, se resisten a aprender el idioma local.

-Tal vez estás en lo cierto -juzgó especulativa, tratando de sobrepasar el ruido entusiasta, de la banda.

Además, nos miran con cierto desdén; sus ancestros datan de la época del Imperio Romano, mientras que los nuestros son más recientes.

Oh, Alan -reprochó divertida-, esa no es una comparación justa.

-Tal vez, pero no vamos a discutir sobre política a estas alturas; ven, aprovechemos la música -se inclinó detrás de su espalda y tocó el brazo de su amigo-. Cesare, ¿me permites bailar con tu esposa -obtuvo el consentimiento del aludido que continuaba concentrado en el debate-. De seguro sabes bailar cualquier ritmo -la animó-, les daremos una lección.

Por supuesto que no era un principiante, basta verlo girar, para darse cuenta de que estaba en su elemento.

La música continuó sin parar en tanto las parejas acudían y abandonaban la pista y ellos seguían bailando hasta que en un momento dado, la joven volvió el rostro hacia su marido. Si las miradas mataran hubiera fallecido en ese instante, la terrible furia de sus oscuros ojos la fulminó y maldijo la hora en que pasó por alto que él no aprobaría su prolongada ausencia. Sintió que le fallaban las piernas y pidió a su pareja que regresaran a la mesa. Se sentó mortificada limitándose a contestar con monosílabos a Alan consciente de que Cesare la ignoraba deliberadamente desde que regresaron a la mesa.

Poco tiempo después, Bombardi indicó a los jugadores que debían retirarse en vista de que el juego final, y el más importante, se llevaría a cabo al día siguiente.

Presidió a Cesare hasta su habitación y temiendo que intentara detenerla, recogió su ropa de cama para salir presurosa a tomar una ducha, prolongó su baño tanto como se lo permitieron sus nervios y al abrir la puerta descubrió que estaba frente a la ventana mirando hacia la calle. Con dedos temblorosos colgó su vestido y tendió la toalla húmeda en el respaldo de una silla y al enderezarse lo encontró a escasos centímetros examinándola de arriba abajo. Sus manos, duras como el acero la aproximaron a su cuerpo.

Elevó el rostro para mirarlo aterrada ante su salvaje expresión y trató de implorar, más no pudo hacerlo pues su boca se lo impidió sellando sus labios con crueldad, obligándola a aceptar la implacable presión que continuó deslizándose por la dorada piel hacia el cuello. Soltó el angosto tirante del camisón y fue dejando una huella incandescente por la suave curvatura de los senos. Lentamente levantó la cabeza y volvió a aprisionar sus labios llevándola a una enloquecedora experiencia.

Un angustioso sollozo salió de su garganta cuando al fin abandonó su boca. Humillada elevó el rostro incapaz de distinguir sus facciones tras el delgado velo de sus lágrimas que empezaron a fluir. Oh, Dios, oró en silencio, no movido por la furia.

-¡Por favor! -suplicó tratando de controlar el temblor de sus piernas.

Con una ternura inesperada, Cesare secó las lágrimas de sus mejillas y acarició sus maltratados labios con un dedo.

-Eres mi esposa -musitó tranquilo-, nunca vuelvas a provocar mis celos flirteando con otro hombre como lo hiciste hoy, porque te aseguro que te arrepentirás -su voz se endureció.

Su reproche era injustificado, cierto que había charlado con Alan, incluso le había sonreído, pero ¿podía eso considerarse como un flirteo?

-Soy italiano -señaló-, y tú eres mi esposa. Bailar como lo hiciste esta noche, es algo que no puedo aceptar -se retiró impaciente-. Ve a la cama, es tarde. Buenas noches.

Sin dilación voló a su lecho y se cubrió con las sábanas. Escuchó el suave crujido de la otra cama y permaneció despierta largo tiempo hasta que se rindió a un sueño intranquilo del que despertó al alba aquejada por un punzante dolor de cabeza. Tras permanecer quieta por un lapso que le pareció interminable, decidió tomar un baño con la esperanza de aliviarse y tratando de no hacer ruido, se levantó.

Cesare parecía descansar plácidamente, contempló su cuerpo en reposo y se detuvo en su boca recordando la presión de aquellos labios contra los suyos, giró para ponerse la bata que estaba sobre la cama y empezó a cerrar los botones.

¿No puedes dormir? todavía es muy temprano -inquirió haciéndola temblar al sonido de su voz.

Sí... no... tengo jaqueca, eso es todo -murmuró dándole la espalda.

¿Te duele mucho?

Marisa murmuró una respuesta tranquilizadora y se estremeció

al oírlo bajar de la cama; la hizo girar tomándola de los hombros y levantó el rostro para observarla de frente. Tenía que haber sido un desalmado para no conmoverse ante la sombra oscura que rodeaba sus ojos y la acurrucó en sus brazos acariciando el rubio cabello hasta que su agitada respiración recuperó su ritmo.

-Pediré que traigan café, pan tostado y un frasco de analgésicos -apuntó dirigiéndose al teléfono.

El dolor empezó a ceder y ante su negativa de probar bocado, Cesare bajó al comedor y aprovechando su ausencia, fue a tomar una ducha. Las gotas del agua caliente la reanimaron y empezaba a volver al mundo de los vivos cuando él regresó lanzándole una escrutadora mirada.

¿Cómo te sientes? -preguntó con el cigarrillo en la boca.

Bastante mejor, gracias -afirmó pensando cuánto fumaría y calculó que más de una cajetilla al día.

Hoy por la tarde jugaremos el partido final, ¿por qué no descansas hasta la hora del almuerzo?

¿No te molesta?

En lo más mínimo. Te enviaré unas revistas y vendré por ti al mediodía.

El prospecto de una mañana tranquila le pareció halagador y una vez que su marido partió, salió a sentarse a la terraza. La jaqueca se había convertido en una simple molestia y sabía que si al cabo de una hora tomaba otras dos aspirinas, desaparecería por completo.

Dormitaba bajo los rayos del sol cuando él regresó y sintió pena por tener que despertarla.

Arriba, perezosa -ordenó en voz baja revolviéndole el cabello.

¿Ya es hora de almorzar? -murmuró entre sueños sorprendida de lo rápido que había pasado el tiempo.

Levántate pequeña -repitió al percatarse de que no se movía-, tienes diez minutos para arreglarte. Te veo mucho mejor -expresó satisfecho.

-Ya me siento yo otra vez.

-Me alegro -comentó más tranquilo y fue a buscar su uniforme.

La final empezó a la hora acostumbrada, se trataba de una dura prueba y el juego prometía ser rudo por lo que en varias ocasiones el arbitro tuvo que amonestar a los jugadores por infringir las reglas. El espectáculo resultó excitante y para el medio tiempo estaban empatados a un gol. La segunda mitad se presentaba más reñida aún y en diversas oportunidades la muchacha temió que

alguien resultara herido.

Poco tiempo después sucedió, Cesare y su oponente se enlazaron en un duelo por la posesión del balón, se oyó un golpe seco y el primero quedó tirado en la cancha. Angustiada Marisa miró entrar a las asistencias que lo sacaron para examinarlo y se detuvo atrás del grupo que lo rodeaba, deseando con ansiedad que alguien le explicara en su idioma la importancia del golpe; Cesare se negaba a retirarse y uno de los camilleros lo ayudó a ponerse de pie.

¿Tienes roto el tobillo? -preguntó al hombre que alzó los hombros exasperado.

Debería ir al hospital para que le tomen una radiografía, pero se niega, ¡insiste en esperar hasta que termine el partido!

¿Cesare no crees que es una tontería negarte? -rogó inútilmente pues él seguía concentrado en el juego. Alguien le ofreció un frasco con brandy y tras un generoso trago, lo devolvió agradecido.

Quince minutos después se escuchó el clamor del público que festejaba el gol del triunfo anotado segundos antes del final. Sin embargo todavía no había concluido todo y Marisa lo observó avanzar ayudado por Alan y Fred para posar y contestar a la prensa.

-Grazie, Fred -musitó al deslizarse en el asiento de la derecha-, mi esposa me llevará -indicó señalando en su dirección-. Vamos, Marisa -ordenó a través de la ventana esperando que rodeara el auto y tomara su asiento tras el volante.

-Cesare, ¡no puedo guiar el auto! -confesó atónita-, sólo conozco el de velocidades -trató de excusarse.

-Lo harás, Dio Santo; la transmisión automática es mucho más fácil, sólo tienes que ponerla en marcha y manejar. Por amor de Dios, pequeña, mueve el asiento. ¡Madonna mía!, oprime el botón -esperó a que se hiciera hacia adelante-, correcto -trató de serenarse y procedió a darle las indicaciones necesarias. La muchacha ajustó la palanca y el auto se movió despacio hacia la salida-. A la izquierda -apuntó tratando de acomodar su pierna.

Siguiendo sus instrucciones llegaron al hospital y al estacionarse frente a la entrada exhaló un suspiro de alivio; bajó del auto y le ayudó a subir la escalinata. Ya en la sala de espera, el personal de la institución le pidió todos sus datos, le ordenaron, si es que alguien podía ordenarle, que tomara asiento en una silla de ruedas y desapareció por el pasillo.

Al poco tiempo la sala estaba repleta de jugadores del Mareeba y algunos fanáticos que esperaron hasta que apareció la enfermera y le pidió a Marisa que la acompañara.

Al verlo como un león salvaje tras las rejas, esbozó una sonrisa,

cortada por el interés de los otros enfermos que la observaban intrigados.

¿Te duele mucho?

¿Me haces un favor? -pidió sacando su billetera del cajón del gabinete junto a su lecho-, tráeme dos cajetillas de cigarrillos y ponle gasolina al auto porque está a punto de agotarse.

-Voy al hotel a buscar alguna ropa -murmuró guardando la billetera en su bolso de mano-, imagino que ya pasó la hora de la cena -comunicó preocupada-, ¿no quieres que traiga algo del café?

No -negó con la cabeza-, estoy seguro de que algo me darán y en todo caso, no tengo demasiado apetito -sacó su último cigarrillo y lo encendió-. ¿Estás segura de que puedes guiar el auto tú sola?

Por supuesto -contestó consciente de que sería mucho más sencillo sin sus críticas.

Creo que van a pedirte que te marches -advirtió y la joven giró para ver a la enfermera que se aproximaba.

Disculpe, señora Gianelli, pero tengo que pedirle que se retire -manifestó y añadió dirigiéndose a Cesare-: en la sala de espera aguardaban sus amigos y he tenido que insistir para que regresen a la hora de visitas. Ya le están preparando su cena y se la traeré de inmediato -permaneció en espera de que la joven se despidiera.

Marisa dudó un momento más se inclinó a estampar un leve beso en una de sus sienes en beneficio de la enfermera y de los internos que seguían todos sus movimientos. Después salió del pabellón perturbada por su actitud. ¡Malvado! él sabía que sólo trataba de guardar las apariencias.

Una vez cumplido su cometido, se disponía a regresar cuando encontró a Fred ansioso por saber las últimas noticias y lo tranquilizó asegurándole que pasaría la noche en el hospital ya que por fortuna la fractura había sido leve.

Gracias a Dios -suspiró el entrenador aliviado-. Por favor, salúdelo de mi parte y dígale que iremos todos a verlo, yo calculo que estaremos con él alrededor de las siete y media -esperó su afirmación y se retiró.

¿Trajiste los cigarrillos? -interrogó él sin preámbulos, Marisa se los entregó y rodeó la cama para guardar sus cosas en el casillero correspondiente mientras le comunicaba el mensaje de Fred-. ¿Cenaste?

-Todavía no, a mi regreso pediré que me suban algo a la habitación, un emparedado y café será suficiente -se puso de pie cerrando la maleta.

Como gustes -consultó su reloj-. Será mejor que te marches, los

demás están por llegar. Cubre la cuenta del hotel y si se te ofrece algo pídele a Fred que te ayude, ¿de acuerdo? -apagó el cigarrillo y se quedó mirándola-. Hasta mañana.

Hasta mañana -aceptó sumisa sorprendida al sentir que la tomaba por el brazo acercándola a él para besarla. Sus labios, firmes y cálidos saborearon la dulce intimidad de su boca antes de soltarla.

¡No juegues con fuego, carina -advirtió amenazador-, porque puedes quemarte! -sonrió divertido ante su confusión.

¡Eres... insoportable! -atropello las palabras mortificada al saberse el centro de atracción de los enfermos de la sala.

Ciao, Marisa -sus dientes brillaron al dirigirle una cálida sonrisa.

Al día siguiente, se preparaba para salir al hospital cuando escuchó que llamaban a su puerta y al abrir encontró a Fred Bombardi.

Buenos días, signora ¿está todo en orden? -demandó preocupado.

Sí, gracias -respondió intrigada.

-Como no la vi en el desayuno -explicó con la cabeza baja y las manos en los bolsillos-, temí que hubiera sucedido algo. Gianelli me pidió que la cuidara y vine a informarme.

-Muy gentil de su parte -comentó agradecida.

-Anoche estuvimos con él y nos pareció que se sentía mejor.

-Oh, sí, pero creo que estará impaciente por salir.

-Sin duda -sonrió convencido, alzó los hombros y movió los brazos a los costados-. Bueno, si no se le ofrece nada, me retiro. Ciao.

-Ciao -lo despidió encantada del sonido de su primer palabra en italiano.

Aún faltaban diez minutos para la hora cuando estacionó el auto y entró en el hospital con la maleta de Cesare en la mano.

-¿Señora Gianelli? permítame, yo llevaré esto -apuntó una enfermera- tenga la bondad de esperar aquí -señaló unas sillas y se sentó un momento con ella-. Tendremos que descoser su pantalón para dar acceso al yeso de su tobillo, antes de salir le entregaremos una receta del hospital con todas las instrucciones y -prosiguió frunciendo los labios-, trate de convencerlo de que repose su tobillo todos los días, creo que no hace falta que insista en la importancia de esto -esbozó una sonrisa y se marchó. Quince minutos después reapareció con Cesare balanceándose sobre sus muletas.

Nerviosa, Marisa se puso de pie acomodándose el cabello que

esa mañana se había dejado suelto.

Hola -saludó a su marido ruborizándose ante su escrutinio al recibir la maleta que le entregó la enfermera.

Recuerde que debe mantener en reposo su pierna, señor Gianelli, de lo contrario, usted será quien sufra las consecuencias -manifestó compasiva con la certeza de que también la joven tendría que soportarlas.

Se mantuvo a su lado mientras él se movía con dificultad sobre las muletas hasta el auto y después de guardar el equipaje ocupó su lugar tras el volante.

-¿Todo listo para el viaje? -indagó en el momento que Marisa se concentraba en sacar el auto del estacionamiento-. Bien, detente en el hotel, necesito tomar algo.

Lo esperó treinta minutos y al volver tenía mejor humor.

-A la salida pasaremos a la hacienda de Rafael Mendoza, mi representante; supo que estaba en la ciudad y nos invitó a comer informó sonriente-. Conduces muy bien -admitió-, a pesar de que parezcas ridícula tras el volante -sostuvo su mirada y extendió el brazo indicándole que debía poner el auto en movimiento-. En marcha, su casa está más o menos a diez kilómetros de la supercarretera, sigue derecho hasta que yo te indique dónde dar vuelta -se inclinó y encendió el radio para tranquilidad de la joven que no necesitaba buscar tema de conversación.

Al llegar a la hacienda, Marisa contemplaba la plantación de caña más allá de la casa solariega en el momento que una mujer de mediana edad y amplias proporciones corrió hacia ellos con los brazos extendidos.

-¡Gianelli, Madre de Dio! ¿qué has hecho? -se llevó las manos a la cabeza horrorizada ante el espectáculo de su tobillo enyesado-. Signorina -saludó con cortesía.

María, te presento a Marisa, mi esposa.

¿Te casaste? -inquirió incrédula-. ¿Por qué no nos avisaste, Gianelli?, ¡qué calladito te lo tenías! -hizo una pausa para tomar la mano de la joven entre las suyas-, una chica joven y linda -corroboró animada-, pero pasen, ¿qué hacemos afuera? Vengan conmigo -los escoltó escalera arriba hacia la veranda que parecía rodear toda la casa-. Adelante -propuso, abriendo paso a sus invitados.

Cesare se dejó caer en una silla y acercó otra con una de sus muletas para asentar su tobillo; María entró tras ellos y ofreció asiento a la chica.

-Siéntate Marisa, traeré el vino y vasos para brindar -sacó los

vasos y la garrafa con vino tinto sirviéndolos hasta el borde-. A su salud y que tengan muchos hijos.

Cesare miró de reojo a su esposa y consumió la mitad del vaso de un solo trago en tanto que ella tomaba un pequeño sorbo tratando de disimular su desagrado.

Cuéntame ¿qué sucedió? -María señaló su pie enfermo y al enterarse de los detalles cuestionó. -¿Te duele mucho?

No, más bien resulta incómodo -aceptó disponiéndose a encender un cigarrillo.

Rafael no debe tardar en llegar, discúlpenme un momento -se dirigió hacia la estufa-. Todo está listo, sólo falta ponerlo en los platones.

¿Me permite ayudarla? -ofreció Marisa ansiosa por escapar de la presencia de su marido.

No, la mesa está lista y no hay nada qué hacer. Ah -se interrumpió-, aquí llega Rafael.

El era un español típico, más delgado que la generalidad, moreno y de expresivos ojos negros; saludó a Cesare como a un hermano y tras los abrazos le presentaron a Marisa. Se imponía un nuevo brindis y el vino corrió como el agua. Pasaron a la mesa donde María sirvió paella, además de dos ensaladas adornadas con tomates y pimientos verdes y rojos que escaldaron la lengua de la joven, poco acostumbrada a lo picante, su marido en cambio disfrutó de los platillos que acompañaba generosamente con vino, igual que sus anfitriones. Al terminar, los señores abandonaron la casa para dar un paseo y las damas se dedicaron a arreglar la mesa.

-¡Ay, ay, ay! -se quejó María ante el fregadero lleno de trastos-. No me importa cocinar, pero detesto los trastos, tal vez cuando esté muerta inventen algo que acabe con ellos.

Estoy de acuerdo -reconoció su ayudante con el secador en las manos-, también yo tengo que lavar pilas y eso que por el momento sólo contamos con cuatro peones.

¿Te gusta la hacienda? -indagó con una rápida mirada.

Mucho -admitió entusiasmada Marisa recordando su casa y sus alrededores proponiéndose que al terminar la estación sembraría un sinfín de flores para convertirla en un verdadero hogar.

-¡Qué bueno!, en unos cuantos años te parecerá mejor todavía; Cesare tendrá hijos para el campo y las niñas te ayudarán en la casa, todo será perfecto. La vida es buena, ¿no te parece?

Marisa mortificada no pudo articular una respuesta.

¿Te gustan los niños? quiero decir, ¿has pensado tenerlos? -continuó la dama lavando con entusiasmo otra cacerola.

Me encantan -aceptó a pesar de que no había tenido oportunidad de concebir ninguno y frotó el plato con mayor rudeza de la necesaria.

¡Al fin acabamos! -exclamó María suspirando-, vamos a tomar el café, allí vienen los señores.

Cesare tenia prisa por marcharse y no quiso demorarse más de lo indispensable. Ya en la carretera, encendió el radio y buscó una posición más cómoda.

-Despiértame cuando lleguemos a Cairns -dijo amodorrado.

Durmió mientras Marisa guiaba y no fue sino hasta que estuvieron en las cercanías de Cairns, que despertó. Las colinas se erguían contra la claridad del crepúsculo esfumándose a gran velocidad y el aire retenía una grata frescura templada y suave a la vez. Más allá de esas colinas, en la meseta, se encontraba la hacienda, pensó emocionada.

Cuando detuvo el auto en el patio anexo a su casa, Carlo y Rosa acudieron a recibirlos, se afligieron por el accidente de Cesare y se alegraron por el éxito del equipo. Su marido bajó del auto con la ayuda de su socio y ella entró en la cocina. Recogió las maletas y empezó a sacar la ropa, con la mente ocupada en lo que tendría que hacer antes de acostase y no fue sino hasta mucho después que pudo tomar un baño para relajar sus músculos cansados de conducir; una vez cumplidas sus labores, se deslizó en la cama lanzando un suspiro de felicidad.

Capítulo 9

Los primeros días Cesare estuvo muy irritable, su tobillo le impedía trabajar como deseaba pero se empeñaba en guiar el tractor. Marisa se abstenía de hablar más de lo necesario convencida de que trataba de sacarla de quicio.

Recibió carta de Tony y la leyó ansiosa, según su líneas todo estaba fabuloso, desde las materias hasta los maestros. Lo habían elegido para la selección de cricket y en las pruebas de natación ocupó un magnífico lugar. Lo único malo era la comida, pero fuera de ese pequeño detalle, estaba disfrutando al máximo.

Feliz, se dirigió a los gallineros y capturó tres sin mayor problema lo que la alentó a probar suerte con los patos. Los desplumó y los llevó dentro para limpiarlos, tarea que le desagradaba en extremo y ejecutaba con asco.

Para su desgracia, Cesare entró en la cocina cuando estaba a punto de empezar y se paró frente a ella con ánimo de criticarla. -¡Por Dios, criatura! -explotó impaciente-, deja de darle vueltas y decídete. Hasta una niña de diez años lo haría mejor -regañó aproximándose sobre sus muletas; le arrebató el ave y limpiándola con una mano declaró-: Así se hace -lo puso al otro lado y tomó el segundo emitiendo un gruñido de satisfacción al terminar- . Ahora tú.

-¿Te quedarás a observar?

-Por supuesto.

¡Oh, Dios! lo había sospechado desde un principio, de todos los hombre dominantes, presuntuosos y autosuficientes...

-Deja de murmurar y hazlo -ordenó tajante.

Marisa tomó el último pollo y realizó la empresa; se disponía a continuar con el pato cuando escuchó el motor de un auto deteniéndose en el patio y miró por la ventana.

Parece que tenemos visita -indicó él impasible y se dirigió a la puerta; aprovechando su ausencia, Marisa enjuagó los pollos, los metió en sus bolsas y los introdujo en el congelador; al escuchar una risa femenina giró para mirar a Tania que entraba seguida por Cesare.

¡Tania! -sonrió secándose las manos en el delantal.

Hola -saludó entrando en la cocina-, te noto turbada. ¿Has estado molestándole? -señaló con la cabeza al dueño de la casa-; debería darte vergüenza -bromeó-, la doblas en tamaño y además es

mucho más simpática que tú. ¡Aja! -exclamó al descubrir los patos sobre la mesa- ¿Tus primeros intentos? -dirigió una mirada de adhesión hacia su amiga-, te comprendo, es una labor que nadie disfruta. Aguarda -se lavó las manos bajo la llave y tomó uno de los patos-, yo terminaré esto por ti.

Con una destreza que la joven no pudo menos que admirar, Tania limpió, lavó envolvió y guardó el resto.

Listo -anunció fijándose en Marisa y luego en Cesare quien, para sorpresa y tranquilidad de su inexperta esposa, hizo la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

Acepto complacido la derrota, me marcho al semillero -continuó riendo al dejar atrás la cocina.

Antes que te vayas -lo detuvo la recién llegada cerrando el ojo a su amiga-, mi familia me encargó que los invitara el domingo a cenar.

Gracias, allá estaremos. Ciao -murmuró al salir.

-Y ya que estamos hacendosas -comentó la chica asumiendo una actitud eficiente-, ¿quién preparará el refrigerio esta tarde?

-Yo, pero todo está listo, excepto el té -apuntó Marisa quitándose el delantal-; gracias por hacer mi trabajo, creo que no podré acostumbrarme nunca.

-Tonterías -rió y sacudió su largo cabello negro, te aseguro que dentro de tres meses lo harás sin el menor problema.

Lo dudo -frunció la nariz demostrando su disgusto-. ¿Te sirvo una taza de café.

Encantada -retiró una silla y se sentó-, pero nada más, Marisa, comí demasiado -esperó que conectara la cafetera y sacara las tazas-. ¿Te habló Cesare de la barbacoa del sábado?

-Todavía no -respondió asombrada.

-Se trata de la fiesta que se realiza después de la temporada de fútbol -continuó-, y este año, como logramos el trofeo, incluso habrá champaña y se prolongará hasta el amanecer.

Marisa sirvió el café y lo llevó a la mesa.

Contrataron a una de las mejores bandas así que habrá baile, filetes, hamburguesas y cerveza de barril. Irá todo mundo.

Suena fantástico, ¿acostumbran llevar pantalón o vestido?

¡Santo Dios! -la miró horrorizada-, ¡habráse visto osadía! En este confín del mundo solemos ser terriblemente anticuados y ¡esperamos que luzcas el mejor de tus vestidos!

-Válgame, creo que no sé nada -abrió los ojos asombrada.

¡No te atrevas! -Tania levantó las manos simulando indignación, tomó un sorbo de café y rió divertirla-. Eres ajena a todo esto ¿no es

cierto?

Es tan distinto a trabajar en una oficina.

-No sabes cuánto te envidio.

-¿De verdad?

Debe ser formidable salir a trabajar en vez de permanecer en casa -la observó con fijeza-, ¡si supieras cuánto daría por conseguir un empleo!

¿Todavía vas a la escuela?

-Tengo veinte años y hace cuatro que terminé -apuntó impaciente-, pero papá está dispuesto a hacer hasta lo imposible por verme casada al finalizar la estación y mi madre se limita a encoger los hombros cada vez que lo discuto -trató de sonreír desmintiendo la tristeza de sus profundos ojos grises-. Disculpa el desahogo, pero tú eres diferente, por lo menos no te educaron con una tradición inmemorial sobre tu cabeza -levantó los ojos al cielo-, ¡Cuándo llegará la liberación femenina hasta nosotros! -terminó su café y se inclinó sobre la mesa-. El domingo que conozcas a mi familia entenderás a qué me refiero. Tengo un hermano y dos hermanas todos casados y partidarios de que siga sus pasos, tanto que es probable que me vea forzada a aceptar.

No puedo imaginar que alguien pueda obligarte a hacer algo que no quieras -señaló la recién casada.

Obligarme no es la palabra apropiada -reconoció-, más bien diría que se trata de una mezcla de intensa persuasión y chantaje sentimental; si uno no les funciona, el otro sí -miró de reojo su reloj-. ¡Cielos! tengo que volar; prometí a mi madre estar de regreso a las tres a más tardar -se puso de pie y acomodó su silla.

Agradezco mucho tu visita Tania -expresó sincera Marisa-, no dejes de venir.

Lo haré -se despidió de mano-, a lo mejor la semana próxima; de cualquier modo nos vemos el domingo. Ciao -Salió corriendo.

Cesare estuvo de mejor humor ocupado la mayor parte del tiempo en el semillero y el viernes por la mañana le insistió a Marisa para que fuera a Mareeba a comprar las provisiones para la quincena y él aprovecharía para buscar otros dos trabajadores. La muchacha revisó su lista preguntándose sí cabría todo en el maletero, cuando la llamó;

¿Nos vamos? -demandó lacónico.

Ahora mismo -guardó todo y recogió la carta que había escrito a su hermano la noche anterior.

Puedes dejar tu pedido en la carnicería y en la tienda, pasaremos

por ellos antes de regresar -sugirió Cesare al llegar frente al hotel Graham-, necesitaré una hora o poco menos para conseguir un par de peones. ¿Por qué no aprovechas y te tomas un café o cualquier otra cosa? Aquí nos vemos -cerró la puerta y se encaminó al bar del hotel.

Encantada con el prospecto de una hora libre se encaminó primero al correo a depositar su carta, después a la papelería y por último entró a tomar un delicioso café express.

El tiempo pasó demasiado rápido y unos minutos antes de la hora señalada Cesare entró al auto con aire de satisfacción y encendió el imprescindible cigarrillo.

¿Pudiste conseguir lo que buscabas? -investigó guiando el auto entre los árboles esparcidos en el centro de la avenida.

Hablé con tres que ya habían trabajado antes conmigo y esta noche volveré con Carlo a recogerlos. Por cierto -continuó indiferente-, después del almuerzo pídele a Rosa que te enseñe a hacer paquetes; con tres hombres extra necesitaremos tu ayuda. Desde luego la comida es lo primero ¿entendido?

El almuerzo se retrasó un poco y para la hora en que terminó de lavar la loza y desempacar las compras, habían dado ya las dos de la tarde ¡y a ella le tocaba el refrigerio! Con una agitación que rayaba en el pánico, rebanó el pan y preparó los emparedados disponiéndolo todo en la canasta; atravesó el patio corriendo hacia la veranda, donde la aguardaba Rosa.

-Perdón por el retraso -se disculpó consciente de ser el centro de atracción; su amiga se limitó a sonreír y empezó la lección. Admiró la rapidez y destreza con que empaquetó el tabaco y la acompañó a llevarlo a los estantes.

Cada estante era un cuadrado de seis metros de altura más o menos, dividido en secciones por una estructura de vigas de madera y los manojos se colocaban en posición horizontal.

-El primero se coloca en el espacio superior, el siguiente en el central y el otro en el de más abajo; a la hora del refrigerio vienen los peones y los reúnen en el más alto y nosotros seguimos llenando la otra parte; con práctica suficiente, podemos llenar dos estantes al día.

¡Auxilio! pidió en silencio la muchacha, pero si Rosa podía lograrlo, también ella lo haría; lo importante, se recordó convencida, era no perder el sentido del humor.

Llegó el sábado y con él dos personas más al café matinal,

Marisa los saludó ausente, pensando en preparar los refrigerios por adelantado para empezar a empaquetar a las ocho y media.

¡Qué día! y para colmo, Cesare anunció que por la noche irían al cine, cuando ella lo único que deseaba era meterse en la cama.

Se trataba de una función doble, pero Marisa apenas se mantuvo despierta la mitad de la primera, después cedió al irresistible deseo de dormitar. Sorprendida y confusa apartó la cabeza de hombro de su compañero al sentir que sacudía su brazo.

-¡Despierta, dormilona, es hora de regresar a casa! -su aliento contra su mejilla era cálido y la muchacha examinó su entorno incrédula y mortificada.

-Oh, Cesare, discúlpame -apuntó confusa.

-No te perdiste de nada -declaró tomándola de la mano para ayudarla a ponerse de pie y dirigirse al auto.

La alarma del despertador sonó hasta las seis y cuarto; era domingo y no tenía que preparar café para los peones.

Para su deleite, los trabajadores abordaron sus autos con destino desconocido y no regresarían hasta la noche, lo cual significaba que sólo tendría que preparar almuerzo para su marido y en la tarde irían a cenar a casa de Tania ¡Hurra!

-Hola -saludó Tania entusiasta-, los estaba esperando.

Cesare estrechó su mano y se dirigió hacia el grupo de amigos que tomaban cerveza y discutían al amparo de la veranda.

-Ven conmigo, Marisa, las señoras están adentro y ellos no vendrán hasta la hora de la cena.

Marisa entró con su anfitriona hasta el comedor, donde le presentó al resto de los invitados; aceptó la taza de café que le brindó la dueña de la casa y se concentró en contestar a sus preguntas sin revelar demasiado. Después de un rato prudencial, Tania sugirió que la acompañara a su alcoba para que le diera su opinión sobre un vestido y la siguió agradecida.

La habitación estaba parcialmente cubierta por fotografías de algunos artistas, un crucifijo y repisas con libros.

Tania abrió la puerta del guardarropa y sacó un vestido deteniéndolo en alto para que Marisa lo apreciara.

-¿Qué te parece? lo saqué de una revista, pero mi madre no me lo deja poner, afirma que parezco una gitana con él -rieron a coro. La falda se componía de varias capas de tela vaporosa y terminaba formando picos a diferentes alturas; de amplio escote y mangas abombadas haciendo contraste con las cintas de colores que marcaban el talle; un modelo que ninguna chica, miembro de una

estricta familia podía llevar.

-Tenía pensado estrenarlo el próximo sábado, pero mi mamá asegura que mi padre no lo permitirá.

-Quizá si emparejas la falda -sugirió luchando por contener la risa que le provocaba la rebeldía de su joven amiga-, me parece muy lindo y perfecto para una ciudad como Cairns o más cosmopolita, aunque, de acuerdo con las revistas, es el último grito de la moda. ¿Acostumbras coser con frecuencia?

-Un poco -hizo un gesto despreciativo-, en ocasiones coso ajeno; aparte de trabajar en la hacienda, es lo único que me permite hacer mi señor padre. Mi mayor anhelo es trabajar en una boutique, tú sabes, estar al día en cuanto a la moda, diseñar y crear modelos originales, pero mi padre se niega rotundamente y si me empeño en coser, debo hacerlo en casa y por unos cuantos centavos. La hacienda es lo primero, debo ayudar a mamá en la cocina, encargarme de los refrigerios y empaquetar. Desde luego me paga este trabajo y se encarga de solventar mis cuentas en los almacenes de la ciudad -frunció los labios-. El piensa que la carrera que más me conviene es el matrimonio con alguien de su gusto, Nick Bragovic de preferencia -se interrumpió, guardó el vestido y abandonaron el dormitorio.

Además de los Gianelli, se sentaron a la mesa: Iván, el hermano de Tania y Gianna su esposa; sus dos hermanas, Anna y Luisa con sus respectivos maridos, Antón y George; cuatro niños, el señor y la señora Petricevic; dos trabajadores y algunos otros que no podía recordar.

Sirvieron ravioles, pollo, ensalada, pan hecho en casa y por supuesto, vino.

Cesare se sentó al lado de Marisa, pero salvo una que otra mirada, dedicó toda su atención a los de casa. Al concluir la cena, los caballeros se quedaron jugando baraja en el comedor en franca camaradería y cerca de la medianoche declararon terminado el juego y se retiraron a sus casas.

Cada día Marisa tenía menos oportunidad de ver a su marido, excepto durante las comidas, pues si no estaba trabajando en el semillero, salía al campo con el tractor; su tobillo parecía no molestarle o por lo menos no lo comentaba y se movía con asombrosa facilidad usando una sola muleta, lo cual constituía una preocupación menos para ella que tenía la mente tan ocupada que podía pasar un día sin recordar a Tony, pero cuando lo hacía, sus pensamientos recaían en su propia situación.

Sin embargo, el sábado en la noche se arregló para salir con

Cesare rumbo a casa de Fred Bombardi y la barbacoa del partido. Vestía una falda que caía hasta sus pies, estampada con rehiletes rojos, naranjas, negros y verdes sobre un fondo que iba del lila al púrpura. El corpiño halter de seda color blanco terminaba en dos bandas anchas que rodeaban su breve cintura. No había tenido tiempo de hacerse algún peinado y al último momento se cepilló el cabello hacia atrás para agregarse altura, permitiendo que las puntas cayeran sobre su pecho.

Cesare eligió un atuendo formal de pantalón negro, camisa de seda azul marino y corbata oscura; dejó desabotonada su chaqueta y al observarlo, Marisa tuvo que reprimir un suspiro de admiración.

Ha venido una multitud -opinó señalando los automóviles estacionados.

Así parece -corroboró avergonzada al entrar de su brazo bajo la potente luz artificial.

¡Hey, Gianelli! ¡Ven acá! -voceó un compañero y varios lo imitaron.

Cesare sonrió y se dirigió al bar provisional instalado a lo largo de la veranda.

¿Qué prefieres tomar: cerveza, whisky, brandy, ginebra, cinzano o ron? -preguntó Fred a su amigo-, ¿y usted señora?

Estás a punto de ser rescatada -emitió una voz a sus espaldas y se volvió para encontrar el rostro sonriente de Tania acompañada de sus padres.

Antón Vukovic palmeó el hombro de Cesare, saludó a Marisa con un movimiento de cabeza y aceptó una copa sumándose al grupo que ignoró a las presentes.

-¡Hombres! -explotó Tania, tomó el brazo de su amiga y comento a su madre-; no tiene remedio, acabamos de perderlos. Vamos adentro -notó que su compañera dudaba y avisó a su marido que irían con sus compañeras.

Poco después hicieron su aparición algunos jóvenes para invitar a bailar a sus novias o esposas y una vez cumplido su deber, volvieron al bar. A las once, Fred Bombardi anunció que la comida estaba servida y las muchachas se unieron a la fila que salió guiada por el aroma de la carne y las salchichas y no bien avanzaron unos pasos cuando Cesare y Antón Vukovic se les unieron.

-¿Te diviertes? -investigó despreocupado ante su afirmación.

Estaba contenta, pero aun así deseaba que se retiraran temprano, se sentía tan cansada que tuvo que ahogar un bostezo mientras esperaba que le sirvieran. Al otro extremo había una cafetera y se encaminó hacia ella siguiendo a Tania entre la

multitud confiando en los efectos de un café cargado.

-Anímate, dentro de unos minutos empezarán los discursos y las presentaciones -informó Tania-; te darán una copa de champaña y tendrás que brindar por los méritos de cada jugador, del presidente del club, del entrenador, del representante y del patrocinador -sonrió sobre su taza-; después, como están tan satisfechos de ellos mismos, accederán a bailar hasta la medianoche que se retire la banda y de ese momento en adelante, dependiendo de los tragos que necesiten para el camino, las mujeres tratarán de alejar a sus maridos del bar para regresar a su hogar, dulce hogar.

Pareces cínica esta noche -observó Marisa.

Hoy por la tarde me rendí a la presión familiar -suspiró Tania.

¿A qué te refieres? -insistió preocupada.

Para deleite de mis padres que tanto me han soportado, sobre todo este último año, consentí en contraer matrimonio con Nick Bragovic de Melbourne -terminó su café y dejó la taza-; mi padre -contó con los dedos-, mi madre, mi hermano, mis dos hermanas, mi cuñada, incluso mi prima Elena, aseguran que si en esta ocasión rechazo su petición, ningún descendiente de una familia honorable de nuestra madre patria, pedirá mi mano y ¡tendré que resignarme a ser una solterona como la tía Katija! -sus ojos brillaron amenazadores-. Se me antoja emborracharme.

¡Tania! ¿no te gustaría casarte? quiero decir ¿nunca?

Sí -suspiró la joven resignada-, tal vez. Nick me gusta, supongo que está bien -comentó reflexiva-, pero no concibo la idea de tener un hijo cada dieciocho meses; todavía no. En todo caso está bien para ti que ya tuviste oportunidad de trabajar y ser independiente -la miró con envidia-, tú pudiste escoger, en cambio yo...

-Shhh, Tania -la interrumpió-, puede escuchar tu madre.

-Me da lo mismo -encogió los hombros desafiante-, de cualquier modo tendré que casarme y Nick posee una fortuna -respiró profundo y prosiguió-: le exigiré una jugosa pensión y me encargaré de disfrutar hasta el último centavo -sus ojos brillaron traviesos.

En ese momento Cesare las interrumpió.

-Van a empezar las presentaciones -indicó ofreciéndole una copa de champaña y Tania aprovechó para dejarlos solos.

Pronunciaron varios discursos, unos cortos, otros largos que provocaron las risas y aplausos de la concurrencia; exhibieron el codiciado trofeo y repartieron una reproducción en miniatura a cada uno de los jugadores en reconocimiento de su esfuerzo individual. Pasaba la medianoche y Marisa luchaba con el cansancio segura de que había llegado el momento de retirarse, pero, no, la

banda volvió a animarse con una melodía ligera que no le ayudó a levantar el espíritu.

-¿Te traigo otra copa? -propuso solícito su marido sin el menor rastro de cansancio y se negó.

Un espontáneo entonó las primeras notas de O Sole Mio desde la veranda y poco a poco sus compañeros fueron uniendo sus voces hasta que la banda, desalentada, se marchó. Las damas volvieron a quedarse solas y se miraban resignadas. Algunos se balanceaban sobre sus pies por el efecto combinado del alcohol y el cansancio del día; otros, casi rendidos, se apoyaban en la pared, pero seguían cantando y bebiendo.

Estoy tan cansada, se dijo, que voy a quedarme dormida, a lo mejor cuando me desplome, Cesare me lleva a casa; no puedo mantener los ojos abiertos ni un segundo más.

¿Cómo dices? -parpadeó pensando que había hablado con voz alta.

Ven conmigo -susurró Cesare a su oído, tomaron asiento y la recostó sobre su pecho pasando un brazo sobre sus hombros sin que ella opusiera resistencia. Tuvo la impresión de que no había transcurrido más que unos cuantos segundos cuando escuchó:

¡Despierta, pequeña!

Abrió los ojos, miró el rostro que permanecía frente al suyo y se rindió a la firme presión de sus brazos.

-¡Marisa!

Intentó ponerse de pie y al tambalearse, Cesare aprisionó su brazo para estabilizarla, manteniéndose a su lado con su mano entre las de él. Se estremeció al experimentar el cambio de la cálida atmósfera de la veranda por el aire frío de la noche que rodeaba los autos y una vez que llegó al asiento, reclinó la cabeza en el respaldo acojinado.

Capítulo 10

Marisa y Cesare decidieron ofrecer su primera cena el sábado siguiente. Enemigo de hacer las cosas a medias, su marido le informó que además de la familia Petricevic, invitaría a otras personas y tres o cuatro de los trabajadores.

¡Auxilio! fue todo lo que pudo pensar la joven en ese momento y pasó dos noches en vela planeando el menú, preocupada por la cantidad de espagueti que debía cocinar y el número de pollos que harían falta.

A pesar de su creciente temor de que la comida no estuviera a tiempo y que hubiera sido aconsejable preparar por lo menos otros dos pollos, en el momento en que la familia Petricevic traspasó el umbral recuperó la tranquilidad.

En el transcurso de la charla, Marisa se enteró de que el compromiso de Tania se anunciaría el próximo fin de semana; Nick Bragovic llegaría el jueves a pasar diez días en Mareeba y no regresaría hasta unos días antes de la boda propuesta para marzo.

¿Qué opinarías de un estilo Victoriano para mi traje de novia? -preguntó Tania a Marisa.

Uff, Tania, ¡piensa en algo convencional! -reprobó Luisa.

Depende de cuál sea tu idea -intervino Marisa diplomática-, yo elegiría algo clásico, en satén opaco; es una tela tan hermosa que no requiere de encajes o volantes.

Hey, amiga, ¿de qué lado estás? -reprochó Tania en tono amistoso a la joven que, interpretando su mirada, comprendió que lo hacía solo por molestar.

Comparto tu opinión -convino la señora Petricevic-, pero está obstinada en llevarnos la contra en... ¡todo!

-Mira, mamá -irguió el rostro amenazante-, se trata de mi boda y me pondré lo que me plazca y si no dejan de molestarme iré de minifalda con blusa transparente.

-¡Condenada desagradecida! -exclamó Luisa-. Espero que Nick te dé tu merecido, si él supiera lo testaruda que eres, te dejaría plantada.

Tú cállate -explotó Tania contra su hermana.

Tania, Luisa, silencio -ordenó horrorizada la madre.

Es muy rebelde -opinó Anna.

No lo creo -sonrió Marisa restándole importancia a la discusión.

Desde el día que nació, ¡prematura y tan pequeña se han

dedicado a consentirla -señaló la otra hermana.

-Tiene a papá y a Iván comiendo de su mano desde entonces -suspiró Anna reflexiva-, a Luisa o a mí jamás nos hubieran permitido esa actitud. Oh, bueno -continuó a la ligera-, esperemos que Nick sepa manejar sus ataques de cólera.

Marisa miró de reojo a la señora Petricevic y propuso que tomaran una taza de café en un esfuerzo por controlar la situación.

-Buena idea -aceptó la señora respirando agradecida en tanto sus hijas se lanzaban miradas asesinas.

La cena fue un éxito, conmovida y feliz, Marisa comprobó el placer con el que sus invitados disfrutaban los platillos y una de las ocasiones en que vigilaba que no hiciera falla nada, percibió la mirada apreciativa, casi amorosa de su marido; sintió que el corazón le daba un vuelco de emoción, pero consideró que lo hacía para guardar las apariencias.

Ya muy tarde, las señoras lograron convencer a sus maridos de que era hora de volver a casa y envolvieron a los chicos, que hacía buen rato dormían, para llevarlos a los autos. De pie junto a su marido, Marisa permaneció sonriente murmurando "buona notte" con gracioso acento.

Al desaparecer el último coche volvió a la cocina a lavar los últimos trastos y se irguió al sentir a su marido a su espalda.

Buenas noches, carina - susurró con voz baja a su oído haciendo a un lado su cabello para acariciar la suave piel de su nuca.

Detente, por favor, -no me inquietes más, rogó en silencio al sentir el roce de sus labios y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no caer en la tentación.

-Que descanses, pequeña -volvió el cabello a su lugar y abandonó la cocina.

El jueves recibió una carta de Tony y otra de Brenda llena de novedades que la hicieron sonreír. "Tu suplente en la oficina tiene cara de muñeca, igual de pintada y de ridícula; la pobre no da una y el señor Bennett se sulfura al punto de sufrir ataques de histeria dos veces al día, por lo que no creo que vaya a durar mucho".

La de Tony era breve y directa: estaba en plena época de exámenes, tenía mucho qué estudiar y le pedía que no se preocupara sí no escribía en las próximas semanas.

Al día siguiente, mientras Marisa hacía compras. Cesare fue al hospital para que le quitaran el yeso; por fortuna la radiografía resultó satisfactoria.

Llegó la fiesta de compromiso de Tania en el Shire Hall de Mareeba. Marisa eligió un vestido sin mangas color verde jade, de falda circular y corpiño ajustado, discreto y elegante que le pareció el más apropiado. Dejó su cabello suelto, recién lavado, caer por la espalda.

Cesare la esperaba en la sala y al salir de la habitación sintió que el color teñía sus mejillas al notar que él la admiraba de la cabeza a los pies con fingida indiferencia.

-Espero ser yo al que quieres impresionar -reclamó apreciativo y al percibir la fragancia de su perfume reconoció-. Humm, delicioso.

Marisa consultó su reloj con agitado y evidente ademán, proclamando que eran las ocho y media y sería conveniente partir.

-Tenemos tiempo de sobra, ¿Te sirvo una copa? -sugirió dirigiéndose al gabinete de los vinos para servirse un brandy.

-Para mí nada, gracias -agitó la cabeza y al ver que se aproximaba agregó-, como... vamos a beber en la fiesta... -titubeó temerosa de su actitud y su mirada intensa que la obligó a bajar el rostro.

-¿Desconfías de mí después de cuatro, de cinco semanas de casados? -juzgó incrédulo-; deja de huir cada vez que intento acercarme o van a creer que te golpeo, querida -bromeó.

Sus pestañas se agitaron con sorpresa que se tornó en confusión al percatarse de que tomaba su rostro entre las manos y bajaban la cabeza; intentó emitir una débil protesta cuando los cálidos labios presionaron los suyos, moviéndose con una sensualidad fascinante. Desarmada, deslizó los brazos hasta los musculosos hombros cerrándolos con fuerza en tanto la implacable urgencia de sus labios se prolongaba.

Al fin se enderezó poco a poco y al soltarla siguió con un dedo el contorno de su barbilla.

-Fascinante -musitó deleitándose en su aturdimiento-. Te esmeras en ser una buena esposa, carina. Tienes un corazón generoso -concluyó dando un ligero toque a la respingada nariz; sonrió indulgente y bebió el resto de su bebida de un solo trago.

Marisa seguía sus movimientos hipnotizada, incapaz de apartar los ojos de esa cabeza inclinada hacia atrás y de su vigorosa mano que sostenía el vaso. Se sentía abrumada y al mismo tiempo le dolía que jugara con ella usando su inexperiencia como diversión. ¿Podía evitar que mientras sus amigas salían con sus novios ella hubiera tenido que permanecer en casa con su padre para brindarle al menos el consuelo de su compañía y más adelante cuidarlo y armarse de paciencia para explicarle los graves síntomas de su

enfermedad?

Parpadeó varias veces y se dirigió al comedor a recoger el regalo de Tania; escuchó que Cesare llevaba el vaso a la cocina y el ruido que produjo al dejarlo en el fregadero, esperó a que apagara las luces, cerrara la puerta y la siguiera al auto.

Cuando entraron en el salón profusamente iluminado, la fiesta se hallaba en su apogeo, pletórica de invitados que charlaban y sonreían. El señor y la señora Petricevic, junto con Tania y su prometido, daban la bienvenida y presentaban a su futuro yerno.

Nick Bragovic era moreno y atractivo, quince o veinte centímetros más alto que la novia y tenía un aire de hombre de empresa. Bastaba una segunda mirada para darse cuenta de que no le sería tan fácil a Tania imponer su voluntad.

Concluidas las presentaciones, Marisa prosiguió al salón consciente de la mano de Cesare que, sosteniéndola por el codo, la condujo hacia un grupo de amigos.

-Iba a decirte -se inclinó para que pudiera escucharlo a pesar del ruido-, que las clases de Tony concluyen el seis de diciembre. Esa misma tarde tomará el avión de Brisbane y llegará a Cairns después de las ocho; ya le escribí que iremos a recibirlo -aguardó a que levantara el rostro para observar el fulgor de la felicidad en su mirada.

¡Oh, Cesare, qué maravilla! ¿Se quedará todas las vacaciones?

He dado mi autorización para que asista a un campamento de verano con el resto de su grupo -tomó el contenido de su vaso antes de proseguir-, pero estará con nosotros casi un mes -esperó a que se repusiera de la impresión y propuso-. Podríamos intentar dar unos pasos -sugirió llevándola entre las parejas.

Se sentía perdida entre sus brazos, era tan alto y corpulento que le parecía como si estuviera bailando con Goliath.

-Estás muy callada -musitó más tarde acercando sus labios hasta rozar su oído-. ¿Fatigada?

Sorprendida, alzó el rostro y al encontrar su mirada hizo un esfuerzo por sostenerla y sonreír.

-No importa, es hora de retirarnos -decidió de súbito y la retuvo por la cintura encaminándose hacia Tania y Nick que en un extremo del salón despedían a los amigos en compañía de sus padres.

Marisa agradeció y comentó cuanto había disfrutado de la velada, lo cual era cierto a pesar del tiempo que dedicó a analizar sus confusas emociones.

Impulsados por el frío de la madrugada, se apresuraron a abordar el auto.

Ya en la casa, dio las buenas noches a Cesare y se dirigió a paso lento a su alcoba.

Las semanas que faltaban para el arribo de Tony pasaron volando para Marisa, siempre ocupada. A fines de noviembre, Cesare contrató más personal y entre las comidas, el empaquetado y demás obligaciones, no le quedaba tiempo ni para pensar. Después de la fiesta de compromiso de Tania, invitaron a toda la familia y a su novio a una reunión informal que transcurrió igual a las anteriores.

Marisa sentía que había logrado adaptarse a su nueva vida, su rutina diaria le daba buenos resultados y las comidas no le afligían tanto como al principio, Cesare había logrado adueñarse de su pensamiento y cada día se interesaba más en él a pesar de que las oportunidades que podían disfrutar de su mutua compañía en soledad eran poco frecuentes.

Tania no volvió a visitarlos, pues una vez que Nick regresó a Melbourne, se dedicó a ayudar a su padre y a Iván; la familia Petricevic deseaba terminar de cosechar para Navidad dando así oportunidad a que las mujeres dedicaran su tiempo a resolver los numerosos detalles de la boda.

Así, antes que Marisa se diera cuenta, llegó el seis de diciembre y las vacaciones de Tony. Estaba ansiosa por verlo y comprobar si estaba tan bien y contento como afirmaba en sus cartas.

Llegaron al aeropuerto con diez minutos de anticipación y era tanta su ansiedad que no pudo permanecer sentada como Cesare; al fin escuchó el estruendo de los motores del avión y en unos minutos tuvo ante su vista el juvenil rostro de su hermano.

¡Hola! -abrazó conmovido a su hermana y tendió la mano a Cesare.

¡Oh, Tony, me alegro tanto de verte! -expresó en un tono que llamó la atención del recién llegado.

¿Sucede algo? -trató de informarse al guardar el equipaje.

Nada, ¿por qué? -interrogó asombrada y continuó-. Todo marcha bien, tenemos mucho trabajo, pero eso es todo. ¿Cómo va la escuela? -cambió el tema al reunirse con Cesare.

¡Formidable! -se inclinó hacia adelante cuando su cuñado puso el auto en marcha-, estoy empezando casi de nuevo; es sorprendente lo que se olvida en un año. Compré unos libros para estudiar, pero si puedo servir para algo, me encantaría ayudar.

Sería fantástico que te hicieras cargo de los animales de la granja -sonrió con picardía la muchacha-, podrías matarlos y

limpiarlos por mí -frunció la nariz con desagrado-; y si te sientes atraído por las labores domésticas, tengo siempre una montaña de trastos.

En cuanto a lo primero, cuenta conmigo -dijo entre la risa franca del italiano-, pero la lavada de trastos, no gracias. Aunque no sé mucho sobre tabaco tal vez pueda ser útil en el campo -sugirió a Cesare, que agradeció su buena voluntad.

En un tiempo increíble por lo breve, llegaron a la hacienda y Marisa anticipó su regocijo al imaginar la reacción del estudiante.

¡Guau! -expresó impresionado-, ¿ésta es la residencia familiar?

Es bonita, ¿verdad? -reconoció satisfecha.

¿Bonita? me parece que te quedaste corta en el adjetivo.

-Vamos a tu alcoba a dejar las maletas y aprovecharemos para que conozcas la casa.

Convencida de que no tardaría en darse cuenta de lo irregular de su situación decidió confiársela y evitar cualquier comentario en presencia de su marido.

¡Debes estar bromeando! -exclamó sorprendido.

Convenimos esperar un tiempo para conocernos -trató de calmar su propia confusión-, después de todo, entre la fecha de nuestro primer encuentro y la boda, no tuvimos oportunidad de hacerlo.

De acuerdo, pero...

Por favor, Tony, no quiero hablar más del asunto; ven, después nos ocuparemos del equipaje -lo llevó a la cocina y le ofreció pastel para su café-. Te agrada Cesare, ¿verdad?

-Por supuesto, ¿a ti, no?

Desde luego -admitió de inmediato.

¿Entonces?

Oh, Tony, ¡olvídalo, por favor!

¿Por qué? -lanzó las manos al aire-. ¡Si serás mojigata! -se sirvió una rebanada de pastel-; debías haber vivido en tiempo de los cuáqueros. ¿Te parece imposible aceptar el sexo como una necesidad física, sin tener que ligarlo al amor? ¿Qué tiene de malo compartir su cama después de todo lo que ha hecho? ni siquiera sería inmoral, ¡se trata de tu marido!

¡Basta! -se cubrió los oídos con las manos para no escuchar-, déjame sola, por favor -suplicó-; es algo que no te incumbe.

¡Mujeres! -gritó Tony al momento de abandonar la cocina dando un portazo.

Marisa respiró hondo en varias ocasiones tratando de dominar su malestar; la continua tensión provocada por su convicción de que pronto Cesare demandaría sus derechos, estalló y se detuvo del

fregadero emitiendo fuertes sollozos que le impidieron escuchar los pasos de alguien que entró.

-¿Qué ocurre, Marisa? -interrogó Cesare con ceño adusto. Temblorosa, intentó soltarse, pero con una firmeza que no permitía resistencia, le levantó el rostro.

¡Madonna mia! ¿qué te sucede?

Es... mi cabeza -titubeó inerme-. La emoción... de ver a Tony, el viaje a la ciudad y... el regreso -balbuceaba tratando de imprimir veracidad a sus palabras, y creyó lograrlo al sentir que soltaba su barbilla sólo para asirla con fuerza del cabello.

No, nina; no te creo. ¿Qué ha dicho Tony? -aguardó unos segundos esperando a que se repusiera-. ¿Tanto miedo me tienes? -cuestionó, acariciando sus mejillas con el pulgar para quitar sus lágrimas en tanto la joven afirmaba temblando-. ¿Temes por Tony? bien, pues si tú no me lo dices, pequeña, le pediré a él una explicación.

-Cuando... al llevar a mi hermano a conocer la casa -comenzó incierta-, pensé que sería mejor decirle que tenemos alcobas separadas.

-Entiendo -anotó con fingida serenidad-, ¿y eso te preocupa tanto? -sus ojos ardieron al contemplarla y la joven tragó con dificultad.

-Oh, por favor -imploró angustiada-, no... no te sulfures. Parece que no logro pensar con coherencia; estoy tan confusa. Tú te complaces jugando al gato y al ratón conmigo -se aventuró por donde hasta los ángeles temerían pisar-, y siempre estoy a la espera de tu ataque -concluyó temblando por la emoción reprimida.

-Ignoraba tu temor, Marisa -consideró comprensivo soltando su cabello-, no me mires así, pequeña -golpeó con suavidad su mejilla y colocó un dedo bajo su barbilla para levantar su rostro-; prometo no hacerlo, por lo menos, todavía no.

Debes pensar que soy una tonta, ingenua y ridícula -admitió con la vista fija en el botón de su camisa.

No, carina, sólo tímida e insegura. ¿Te sientes mejor? el café no ha dejado de hervir -comentó sacando la cajetilla de cigarros y los fósforos.

Voló al percolador y tiró el contenido al fregadero para poner café fresco y estaba a punto de servirlo cuando regresó Tony, saludó a Cesare y lanzó una escrutadora mirada en dirección de su hermana antes de iniciar un ameno relato. Casi a medianoche, Marisa se excusó y fue a la cama, cansada y aliviada en más de un sentido por la buena relación entre Cesare y su hermano.

Capítulo 11

Tony se adaptó a la vida de la hacienda con facilidad, todos los días se levantaba temprano y se iba al campo con los trabajadores donde permanecía el mismo tiempo que los demás.

El sol resplandecía en todo su apogeo y la época de lluvias, a punto de iniciarse, prometía abrir las cataratas del cielo.

La compra de regalos de Navidad representó un problema para Marisa, que al final se decidió por una cigarrera para Cesare, un juego de pluma fuente y lapicero para su hermano y un estuche de tocador para Rosa que tanto había hecho por ella en esas semanas.

Conforme se aproximaba la festividad. Cesare y Carlo se propusieron organizar a los trabajadores de forma que terminaran la cosecha un día antes. La mañana del veinticuatro de diciembre comenzó como cualquier otro día a excepción de que las labores cesaron a la hora del almuerzo; los hombres ocuparon sus lugares de costumbre, pero comieron con mayor apetito y en un ambiente más cordial. Hasta ese momento nadie pareció darse cuenta de su esmerada apariencia y decidida a no dejarse llevar por la tristeza, se dedicó a poner orden y limpieza en su cocina antes de disponerse a preparar la cena que estaría a cargo de las mujeres de la casa.

-Vengo a preguntar cómo van los preparativos -anotó afable Rosa.

-¿Crees que será suficiente? -señaló una pila de papas listas para el horno-, ¡bastaría para un ejército!

-Sí, sí -rió la italiana-, pero es mejor que sobre y no que falte. Yo también tengo todo, sólo que los niños están a punto de volverme loca -levantó las manos al cielo implorando paciencia-, me han preguntado mil veces a qué hora llega San Nicolás, y cuando les dije que hasta después de cenar, rompieron a llorar porque falta mucho!

Oh, Rosa -rió de buena gana-, ¡son niños! Espera, tomaremos un café en cuanto termine con esto -señaló las cebollas. Sirvió las tazas y al notar su intención de agregar galletas, su compañera la detuvo.

No, gracias, comí demasiado y falta la cena -alzó los hombros y añadió-. Me sentiré mejor cuando descanse, ¿sabes? En mayo, durante las vacaciones escolares iremos a Puerto Douglas por dos o tres semanas. Cesare nos cedió su cabaña -informó con una gran sonrisa-. ¡Ah, mamma mia! -suspiró con fuerza-, voy a sentarme al sol todo el día mientras Carlo va de pesca.

¿Cuándo termina la cosecha? -investigó la joven interesada.

Dentro de dos o tres semanas, después sigue la clasificación, pero entonces será más sencillo porque no habrá que servir café ni preparar refrigerios, sólo el desayuno; una vez concluida la recolección, se retira la mayoría de los peones y acaba el trabajo pesado para nosotros. Este año se anticipará la primera venta -continuó comunicativa-, y espero que sea buena; en ocasiones compran todo a buen precio, otras en cambio, se ponen quisquillosos... -Rosa agitó la cabeza apesadumbrada-, para el dueño está bien, pero para el socio es perjudicial -terminó su bebida y se puso de pie dispuesta a supervisar la colocación de las mesas bajo la veranda.

Cuando Cesare y Tony terminaron de llevar platones, Marisa, sufriendo el conocido malestar en el estómago, entró en la cocina sintiéndose recompensada ante el súbito silencio de ambos. Había arreglado su cabello en un elaborado peinado y el delicado tono durazno de su vestido realzaba su silueta. La opinión del muchacho no se hizo esperar, representada por un agudo silbido en tanto Cesare adoptaba una enigmática expresión que aceleró los latidos de su corazón.

Las viandas desaparecieron acompañadas de abundante vino y cerveza y en un momento la vista de todos los presentes se centró en ella, ante su azoro Rosa se inclinó y le explicó.

-Esperan que la próxima vez que disfruten de un banquete semejante sea para celebrar el bautizo de tu primer hijo -aclaró a Marisa que sonrió confundida y avergonzada sin atreverse a mirar a Cesare.

Acabada la cena formaron dos grupos para jugar a los dardos e insistieron en que las damas se les unieran; el resultado fue muy satisfactorio pues aunque ninguna de ellas tenía buena puntería, dieron el toque alegre a la reunión.

La velada se prolongó hasta que los trabajadores se retiraron y en tanto ellas levantaban los vasos, Carlo, Tony y Cesare se encargaron de las latas de cerveza y botellas de vino vacías.

-Buonna notte -despidió Cesare a la pareja que desapareció en la oscuridad del patio; apoyó el brazo sobre los hombros de su compañera y apagó la luz de la veranda. De Tony no había ni rastro lo que la hizo suponer que su ausencia era deliberada.

Caminaron de la veranda a la casa compartiendo su silencio. Cesare abrió la puerta y Marisa intentó liberarse de su brazo sin que pareciera demasiado obvio, pero él frustró sus intenciones.

Ah no, pequeña, esta vez no escaparás -advirtió llevándola a la sala; sacó un pequeño paquete de su bolsillo y se lo entregó-, Buono

natale, carina.

¡Oh, Cesare! -respiró con dificultad al descubrir el hermoso medallón con su cadena de oro-. ¡Es precioso! -exclamó avergonzada, demasiado consciente de su cercanía-. Gracias -musitó sincera-, yo también tengo algo para ti; iré por él -y escapó a buscar el obsequio que escondía bajo su almohada-. ¡Feliz Navidad!

Gracias, Marisa -comentó afable-, la usaré siempre que pueda -sonrió gentil y la tomó por los hombros-. Buenas noches, nina -susurró bajando el rostro hasta su boca palpitante.

Oh, Dios, imploró una vocecilla en su interior al notar que su pasión la acometía como un calambre a un nadador a mitad de su trayecto. Se asió de los musculosos hombros con la desesperación de aferrarse a algo real mientras sus sentidos comenzaban a despertar. Ajenas a su voluntad, sus manos llegaron hasta el cuello y le acarició el oscuro cabello. El tiempo dejó de transcurrir y cuando al fin se apartó, Marisa lo observaba aturdida cubriéndose las mejillas con manos temblorosas.

-Me miras como si fuera el diablo en persona -observó sosteniendo su rostro entre las manos-. ¿Me negarías un beso en Navidad?

¿Un beso? ¿Llamaba a eso... un beso? Se sentía paralizada por la intensidad de sus emociones y en cierta forma, temerosa de su propia reacción. El corazón le latía sin control y sus inseguras piernas parecían incapaces de realizar el más pequeño movimiento.

-Ve a descansar, nina -murmuró acariciándola con los labios. Trazó una línea a lo largo de su mentón con un dedo y cuando la sangre fluyó intensificando el color de sus mejillas, le confesó anhelante-. No sabes cómo deseo hacerte el amor, carina, es una de las experiencias más maravillosas que comparten los que se aman, pero esta noche estás fatigada, confusa y demasiado tensa por la presencia de tu hermano de modo que -se apartó y dejó caer las manos a sus costados alejándose de ella-, márchate ahora, antes que me arrepienta.

Marisa dudó sólo un segundo antes de huir a su alcoba y una vez a salvo se apoyó contra la puerta casi sin aliento.

Celebraron el Año Nuevo según la costumbre, con una gran fiesta en una finca cercana; una reunión a la que cada quien llevaba su comida y bebida. Por la cantidad de asistentes, Marisa consideró que toda la comunidad estaba presente. A lo lejos vislumbraron a Tania que más tarde acudió a saludarla.

¡Cuánto tiempo sin verte! -saludó Marisa con una amplia

sonrisa-, ya no vas ni al cine los sábados.

Está por celebrarse una boda, jovencita -entonó imitando a su madre-; se acerca la hora en que la última y más joven de las Petricevic abandone el nido -cambió de expresión-. Ni me digas, el poco tiempo libre que tengo lo dedico a coser y mi madre, Luisa, Anna, Gianna, incluso Elena gozan aleccionándome.

-Usa orejeras, o mejor aún, ponte algodón en los oídos.

¿En dónde está Cesare? -preguntó Tania examinando a su alrededor hasta localizarlo en el extremo de la veranda jugando a los dardos.

¡Dios, esto es el colmo! si Nick pretende dejarme plantada en una fiesta, me va a oír, te lo aseguro -prometió indignada-. ¡Míralos, todos son ¡guales! no les importa un comino si sus esposas necesitan algo o desean otra copa. Ah, no -agitó la cabellera con énfasis-, yo no permitiré que Nick me trate como una alfombra.

Marisa pensó cuánto tiempo pasaría antes que se declararan las hostilidades en ese matrimonio; Nick parecía inflexible, incluso autocrático y Tania era la antítesis de la docilidad.

-¡Mi madre! -exclamó la joven-, viene hacia acá; por la forma en que me cuida cualquiera diría que hay un hombre decidido a llevarme a un paraje para hacerme víctima de sus inconfesables propósitos.

Marisa vio a Cesare que se encaminaba hacia ellas desde el bar y ambos llegaron al mismo tiempo.

-Se acerca el momento ¿ya tienen lista su copa? -preguntó apresurándose a llenar sus vasos.

¡Hurra! el grito se hizo general cuando la radio emitió las doce campanadas y al terminar, el entusiasmo subió de tono con las felicitaciones.

-¡Felicidades, hermanita! -Tony apareció a su lado y le dio un beso-. Que Dios te bendiga -susurró y al notar sus ojos brillantes por las lágrimas prosiguió-: pero no llores, tontita, es Año Nuevo.

¿Cómo confiarle que el maravilloso entusiasmo de esos seres, su fe en sí mismos y su indomable voluntad de triunfar en un país ajeno, habían robado su corazón? y que llena de orgullo vislumbraba el porvenir e imaginaba a sus hijos altos y cumplidos como su padre.

Cesare la tomó entre sus brazos y bailaron un vals; una deliciosa sensación de paz y bienestar corrió por sus venas y al sentir los labios de su marido sobre sus cabellos, apoyó su cabeza en el acogedor pecho.

¿Cansada? -inquirió en secreto acentuando su abrazo.

No tanto para marcharnos, pero demasiado para bailar algo más movido.

Pobre nina -sonrió con ternura-, sí apoyaras la cabeza en la almohada te quedarías dormida al instante. Andiamo a casa -propuso al terminar la pieza-, mañana, es decir, hoy, hay que cosechar y si no me equivoco, pronto empezará a llover -buscó a su cuñado con la mirada y le avisó.

Recordaba haber observado el camino a la luz de los faros del auto antes de darse por vencida y cerrar los ojos; haberse movido para acomodarse hasta que una mano agitó su hombro y somnolienta le suplicó que la dejara en paz.

Marisa, despierta, son casi las siete -la profunda voz de Cesare penetró hasta su subconsciente.

Estaba tan cansada que ni siquiera recuerdo haber entrado al lecho -bostezó y abrió los ojos consternada al darse cuenta de que estaba parcialmente vestida.

Divertido, Cesare contempló su esfuerzo por mirar hacia cualquier lado menos de frente y se inclinó a pellizcar su mejilla para que se levantara a hacer el desayuno antes que llegaran los trabajadores, lo cual resultó el argumento definitivo.

La lluvia empezó a caer días después como había pronosticado Cesare y a Marisa le pareció que el cielo había abierto sus compuertas; la tierra se saturó del precioso líquido, los riachuelos se tornaron torrentes y las aves buscaron el refugio de los gallineros.

Al terminar la semana, se fueron cuatro trabajadores y el segundo domingo de enero se dirigieron a Cairns a despedir a Tony. Al ascender el avión, Marisa suspiró entristecida.

-No se va para siempre -le recordó su marido-, volverás a verlo las próximas vacaciones.

-¡Cuánto ha cambiado! Creo que al fin empieza a madurar -señaló mientras caminaban hacia el auto.

-Por supuesto, ¿qué esperabas? -abrió la puerta y tomó su lugar tras el volante-, ha dejado de ser un impetuoso adolescente en guerra contra las injusticias del mundo -puso en marcha el auto y se dirigió a la ciudad-. Atenderé algunos asuntos que no van a llevarme mucho tiempo y tomaremos una copa antes de regresar.

Marisa disfrutó recorriendo los almacenes y ya frente a los escaparates no pudo resistir la tentación: entró a la perfumería y eligió un fabuloso talco y un perfume francés.

Se sentía culpable por el alto precio que había pagado y apretando el paquete contra su pecho, llegó al hotel, Cesare salió a

su encuentro elevando una ceja inquisitiva.

-¿Por qué tan inquieta? -preguntó con una generosa sonrisa-, cualquiera pensaría que has despilfarrado la fortuna de tu marido.

¿No te disgustarías? -tragó con dificultad y oprimió su compra.

¿Tendría motivo? -contestó con otra pregunta tendiendo su mano para recibir la chequera que le ofrecía Marisa y al guardarla sin molestarse en revisarla la joven insistió:

¿No vas... quiero decir... ¿no te interesa saber cuánto gasté?

Si a ti te preocupa, dímelo.

La tomó del brazo para atravesar el vestíbulo y ordenar sus bebidas.

-Y bien, ¿no vas a contarme qué compraste?

-Tuve uno de esos locos impulsos tan comunes en nosotras las mujeres -lo miró especulativa y frunció la nariz-, y temo haberme excedido al elegir un talco y un perfume franceses.

¿Existe alguna razón especial para tal extravagancia?

Ninguna... -agitó la cabeza con énfasis, pero en su interior dudaba si no la movía el deseo de flirtear con él utilizando el antiguo arte de atraerlo con una esencia; volvió a mover la cabeza-. No -¡cielos!, debía estar loca; sería lo mismo que jugar con fuego o ponerse la soga al cuello.

-Bebe tu Cinzano -propuso amable-, es hora de regresar.

Tan pronto como llegaron. Marisa se apresuró a cambiarse pues tenía que servir la cena a las seis.

Cuando terminó de limpiar la cocina y sacar la carne para el día siguiente, decidió ver un programa de televisión. Si como de costumbre, Cesare seguía trabajando hasta tarde, cuando volviera, estaría ya dormida.

En un inmejorable estado de ánimo, se hizo un ovillo sobre el confortable sillón dispuesta a disfrutar del programa, pero al poco tiempo empezó a cabecear y se estiró con el firme propósito de cerrar los ojos sólo durante los comerciales y enterarse del final.

El trabajo, las malas noches, las desmañanadas así como el viaje a la ciudad, la presión de sus labores y el reconfortable baño caliente, contribuyeron a que se quedara profundamente dormida y no escuchara la llegada de Cesare quien, al atravesar la sala, descubrió que dormía arrullada por el ruido de la televisión; se detuvo a contemplarla considerando cuan joven y vulnerable parecía y se retiró a tomar una ducha regresando de inmediato.

Marisa sintió una leve molestia en el oído y trató de eludirla; se incorporó con el objeto de averiguar la causa y al instante descubrió tras ella a Cesare ataviado con su bata de baño azul.

-Me lastimaste la oreja -le reprochó.

Exageras -se sentó junto a ella que al instante trató de levantarse y en su apresuramiento estuvo a punto de caer.

Se me durmió el pie -explicó tratando de rechazar su ayuda, pero se vio obligada a esperar y permitir que se lo friccionara hasta que desapareció la molestia.

¿Cuánto tiempo más, Marisa? -inquirió mirándola a los ojos.

No... comprendo a qué te refieres.

-Marisa, Marisa -movió la cabeza incrédulo-, tu rubor te delata, carina -afirmó siguiendo el contorno de sus mejillas y sus labios que se estremecieron bajo el contacto-. ¡Qué hermosa eres! -se aproximó más aún y le recorrió el cuello con su cálido aliento hasta alcanzar el pequeño lóbulo que acarició repetidas veces con sus labios antes de reclamar su boca en un dulce beso que fue acentuando su arrolladora pasión. Caóticos pensamientos engendrados por el temor la obligaban a luchar y a pesar de su ansia por liberarse se aferraba a él convencida de que compartiría su lecho esa misma noche. Deseaba poder explicarle sus sentimientos, hacerle entender con palabras, que sabía muy poco con respecto a los hombres e implorar comprensión para sus inhibiciones.

En la oscuridad de la habitación, su corazón latía acelerado al sentir que se cerraba el cerco de sus brazos; sus labios temblaron bajo el influjo de sus caricias y todo su ser clamó por una frase de amor, que nunca pronunció.

Tiempo después, mientras yacía escuchando la rítmica respiración de su compañero, derramó lágrimas amargas que corrieron silenciosas por sus mejillas; liberó una de sus manos pero él volvió a retenerla descubriendo la humedad de su rostro al besarla.

-¿Lágrimas, carina? -cuestionó con suavidad y al oírla sollozar, susurró palabras cariñosas en italiano que a pesar de resultarle incomprensibles no por ello eran menos reconfortantes y poco a poco dejó caer la pesada cortina de sus párpados respondiendo al sueño.

La luz brillante de un nuevo amanecer entró por los pliegues de las cortinas y Marisa se estiró perezosa tratando de precisar su entorno; de Cesare no pudo encontrar ningún rastro y el único testigo de su intimidad compartida era la huella de su cabeza sobre la almohada.

El día transcurrió en un torbellino de actividad repartida entre la cocina y el empaquetado. Se recogió la última tanda de tabaco y se imponía una celebración especial más el resto del día libre.

Entusiasmada, estaba dándole los últimos toques a la comida cuando entró su marido y se turbó.

-Estoy pre... preparando café ¿Te sirvo una taza?

Aceptó con un ligero rastro de humor y se dirigió a la sala hasta donde se lo llevó Marisa.

-Gracias, pero no temas, que no voy a morderte -afirmó divertido tomándola de la mano para obligarla a sentarse junto a él.

-¿Cómo va la clasificación? -inquirió buscando desesperada un tema de conversación- ¿Terminarán a tiempo?

No va a ser fácil, pero creo que lo lograremos -respondió con calma y si se hubiera atrevido a mirarlo, habría notado el brillo en sus ojos y la sonrisa reprimida.

Rosa me contó que hacen tres períodos de venta y que la última se llevará a cabo a principios de junio -dejó su taza sobre la mesa temerosa de derramarlo-. ¿Sabías -agregó apretando las manos sobre su regazo- que Rosa y Carlo piensan llevar a los niños a Puerto Douglas a pasar las vacaciones de mayo? -le lanzó una intrépida mirada bajo la sombra protectora de sus pestañas arreglándose el cabello lo cual aprovechó Cesare para atrapar sus dedos reteniéndolos-. Yo... les encanta la playa; Rosa dice que pasan más tiempo en el agua que afuera.

Por lo general, una vez que concluye la temporada Carlo y yo tomamos vacaciones por turno; este año, si la suerte nos acompaña, terminaremos de clasificar a fines de marzo, falta el embalado, pero en dos o tres semanas a lo máximo, estará listo y tal vez entonces podremos ir unos días a Sidney.

Oh, Cesare ¿crees que será posible?

Pensé que te gustaría y ayer que estuvimos en Cairns hice las reservaciones -informó con un gesto de niño malicioso que ocultara una travesura-; ahora palomita -sugirió tierno-, es hora de ir a la cama.

Marisa sintió que su sangre corría presurosa al conjuro de sus palabras y bajó el rostro avergonzada. A su lado había descubierto un mundo de sensaciones que jamás soñó experimentar.

Capítulo 12

Los días se convirtieron en semanas y Marisa se rindió a la dolorosa certeza de su amor por Cesare. Resuelta a adoptar una actitud inteligente, decidió no exigir demasiado, sino conformarse con ser su esposa y dejar que la vida siguiera su curso.

La primera venta de tabaco fue un éxito y la segunda anunció el fin de la selección.

Tania y Nick se casaron el primer sábado de marzo y la boda constituyó un acontecimiento al que asistió toda la comunidad yugoslava, así como la inmensa mayoría de los italianos. Tania estaba preciosa con su traje de novia estilo Victoriano y Nick mostró gran aplomo cuando llegó el momento de las despedidas.

Marisa esperaba con ansia el viaje a Sidney, deseaba conocer los grandes almacenes, asistir a los centros nocturnos y, lo más maravilloso de todo, la compañía de Cesare por dos o tres semanas sin cultivos ni semilleros que reclamaran su atención.

Brincó de gusto el día que despidieron al último trabajador y su marido la descubrió dando vueltas en la cocina.

Estoy tan contenta de no tener que hacer toda esa comida por algún tiempo -sonrió feliz-, ahora podré dedicarme a leer, coser, incluso podré sentarme sin hacer nada.

¡Ninguna italiana se sienta sin hacer nada!, nina: tejen, bordan, remiendan, escriben cartas...

Lo sé, lo sé, siempre están ocupadas -lo interrumpió jovial-, pero te advierto que yo voy a dedicar por lo menos tres horas diarias a pensar, sin ninguna interrupción.

-Yo también me alegro de dejar atrás la temporada -admitió sirviéndose un vaso de vino tinto-. En estos días Carlo y yo nos ocuparemos de empacar, acabaremos de proteger los peciolos y algunas cosas extra y, si todo marcha bien, el viernes estaremos en el avión.

¿Tan pronto? -aguardó su confirmación incrédula.

El auto estará en una pensión y saldremos en el primer vuelo de la mañana.

Tras una minuciosa inspección a la casa, Marisa decidió hacer limpieza general y el jueves por la noche cayó rendida, pero contenta porque había cumplido su misión antes de iniciar sus vacaciones. Cesare y Carlo estaban en la cuidad tomando una copa

de despedida y no escuchó el motor del auto cuando llegaron. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, estaba en pie y arreglada. Las maletas aguardaban y sólo faltaban los enseres de último minuto que acomodaría en una maleta pequeña. Preparó un desayuno ligero para ambos y entró en la alcoba a llamar a su esposo. Al alejarse de la hacienda, Marisa exhaló un hondo suspiro. A esta hora, la temperatura era de una exquisita frescura y se sentía tentada a cantar su regocijo.

Llegaron al aeropuerto con quince minutos de anticipación que ocuparon en pesar el equipaje, revisar sus pasajes, escoger asientos y entregar las llaves del auto.

Entusiasmada, siguió los detalles del despegue y una vez concluido, intentó hojear unas revistas hasta que descendieron en Townsville para transbordar; estaba tan excitada que se limitó a probar el contenido de la bandeja disfrutando por anticipado la visita a la metrópoli.

Cesare rentó un Ford Falcon y en él se dirigieron a su motel en el suburbio de Bondi. Ya en la ciudad, Marisa admiró el lujo de las instalaciones y resistiendo la tentación de salir de inmediato, tomó un baño, se cambió y en el momento que guardaba la última maleta, Cesare cubría su poderosa espalda con su chaqueta.

¿Nos vamos?

Cuando quieras -repuso esforzándose por disimular su emoción. Llevaba un vestido largo en tonos café, dorado y rojizo sobre fondo blanco y como único adorno, un cuello drapeado que hacía contraste con la sencilla línea del estilo princesa que le confería un delicado aire de fragilidad.

Dejaron el auto estacionado para pasear y explorar las diversas arcadas que llamaron la atención de la jovencita, interesada en todo lo que sé exponía tras los escaparates hasta que Cesare se impuso y la llevó a un reconocido restaurante a cenar. La comida estuvo deliciosa y ordenó champaña haciendo caso omiso de las protestas de su esposa demasiado sensible al alcohol. Marisa siguió la variedad divertida y bailó con su marido incrédula por lo avanzado de la noche.

Cesare -sonrió tomándolo de la mano al entrar a la suite-. Gracias por ser tan tolerante -concluyó sincera cuando la asaltó el hipo.

Bebiste demasiado, piccolina.

Por tu culpa -acusó amenazándolo con el puño cerrado-, tú insististe, además de la variedad de platillos y bebidas que ha tenido que soportar mi pobre estómago a últimas fechas. Estoy

ebria, pero de felicidad y regocijo.

¿De veras? -susurró cerrando sus labios con pasión.

La luz se infiltraba a través de las persianas cuando se despertó y trató de levantar la cabeza para investigar la hora, consultó su reloj y se quedó perpleja al notar que habían dado las diez, la cabeza le daba vueltas y su estómago tampoco parecía muy estable.

-El café es maravilloso para la cruda -sugirió su marido y rodó en el lecho buscándolo-. Vamos jovencita, siéntate y toma unos tragos; te aseguro que te sentirás mejor.

Siguiendo sus instrucciones tomó una ducha, mordisqueó una rebanada de pan tostado acompañada de otra taza de café y se sintió como nueva.

Abordaron el transbordador al parque zoológico Taronga y regresaron a la ciudad a tiempo de vestirse para la cena. Marisa insistió en que la llevara a un restaurante oriental y en el camino le describió algunos de sus platillos predilectos. A la salida pasearon por Kings Cross que despertó su admiración.

Los días siguientes transcurrieron plácidos y maravillosos para la jovencita que nunca se había sentido tan feliz.

El martes en la noche estaban invitados a cenar en la residencia de unos amigos de Cesare ubicada en una exclusiva colonia de Double Bay. Ante el espejo, Marisa dio los últimos toques a su peinado con el que pretendía parecer mayor; alisó su falda larga de terciopelo que hacía juego con el halter de jersey de seda color fucsia y sonrió complacida del efecto antes de recoger su estola de mohair color crema.

Estás preciosa -elogió Cesare señalando su copa-. ¿Te sirvo?

Bueno -decidió en el último momento-, tal vez me ayude, gracias.

Le sirvió un poco de brandy y al saborearlo sintió que le concedía el ánimo necesario para enfrentar la visita; la perspectiva de estar entre extraños la atemorizaba, no por incapacidad de relacionarse sino por un presentimiento que le hacía desear que ya hubiera pasado.

Sidney, famosa por su tránsito y choferes que manejan a una velocidad espeluznante, permanecía impasible bajo el difuso resplandor del atardecer. A su paso se fueron encendiendo las luces de la calle y en la oscuridad, la ciudad se transformó en un mundo mágico.

La tensión nerviosa de Marisa se hizo más evidente cuando

Cesare estacionó el auto bajo el pórtico que enmarcaba la magnífica entrada del hogar de sus anfitriones.

Al final de la escalinata los esperaba un hombre canoso vestido de oscuro que los recibió con los brazos abiertos.

¡Cesare, Amico! -saludó a grandes voces y palmeó la espalda de Cesare antes de girar inquisitivo hacia Marisa.

La mía moglie, Marisa -aclaró Cesare y la rodeó por los hombros-. Marisa, te presento a un antiguo amigo de mi padre, Ottorino Donatti.

La joven sonrió y se mantuvo inmóvil en tanto el anciano besaba sus mejillas.

-Pero pasen -se hizo a un lado y los condujo a un salón que estuvo a punto de arrancar una exclamación a Marisa por su exquisita decoración que parecía arrancada de las páginas de Home and Home.

Dos damas abandonaron al mismo tiempo sus asientos: una graciosa matrona y otra mujer de edad impredecible que lucía tan extravagante y ultra sofisticada que recordaba las modelos de Vogue.

-Cesare -saludaron al unísono, apresurándose a recibirlo.

Francesca, hija de Ottorino y Rafaella, concedió a su visitante una condescendiente sonrisa y centró su atención en su amigo.

Caro -susurró por lo bajo, en un tono tan íntimo que Marisa no necesitó de un traductor para imaginar el sentido de la palabra-. ¡Qué ausencia tan prolongada! -exclamó al tenderle las manos-; acabamos de enterarnos de que te casaste.

Estamos encantadas con la noticia -apuntó Rafaella-, y nos satisface desearles mucha felicidad.

Sumándose a los parabienes de su esposa, Ottorino abrió una botella de champaña y les ofreció una copa del burbujeante líquido.

Marisa interrogó con la mirada a Cesare tratando de adivinar lo que ignoraba de su pasado; su instinto le decía que Francesca formaba parte de él y que para ella, Cesare ocupaba el número uno en la lista de sus conquistas. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué Cesare la había escogido a ella cuando era obvio que contaba con la italiana. Bueno, en realidad no lo había hecho, su matrimonio se había iniciado como un arreglo mutuo, pero ahora nada era igual... ¿o lo era?

-Estás muy callada -señaló amable Rafaella, en tanto Ottorino insistía en que bebiera su copa.

Me imagino que te alegras de que haya concluido la estación -manifestó la matrona-, no debe haber sido fácil tener que cocinar

para tantos, sobre todo porque no fuiste educada para eso. Son cuatro meses de trabajo intenso ¿no es así?

En efecto -asintió cortés paladeando su copa.

Se escuchó el melódico toque de campanas en el vestíbulo y en un breve lapso el mayordomo anunció la llegada del Signor Agnolli.

-¡Marcello! -saludó Ottorino-, adelante amigo.

Disculpándose por su retraso, avanzó por la habitación un hombre corpulento que se dirigió efusivo a Francesca.

Minutos después pasaron a cenar y si Marisa quedó impresionada ante el salón, el comedor le pareció espléndido.

El apetito de Marisa, excelente por lo general, desapareció al ver la sonrisa que Francesca brindaba a Cesare y tuvo que excusarse ante la insistencia de la dueña de la casa, detalle que la hija aprovechó para preguntarle si tenía problemas con su dieta. Con igual cortesía la joven explicó que durante las vacaciones se sentía desganada sin atreverse a mirar a su marido por temor a que la desmintiera.

La cena transcurrió en calma y a las diez de la noche salieron todos hacia un centro nocturno de la ciudad. Si Cesare notó su silencio durante el trayecto, no hizo ningún comentario.

Ottorino y Rafaella estaban aguardándolos y no bien se habían estacionado cuando Francesca y Marcello se les unieron.

Marisa deseaba bailar y además era la primera ocasión que asistía a un club nocturno de tal categoría. La variedad se había iniciado cuando las condujeron a su mesa pero tuvieron oportunidad de escuchar un par de números antes de que concluyera.

Cuando la orquesta empezó a tocar, Cesare la invitó a bailar y pronto Francesca y Marcello los siguieron a la pista y aunque Marisa anhelaba acurrucarse entre sus brazos, él parecía distraído y no mostró ninguna iniciativa.

En el transcurso de la velada, Marisa trató de estar animada, pero el esfuerzo era extenuante y hubiera dado cualquier cosa por atreverse a pedirle a su compañero que regresaran al motel.

Aceptó bailar con Marcello por cortesía y al dar las primeras vueltas notó que Cesare y Francesca abandonaban la mesa y tuvo que hacer lo imposible para no gritar. Incapaz de apartar la vista de Cesare que inclinó la cabeza para escuchar lo que Francesa musitaba a su oído; sintió que los celos la devoraban. El disgusto y la humillación total tuvo lugar poco después en el tocador donde ambas coincidieron.

Un breve vistazo al espejo bastó a Marisa para comparar su

sencillo maquillaje con el de Francesca que parecía el atractivo anuncio de una exclusiva marca de cosméticos.

La joven polveó su brillosa nariz y procedió a encontrarse defectos: "muy baja, demasiado pálida, ojos muy grandes para su rostro, labios gruesos, nariz respingada y el cabello..." su autocrítica se vio interrumpida por Francesca, que aplicaba perfume a sus muñecas.

Disculpa mi curiosidad, ¿cómo conociste a Cesare?

Sufrí una ponchadura en un paraje solitario y estaba cambiando el neumático cuando Cesare se detuvo a ayudarme -explicó frente al espejo.

-¡Qué oportuno! -Francesca elevó una ceja-. ¿Trabajaba en Mareeba?

-No, en Mossman, era secretaria -guardó sus cosas en su cartera de noche y se detuvo a esperarla.

-¿Sabías que Cesare y yo fuimos amigos íntimos por un tiempo?

El estómago de Marisa se contrajo. ¿Qué tan íntimos? gritó por dentro aunque ante Franceses adoptó una actitud digna.

Creo que debemos volver al salón ¿te parece?

¡Chiquilla insensata! -sonrió cruel mientras recogía sus cosméticos y los introducía sin cuidado en su cartera-. ¡No imaginarás que vas a retenerlo!

Sintió el impulso de dar la vuelta y salir; de traspasar la puerta hacia la algarabía del club y nada la hubiera detenido, mas sin poder explicarse de dónde, sacó fortaleza para hablar, su ángel guardián debía haber sonreír en ese momento porque de ser actriz, su representación le hubiera valido un Oscar.

-Francesca -empezó calmada-, lamento que te sientas amargada por mi matrimonio; siendo tan amiga de Cesare, sabrás que nadie podría haberlo obligado a casarse. Su pasado es suyo y yo nada tengo que ver en ello -concluyó sin perder el aplomo.

Francesca le lanzó una mirada venenosa y salió como tromba.

La fachada de serenidad de Marisa se derrumbó y tuvo que recurrir a todos sus recursos para no soltarse a llorar como una niña y le tomó unos minutos poder salir.

Cuando por fin llegó a la mesa exhaló un suspiro de alivio. Rafaella y Ottorino bebían café y Cesare la sometió a un riguroso examen en tanto servía una taza para ella. De Francesca y Marcello no había ni rastro y por fortuna, Cesare tomó la iniciativa de marcharse, no obstante no logró tranquilizarse hasta que estuvieron en el auto y se durmió.

Dos días más tarde, Marisa se presentó en la sala vestida con pantalón blanco y una alegre túnica en tonos lila y rosa. Estaban listos para salir a una barbacoa en casa de los Danti y sintió un estremecimiento al observar a Cesare alto y apuesto, aguardándola.

-¿En qué piensas? -interrogó casual acercándose a ella.

-Nada en especial -mintió tratando de parecer contenta-, me preguntaba cómo estará Tony -inventó sintiéndose culpable por haberlo olvidado.

-Estás pálida -la tomó por la barbilla y levantó su rostro fijándose en las sombras bajo sus ojos-. ¿Te sientes cansada?

Algo -elevó la mirada y notó su preocupación por lo que movió la cabeza restándole importancia-, pero no pienso hacerle caso.

Se supone que estamos de vacaciones, no de sociales -tocó la punta de su nariz con sus labios comentando que no permanecerían hasta tarde-, no voy a permitir que regreses a Mareeba cansada y sin ánimos -afirmó severo.

Se sintió complacida por su interés y por ello se atrevió a preguntarle sobre la familia Donati incluyendo a Francesca.

Ottorino es primo político de mi padre -explicó comprensivo-. Hace muchos años, cuando tú ibas a la escuela todavía, mi madre le escribió a Rafaella su deseo de que Francesca y yo nos casáramos.

Ah -respiró agradecida-. Entonces...

No, celosilla -la interrumpió mofándose-, nunca pensé en casarme con ella. Un bonito adorno intocable no es mi ideal de una esposa.

La reunión resultó espléndida por lo elegante y original. Había todo tipo de carnes, desde lechón asado hasta una docena de pollos rostizados, infinidad de ensaladas, panecillos recién horneados, diversos tipos de arroz presentados en diferentes fuentes junto a bandejas de lengua en frío, jamón, res, salamí y por lo menos cuatro variedades de queso.

Marisa bailó con Marcello y otro invitado que, ignorando su argolla de casada, intentó poner a prueba sus dotes de conquistador.

Francesca comprometió a Cesare para que la acompañara y la joven sintió que su corazón daba un vuelco al reconocer que formaban una hermosa pareja.

A consecuencia del champaña, Marisa se sintió mal y pasó un gran rato en el baño tratando de aliviarse; sin conseguirlo, buscó la cocina para tomar un café y una compasiva sirvienta le ofreció unas tabletas. Cuando estaba a punto de volver a la fiesta, entró Cesare con el ceño fruncido y no pudo distinguir si era de preocupación o disgusto.

-¿Que sucede, te sientes mal? -preguntó inquieto pero controlado.

-Me sentí mal, pero parece que el café ha logrado asentarme el estómago. Discúlpame, debí avisarte sólo que en ese momento estabas bailando y no quise entremeterme por si en realidad me ponía mal.

-¿Estás segura de que te sientes mejor? -la observó con atención y a pesar de su afirmación decidió marchar al hotel de inmediato.

Una vez en el auto, cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta llegar el motel; sentía náuseas y corrió al baño.

Cuando por fin regresó a la alcoba, Cesare aguardaba al pie de la cama hecho un basilisco. Nunca lo había visto más disgustado y al golpear su puño contra la palma de su otra mano, Marisa pegó un salto.

Con un gruñido sordo, dejó escapar una sarta de improperios que habrían atemorizado a cualquiera. La muchacha se detuvo atónita , palideciendo a cada instante, hasta que con una nueva demostración de violencia, caminó hacia ella.

Marisa ahogó un sollozo y corrió para alcanzar la puerta pero no había dado ni dos pasos cuando dos férreas tenazas la detuvieron y obligaron a darse vuelta; movida por el instinto se cubrió el rostro con las manos temerosa de sus intenciones.

-¡Marisa! -la abrazó con fuerza.

Pasaron unos minutos para que se atreviera a levantar el rostro bañado en lágrimas y fijara su desconsolada mirada en él; Cesare juró por lo bajo antes de bajar la cabeza para rozar su frente con los labios demostrando una ternura que provocó el flujo incontenible de su llanto. La sostuvo, esperando que se tranquilizara y apoyó la cabeza sobre su pecho, rodeándolo con sus brazos. Deslizó sus labios por su cabello, el lóbulo de su oreja, sus pestañas y sus mejillas, antes de reclamar su boca en un beso que la hizo estremecer.

-Mañana, carina haremos las maletas y regresaremos a Cairns para pasar unos días en Green Island -golpeó ligeramente la punta de su nariz-, ahora, a la cama.

La mañana siguiente, durante el desayuno la contempló sonriente y se interesó por su mejoría que era obvia.

Greeen Island estaba igual a como la recordaba y pasaron una semana tendidos en el sol y descansando bajo el cielo del paradisíaco atolón.

Al llegar a la desviación que conducía a la plantación, Marisa lanzó un suspiro de satisfacción. ¡Qué maravillosa sensación de



volver a casa!

Capítulo 13

Rosa y Carlo, acompañados de sus hijos, marcharon a Puerto Douglas a gozar de sus vacaciones; los niños tenían quince días de asueto y la casa quedó muy silenciosa en su ausencia.

Cesare se propuso extender la plantación de tabaco y fue necesario limpiar el terreno para labrar la tierra. Había que enviar a Cairns alrededor de cien pollos, así como patos y sus crías, y según le indicó su marido días después de su llegada, era conveniente que empezara a matar y congelar la mitad de las aves de corral, lo cual sirvió para que Marisa tomara en cuenta la cantidad de vegetales que debería cosechar y tener disponibles para la siguiente temporada.

Se iniciaron los entrenamientos de fútbol y todos los sábados había juego, ya fuera en Mareeba o Cairns.

¿Qué le había hecho suponer que tendría mucho tiempo libre?

Al mes de que Rosa y Carlo regresaron de sus vacaciones, una noche después de la cena, repiqueteó el teléfono y la operadora anunció que tenían una llamada de larga distancia. Cesare tomó el aparato y casi al momento su bronceado rostro palideció, mientras Marisa permanecía a su lado escuchándolo aprensiva por casi diez minutos. Al colgar pidió un nuevo número al directorio y habló de prisa en su idioma, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo; su rostro adoptó una expresión dura, cuando al fin volvió el auricular a su sitio.

Era Isabella, mi hermana -informó preocupado pasando sus dedos entre sus cabellos-. Mis padres sufrieron un accidente en la carretera, papá murió al instante y el estado de mi madre es grave, la llevaron al hospital pero los médicos consideran que no podrá sobrevivir.

¡Oh, Cesare! -murmuró apesadumbrada.

Cesare permaneció inmóvil limitándose a llevar el cigarrillo a sus labios en varias ocasiones con una quietud enervante.

-Tengo que ir, nina -pronunció al fin-; soy el único hijo y debo permanecer a su lado hasta que todo termine -continuó con la voz ronca por el dolor-. No puedo dejar sola a mi hermana.

-Desde luego... ¡Cómo lo siento! -estaba tan atribulada que no encontraba palabras para consolarlo-, es algo terrible, Cesare, ¿qué puedo decir? -finalizó cubriéndose el rostro con las manos.

-Shh, shh, no llores -acarició su cabello-. Marisa -pronunció

antes de abrazarla y retenerla contra su pecho-. Ya, nina, debo partir antes del amanecer para llegar cuanto antes al hospital -rozó sus cabellos con sus labios y la apartó-. Ve a preparar mi ropa mientras yo hablo con Carlo, ¿de acuerdo?

Marisa asintió con la cabeza y cuando él regresó tenía todo listo sobre la cama.

Carlo me llevará a Cairns -colocó la maleta sobre el lecho y la llenó-. Dejé unos cheques firmados para lo que se ofrezca.

Gracias -musitó pasando su mano sobre la cubrecama.

-No pienso escribir, Marisa -aclaró cerrando los broches de la maleta suavizando su expresión ante su mirada abatida-, pero te llamaré en cuanto vea a mi madre.

Asintió ausente pensando cuan sola se quedaba y cómo iba a extrañarlo y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para controlarse y no romper a llorar.

Amanecía cuando Cesare inclinó el rostro para despedirse con un beso, tomó su equipaje y salió de la casa sin volverse ni una sola vez y no pudo ver las lágrimas iluminadas por los faros de la camioneta de Carlo.

El tiempo se alargaba interminable y Marisa vivía cada hora como sí fuera un día hasta que llegó la llamada. ¡Bendita la hora en que escuchó su voz! Faltaban unos minutos para las ocho de la mañana, tres días después de su partida y voló cuando escuchó el ansiado repiqueteo del aparato.

-¿Sí? -contestó emocionada a la telefonista-. ¡Sí! -y al momento la voz de Cesare corrió por la línea.

-¿Marisa?

-Sí -contestó por tercera ocasión presionando el auricular.

Habla fuerte, criatura; casi no te escucho -ordenó mientras ella tragaba, sonreía y lloraba, todo al mismo tiempo.

Me da tanto gusto escucharte -logró decir tras unos momentos-. ¿Tuviste un buen viaje? ¿Cómo está tu madre?

Mamá está muy mal, nina -respondió apenado-. Los médicos no nos dan ninguna esperanza; por fortuna está inconsciente y yo permaneceré en el hospital hasta el final.

Debes estar muy cansado -reflexionó compungida.

Un poco -aceptó y Marisa podía imaginarlo alzando los hombros indiferente, como si no tuviera ninguna importancia-. ¿Y tú, nina, estás comiendo bien? No quiero enterarme de que has perdido peso cuando esté de regreso.

-No, quiero decir sí -sonrió en el teléfono-. Estoy bien -le

aseguró, emocionada de que se preocupara por ella, en especial en ese momento que debía estar afligido por la tragedia de sus padres.

-Tengo que colgar, Marisa, pero volveré a llamar en unos días. Ciao, nina.

-Sí, ciao -contestó aunque ya no pudo escucharla porque había cortado la comunicación. Colgó el auricular con un suspiro y miró a su alrededor preguntándose qué hacer para ocuparse.

Fue Rosa, su querida amiga, la primera en sospechar que su pérdida de apetito y su palidez podrían deberse a otra causa diferente de la ausencia de Cesare. Desde el principio insistió en que Marisa cenara con ellos, pues como afirmaba, el mismo trabajo era cocinar para cinco que para seis y además su conciencia no le permitiría a ella ni a su marido, disfrutar sabiendo que Marisa estaba sola.

¿No será que estás embarazada, Marisa? -inquirió una mañana que tomaban café durante la segunda semana de ausencia de Cesare.

No lo creo -afirmó azorada concentrándose en recordar una fecha clave; de pronto cambió de expresión al darse cuenta de que... ¡era posible! ¿Por qué no se le ocurrió antes?-. Podría ser.

Sí, es justo que ahora que Cesare perdió a sus padres, tengas un hijo -terminó satisfecha.

Mañana iré a Mareeba a ver al doctor -afirmó Marisa-, así sabremos cuándo nacerá el bebé. Anoche dijo Cesare que el funeral de su madre será mañana, pero todavía tardará una semana o diez días. ¿Crees que debo darle la noticia por teléfono o esperar?

-Me parece que sería mejor que aguardaras -declaró Rosa tras un breve titubeo.

El médico confirmó sus sospechas fijando el feliz arribo para mediados de diciembre y cuando Cesare llamó para avisar que llegaría el miércoles, tuvo que resistir la tentación de compartir su inmensa dicha.

-Llegaré a Cairns en el vuelo Ansett, ¿irás a recibirme?

¡Y lo ponía en duda! le hubiera dolido mucho que insistiera en que Carlo fuera por él después de haber estado ausente casi un mes.

Horneó sus pasteles predilectos: de manzana, pastel de frutas y galletas de coco; dejó la casa tan brillante como una tacita de plata y el día señalado vagó impaciente de un lado a otro. Llamó dos veces para cerciorarse de la hora de llegada y se cambió de ropa en varias ocasiones antes de salir con rumbo al aeropuerto. Eran las seis de la tarde y el trayecto no le tomaría más de hora y media pero no podía permanecer en la casa ni un minuto más.

Guió con precaución tomándose su tiempo y aun así llegó con media hora de anticipación; se sentó a hojear revistas pero su impaciencia le impidió prestar atención a ninguna.

El zumbido de los motores del avión le pusieron los nervios de punta y mientras miraba ansiosa los rostros que descendían del avión, sentía tal opresión en el pecho que respiraba con dificultad.

Finalmente descubrió su cabeza que sobresalía de los demás y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no correr a su encuentro. ¡Qué triste y cansado parecía!

En esa multitud Marisa sólo era consciente de su persona y corrió a su encuentro para refugiarse entre sus brazos y al sentir sus labios correspondió a su beso con idéntico fervor.

-¡Qué grato es volver a verte! -reconoció emocionada, incapaz de apartar su vista del rostro adorado.

-Te veo bien, carina -observó sonriente tomándola del brazo para ir a recoger el equipaje.

Anhelaba darle la buena nueva, pero se contuvo pensando en hacerlo cuando estuvieran en su hogar, se sentía tan feliz que tenía que contenerse para no gritar de alegría.

Carlo y Rosa salieron a darle la bienvenida en cuanto escucharon el motor del auto.

-Amigos míos, es un placer volver a verlos -aseguró Cesare abrazando a su socio y amigo.

-Vengan a tomar café con nosotros -invitó Rosa-, ya tengo todo listo.

Grazie, Rosa -aceptó Cesare pasando el brazo sobre los hombros de su esposa para caminar juntos hasta la cocina de su amiga.

Siéntese, por favor -anotó la italiana dirigiéndose a la estufa donde aguardaba el percolador, mientras su marido traía una botella de brandy para acompañar el café.

Transcurrió más de una hora antes que Cesare se incorporara con las manos en los bolsillos y agradeciera su atención.

-Adelántate, Marisa -dijo al salir-, voy a traer el equipaje.

Asintió en silencio y se apresuró a abrir la puerta y encender las luces; Cesare la siguió minutos después y llevó las maletas hasta su alcoba donde las dejó para quitarse la chaqueta y aflojarse la corbata.

-Voy a tomar una ducha, mientras busca algunas cosas que traje para ti -señaló mientras se desabotonaba la camisa.

Siguiendo sus instrucciones, Marisa puso la maleta sobre la cajonera y sacó la ropa hasta encontrar varios paquetes envueltos con esmero. Al abrirlos y darse cuenta de que eran objetos que

habían pertenecido a su madre no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas al pensar lo que habrían sufrido él y su hermana revisando las posesiones de sus padres.

Marisa -murmuró abrazándola por la espalda-, no llores, pequeña -su voz sonaba ronca por la emoción y Marisa giró para apoyarse sobre su pecho y abrazarlo.

Cesare -rompió a llorar-, son tan lindas -susurró mientras él deshacía el moño formado por sus cabellos para permitir que flotaran libres hasta los hombros.

Shh, carina, no hables ahora -la besó apasionado mientras sus manos la despojaban sin prisa de su ropa y se complacía acariciándola.

Oh, Cesare -musitó cuando la llevaba al lecho.

Se durmió entre sus brazos, hasta que a la mañana siguiente la despertaron sus caricias, y fue entonces cuando se lo dijo, protegida por la semioscuridad de su habitación.

¿Estás contenta? -musitó en su oído de tal forma que Marisa se dio cuenta que no le sorprendió la noticia.

Me siento... emocionada... en cambio tú no pareces asombrado ¿cómo lo supiste?

-Lo sospeché durante las vacaciones, carina -confesó sonriendo al besarla.

-¿Desde entonces? -cuestionó incrédula en tanto Cesare recorría su cuello y mordía con ternura el lóbulo de su oreja.

-Mmm -confirmó-, pero no te mortifiques, nina, después del tercer o cuarto bambino, podrás sorprenderme.

-¡Oh, tú... -luchó por desprenderse de sus brazos sin conseguirlo y se aferró a él extasiada en su amor.

El embarazo le sentaba a las mil maravillas, gozaba de buena salud y bienestar al experimentar la sensación de la vida que surgía en su interior y con devoción maternal se dedicó a preparar los pañales, gorritos y chaquetas sin cesar de asombrarse por la sabiduría de la naturaleza. Cesare la observaba indulgente y ella le sonreía al mundo apoyada en su cariño.

Un día se paró en una silla para colocar las cortinas que acababa de terminar para la habitación que escogió para el niño cuando perdió el equilibrio y cayó aparatosamente. Un dolor terrible la embargó y trató de llamar a alguien para que la auxiliara.

Oh, Dios, suplicó abatida, no permitas que le ocurra algo a mi bebé. Las lágrimas corrían por su rostro mientras aguardaba algún movimiento que le indicara que su hijo seguía con vida. Trató de

incorporarse y tras una penosa lucha lo consiguió. El teléfono era su única esperanza. Carlo y Cesare estaban en el campo, Rosa se había marchado a Mareeba hacía sólo unos minutos y con manos temblorosas llegó hasta el aparato para marcar el número de los Petricevic orando porque alguien lo contestara. Después de varias llamadas al fin alguien lo levantó.

¿Diga? -inquirió Gianna.

¿Gianna, eres tú? -asió el auricular desesperada.

Sí, ¿quién habla? -inquirió ansiosa.

-Marisa, Marisa Gianelli -informó con voz entrecortada-. ¿Podrías venir a llamar a Cesare? está en la plantación, ¡por favor! -suplicó en el momento que empezó a temblar sin poder controlarse-. Me caí de una silla y estoy sola -terminó con un sollozo.

-Ahora mismo -alcanzó a decir antes de colgar el aparato.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que escuchó la llegada de un auto que se dirigía a la plantación, donde Cesare y Carlo regaban las pequeñas plantas de tabaco. Minutos más tarde, el motor de un automóvil rugió y el marco de la puerta se abrió dando paso a Cesare que corría dentro de la casa seguido de cerca por Gianna.

El dolor era tan intenso que ni siquiera podía llorar y al momento que Cesare la levantó en brazos para llevarla al auto, gruesas lágrimas fluyeron mojando sus mejillas, mientras Gianna acariciaba sus manos tratando de tranquilizarla.

Las horas siguientes transcurrieron en plena confusión provocada por la necesidad de dar sus datos al llegar a la recepción, de someterse primero al examen de una enfermera y después del médico que, a sus insistentes preguntas en cuanto al estado del niño, se negó a dar algún pronóstico.

Cesare entró en el cuarto y se sentó a su lado, mas no quiso verlo por temor a descubrir algún reproche en su mirada y en cierta forma se sintió aliviada cuando se marchó porque se sabía incapaz de articular ninguna palabra.

Casi no podía recordar lo acaecido, los sucesos se habían presentado demasiado rápido entre oleadas de dolor; creía recordar el rostro de Cesare inclinado hacia ella en más de una ocasión, pero no estaba segura.

La bruma empezó a aclararse cuando abrió los ojos y contempló intrigada sus alrededores, amenazada por un dolor general cuando escuchó que alguien abría la puerta.

-¡Qué bien, ya despertó! ¿cómo se siente? -demandó

introduciendo el termómetro en la boca y levantado su brazo para tomarle el pulso-. ¿Desea algo? ¿le apetece una taza con té?

Aceptó el té y se sorprendió al sentir su brazo sujeto a un aparato del que pendía una botella de suero; intrigada preguntó si todavía era de mañana y casi no pudo creer cuando le informaron que hacía tres días que había ingresado al hospital

Poco tiempo después entró el médico y haciendo honor a la ética profesional le indicó que había tenido una niña de cinco meses, tan prematura que no pudo sobrevivir. Aseguró que no había razón por la que no pudiera tener otros hijos y le recomendó que se embarazara lo más pronto posible.

Cesare la visitaba todas las mañanas y aunque esperaba con ansia el momento de verlo, sus intentos por entablar una charla con él resultaban infructuosos; estaba demasiado abatida y sentía que había perdido toda oportunidad de retenerlo, sobre todo porque sabía que había sido un descuido suyo lo que propició el accidente.

Rosa la llamaba con frecuencia y Gianna, Luisa, Anna y Elena la visitaban por turnos para que no estuviera sola.

Diez días después dejó el hospital con la advertencia de que debía tomar las cosas con calma y volver al término de un mes para que la dieran de alta.

Cesare la llevó a casa y aparte de un esporádico "sí" o "no" permaneció silenciosa, incapaz de reanimar su decaído espíritu.

¡Eres maravillosa! -exclamó cuando entró en su casa limpia y reluciente gracias a Rosa-, un millón de gracias, pero ya me siento bien.

Mañana empezarán a llegar los peones, ¿crees que podrás atenderlos? -demandó su marido encendiendo un cigarrillo.

Por supuesto -contestó Marisa sin levantar la mirada.

Iré esta tarde a recogerlos -entrecerró los ojos observándola-, investiga si te hace falta algo y dame la lista.

Marisa lo escuchó ausente y afirmó con la cabeza.

-Por amor de Dios, Marisa -prorrumpió impaciente pasando su mano por sus cabellos, al mirar el temblor de sus labios y su cabeza abatida-. Resígnate, ya pasó y nada puede cambiarlo -reconoció gentil levantando su barbilla para que lo viera.

Parpadeó luchando por no llorar en tanto la besada con ternura.

-No más lágrimas, nina -advirtió severo y esperó hasta que la joven asintió con la cabeza incapaz de hablar por el nudo que aprisionaba su garganta.

Capítulo 14

Las primeras semanas fueron una verdadera pesadilla. Marisa se entregó a las labores de la casa y rechazó todo esfuerzo de Cesare por distraerla, negándose incluso a ir a la función de cine de los sábados porque odiaba las miradas piadosas de los que acudían a presentarle sus condolencias o manifestarle su simpatía. Puso en práctica nuevos platillos, horneó toda clase de pasteles y galletas; insatisfecha, dirigió su atención al jardín y cavó una zanja, al término de cada día caía rendida y sin fuerzas. Su apetito declinó hasta el punto de sobrevivir a base de jugos y uno que otro bocado que se obligaba a tomar en cada comida.

Trataba a Cesare con estricta cortesía sin la cordialidad tan natural en ella y él hacía esfuerzos por no explotar hasta que se negó a visitar a la familia Petricevic.

-En nombre del cielo, ¿por qué no? -se quejó furioso con el ceño fruncido-. ¡No puedes esconderte en casa para siempre! Ya acepté su invitación y tendrás que acompañarme -terminó decidido.

-Todavía no deseo ver a nadie.

-¡Madonna mía! -levantó las manos al cielo-. Han pasado cinco semanas ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Cuánto tiempo más va a durar todo esto? -golpeó la mesa con el puño-. ¡No eres la única mujer que ha perdido un hijo!

-¡Calla! no grites -pidió cubriéndose las orejas.

¡No estoy gritando!

Deberías... haberte casa... do con otra -propuso con voz entrecortada-, alguien como Tania -insistió infantil-. No sería tan tonta como yo... que... lloro por todo, ni se pararía en una silla estando embarazada -estalló en llanto y corrió a su habitación cerrando la puerta. Se apoyó en ella mordiéndose el labio inferior.

-Retírate de la puerta -ordenó Cesare dando vuelta a la cerradura- o entraré a fuerza -amenazó decidido.

Pero un helado fatalismo hizo presa de su voluntad inmovilizándola; sentía que Cesare empujaba la puerta y escuchaba la voz que la instaba a que se apartara de la puerta hasta que al fin se movió esperando que irrumpiera en la habitación. Con los músculos tensos en su esfuerzo por controlarse, la fulminó con una mirada centellante abriendo y cerrando los puños a sus costados, dio la vuelta y a grandes zancadas abandonó la alcoba, la casa y segundos después escuchó el motor de su auto y el rechinar de

llantas al abandonar el patio y tomar el sendero de grava.

Liberada, se arrojó en el lecho y dio rienda suelta a sus lágrimas. A alguna hora de la noche la despertó el frío y adormilada buscó su camisón y se metió bajo las sábanas.

No escuchó regresar el auto y al despertar descubrió que Cesare no había dormido en casa; le dolía la cabeza y sentía el estómago hecho un nudo por los nervios, pero se mantuvo estoica y preparó el desayuno como de costumbre.

Cesare entró con los peones y se sentó a la mesa, imponente y adusto; los hombres, presintiendo que algo extraño pasaba, comieron tan de prisa como permiten las buenas costumbres, se pusieron de pie y acomodaron sus sillas antes de desaparecer. Cesare los siguió y no regresó hasta la hora del almuerzo que transcurrió en el más absoluto silencio.

A la hora de la cena, Marisa dejó de buscar justificación para sus actos y rechazó la comida con la certeza de que le caería mal. Esperaba que a esa hora nada reclamara la atención de su marido y permaneciera en casa, pero se equivocó, pues abandonó él comedor como en las anteriores ocasiones y cruzó el patio hacia la casa de Carlo.

Mucho más tarde, cuando regresó, Marisa esperó ansiosa su llegada y hubiera podido gritar cuando escuchó que cerraba la puerta de la habitación extra. Cómo tener el valor de abandonar el silencio y presentarse ante él solicitando su indulgencia y comprensión.

Pasó un día, y otro más. Cesare actuaba como un extraño y ella no podía soportarlo. Ansiaba hablar con él tranquila y racional, explicarle que lo amaba tanto que era una tortura estar lejos de él, que la pérdida del niño no era lo que más importaba, pues ya tendrían otros; lo que ella necesitaba era confianza y amor, sí amor con la misma desesperación con que una planta recién sembrada requería del agua. ¿No podía comprenderlo?

Ensayó una y otra vez lo que le diría, cómo se lo diría, hasta que quedó impreso en su cerebro y decidió que la próxima vez que entrara en la casa se lo diría, pero su ánimo decayó y murió de frío ante la indiferente expresión de su rostro y su memorizada disculpa permaneció sólo en su mente.

La mañana siguiente, después del desayuno, tomó una decisión aunque al hacerlo sintió que una mano helada se adueñaba de su corazón y lo exprimía hasta arrancarle la última gota de sangre. No podía quedarse más tiempo, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de él. No la amaba, no podía hacerlo; para él no significaba más que

una mascota, dispuesta a acatar sus órdenes y era imposible seguir así, se dijo mientras preparaba una maleta con unas cuantas cosas. Iría en el auto hasta Mareeba a tiempo de tomar el tren de la tarde a Cairns para abordar el ferrocarril a Brisbane.

Por fortuna Rosa atendería el refrigerio de esa tarde y quince minutos después de las dos, arrojó su maleta al asiento posterior del auto y abandonó la casa. Estacionó el vehículo y lo cerró antes de entregar las llaves al jefe de la estación para que las entregara a Cesare Gianelli.

En el andén pensó en tomar algo, pero ni siquiera la posibilidad de una taza de café logró despertar su interés.

¿Cuál sería la reacción de Cesare al descubrir su partida? Sentía escalofríos de aprensión ante la enormidad de lo que había hecho y empezó a asustarse. Se balanceó inestable y reconoció que necesitaba sentarse o de otra forma acabaría en el suelo, cuando poderosos dedos aprisionaron su brazo y el corazón se le detuvo al darse vuelta y reconocer a Cesare mirándola furioso.

Trató de liberar su brazo y golpeó el suelo en señal de protesta.

-Suéltame, déjame ir -voceó desesperada sin conseguirlo-. No significo nada para ti -continuó sacudiéndose, al mismo tiempo que retiraba impaciente las lágrimas que nublaban su vista-. Nada sino... una servicial ama de llaves y... -respiró con dificultad retrocediendo ante la siniestra expresión de Cesare.

Sin pronunciar palabra, la quemó con el fuego de su mirada durante unos segundos que le parecieron interminables hasta que la llevó hasta el auto.

Giró despacio en su asiento, apoyó el codo en el volante y la miró a través de sus ojos entrecerrados.

-Tengo derecho a una explicación.

Sí -murmuró con voz casi imperceptible-, así lo creo.

Ignoraba tu ausencia hasta que Carlo me informó a la hora del refrigerio que Rosa estaba alarmada porque te había visto guardar una maleta y partir. Llamé a la estación y confirmaron mis sospechas, habías tomado el tren; de paso me informaron que podía pasar a recoger las llaves de mi auto. Además -prosiguió en el mismo tono-, agradece que mi cólera haya aminorado durante la hora que llevo esperándote -asió el volante con la furia que hubiera querido descargar en ella-. Reservé una habitación en este lugar -sacó la llave del auto y salió de éste, rodeándola para abrirle la puerta-. Marisa, soy capaz de llevarte en brazos si me obligas.

Dejó su asiento en el momento en que se disponía a tomarla del brazo y permaneció quieta, ahogando un grito de dolor cuando la

forzó a seguir adelante. Metió la llave en la cerradura y la llevó al interior.

-Ahora -exigió con los ojos brillantes por la furia-. ¡Vas a decirme de qué se trata todo esto!

Marisa guardó silencio un instante tratando de ordenar sus pensamientos.

Es que... no puedo volver... compréndelo... no puedo -repitió las palabras molesta consigo misma por su incoherencia-. Te casaste conmigo sólo porque necesitabas un ama de llaves. ¡Lo dijiste!

¿Y eres tan infantil que todavía lo crees? -inquirió atónito.

¡No lo sé! -sacudió la cabeza-. ¿Cómo saberlo si tú nunca dices nada? -explotó a punto de llorar-. ¿Por qué no me dejas marchar? No significo nada para ti; sólo sirvo para distraerte -se interrumpió al sentir que la levantaba acercándola a él para mirarla con fijeza antes de oprimir sus labios con fuerza salvaje. Marisa trató de empujarlo y fracasó en su intento; sufrió la presión implacable hasta sentir que le faltaba el aliento y cuando al fin se incorporó no pudo evitar verlo con reproche, ahogada por las lágrimas que amenazaban con traicionarla.

¡Dios me ampare! pero lo merecías -exclamó dejando caer los brazos.

-Cesare, ¡por favor! -Marisa tocó sus labios con dedos temblorosos y unió sus manos como si implorara piedad-. Has sido tan... impaciente conmigo desde... últimamente -corrigió de inmediato-. Estaba... me siento... tan insegura de ti. Quise disculparme por mi arrebato, pero te mostrabas tan inalcanzable -las palabras le salían a borbotones-. Te fuiste a dormir al cuarto de huéspedes.

La expresión de Cesare se suavizó y tomó su rostro entre sus manos obligándola a verlo a los ojos.

-¿Palabras, Marisa? -juzgó perplejo-. ¿Necesitas palabras? -esperó su respuesta y al ver que rompía a llorar clamó-. ¡Madonna mia! no llores.

-Te amo -le confesó por fin a su marido.

Cesare lanzó un profundo suspiro, secó sus lágrimas con infinita ternura y la apoyó en su pecho acariciando sus cabellos.

-Marisa, inamorata -musitó a su oído-, ahora comprendo, cara, tranquilízate -rogó mientras sus labios buscaban los de ella con devoción.

-Te amo, Marisa, más que a mi propia vida -reveló sincero-. Me embrujaste desde el día que nos conocimos. Un pedacito de mujer cubierta de polvo y grasa que descargó en mí su furia cuando me

detuve a auxiliarla -cayó sus protestas con un dedo-. Me pareció cosa del destino cuando escuché tu nombre y dirección en el garaje y me di cuenta de que eras mi inquilina. Sin embargo, el Mini había desaparecido cuando llegué al paraje donde lo habíamos dejado, a pesar de que no creo haber tardado más de diez minutos y cuando el señor Grieves me contó tu triste historia, me propuse convencerte de que el matrimonio era tu única solución. Tus lágrimas, carina, estuvieron a punto de desarmarme antes de hacerte mi proposición, pero resolví esperar, darte tiempo a que te acostumbraras a la hacienda y a que me conocieras mejor. Me tenías miedo y eras tan inocente -inclinó su rostro y la besó.

Retuvo su rostro entre las manos y Marisa sintió un nudo en la garganta al observar que sus pétreas facciones se suavizaban.

-Una vida no será suficiente, cara mía, para darte mi amor.

Marisa deslizó sus brazos hasta los musculosos hombros y se entregó a sus brazos con evidente pasión. Cesare buscó sus labios con una pasión que hizo que fluyera presurosa por sus venas y sus piernas temblaran sin control.

Al amanecer el auto salió del sendero de grava que conducía a la hacienda y se detuvo bajo la veranda. Atravesaron el patio como una sola sombra. Cesare la retenía a su lado abrazándola por la cintura y Marisa sonreía enamorada y tranquila; juntos, unidos de la mano, habían regresado a casa.